

COLECTIVO

NÚMERO 11 // 2026

PLANETA MISTERIO

Copyright © 2026 por Leonor Durán Fortoul, Sandra Luz Cuevas, Víctor David Manzo Ozeda, Abigail Guerrero, Anaïs Ornelas Ramírez, Marina Condó, Hiram de la Peña, Krsna Sánchez, Alan Sánchez, Alexandra Dunnet Alcocer y Matrino Reséndez.

Todos los derechos reservados.

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida en ningún formato sin la autorización previa de las y los autores.

ÍNDICE

1. LA CLOACA	1
Leonor Durán Fortoul	
2. LA PIEDRA	19
Víctor David Manzo Ozeda	
3. ES POR ESTO QUE NO HAY QUE MEZCLAR EL REALISMO MÁGICO CON LOS PROYECTOS ESCOLARES DE ÁRBOLES GENEALÓGICOS	37
Abigail Guerrero	
4. SERVICIO DE DESPEDIDA EN EL 86	51
Anaïs Ornelas Ramírez	
5. LAS JUSTAS DE FARFARÚT	73
Krsna Sánchez	
6. SONRÍE, BOLUDO, SONRÍE	101
Marina Condó	

7. LA PLATAFORMIZACIÓN DEL POLO NORTE: UNA ETNOGRAFÍA SOBRE LAS CONDICIONES LABORALES DE LOS DUENDECILLOS DEL ÁRTICO EN LA ERA DEL COMERCIO DIGITAL Hiram de la Peña	115
8. LA TALADA Sandra Luz Cuevas	145
9. DONDE YACEN LOS FANTASMAS Alan Sánchez (Alakin)	153
10. LAZARITO Alexandra Dunnet Alcocer	157
ARTE DE LA PORTADA	164

— • —

LA CLOACA

LEONOR DURÁN FORTOUL

03:27

Elevé mis retinas a la oscuridad. De nuevo, una cascada de destellos se deslizaba por mi ojo derecho hasta claudicar bajo la ceguera. «Debe estar haciendo el tonto con el noviecito mientras su hijo está a su lado ahogándose con un arándano», proferí casi en un grito al sentir los calambres detrás de mis orejas.

La primera vez que ese ojo dejó de ver fue cuatro meses atrás. Aquel día, la estúpida tuvo un brote psicótico en un *live* de Instagram. Nos llamó «envidiosas», «buenas para nada» y «acosadoras». A raíz de tal escándalo, estuve dieciséis horas publicando y reaccionando a los clips, lo cual desencadenó una inclemente migraña acompañada de vómitos y de la primera pérdida de visión. A partir de entonces, especialmente las largas jornadas en que la *influencer* se ausentaba desembocaban en otro ataque de dolor.

Seis días habían pasado desde la última publicación: su culo deforme seguido de la cara sucia de su hijo pequeño, su mayor víctima, comiendo frituras y azúcar.

En Twitter, una de las chicas encargadas de guardar las actualizaciones de la imbécil en el *drive* público acababa de hacer un hilo con una recopilación de fotografías del pequeño sufriendo las consecuencias de haber nacido de ese vientre. La cuarta foto era frente a un espejo. La desnaturalizada sonreía detrás del celular y el primogénito, con una tijera larga y afilada en la mano izquierda, hacía esa mueca perturbadora que, cada vez más, confirmaba nuestra teoría de que había nacido con algún tipo de retraso mental.

Un usuario respondió: «Alguien que por favor llame a la policía y le quite ese niño. Ninguna madre normal dejaría que su hijo jugara con esas tijeras». Seguí leyendo entre risas las reacciones de las demás, pero de pronto un líquido caliente subió por mi esófago y salió desesperadamente por mi boca. Cuando mi estómago quedó completamente vacío, la rabia me invadió al descubrir que tenía que cambiar las sábanas: el olor a leche podrida no me dejaría dormir.

Enojada por la interrupción, calculé que en su zona ya estarían desayunando; seguramente la vaga seguía durmiendo. Totalmente rendida, acepté para mis adentros que la inepta no había dado señales de vida, otro día más.

Posé mis pies descalzos sobre el suelo. Como las raíces del baniano, el frío se extendió por mi columna hasta incrustarse en mi nuca.

11:13

La idiota, por fin, publicó una foto de un café a medio tomar y un sándwich de salmón, acompañada de la frase: «Hoy será un día largo con mi novio». «Imbécil», dije en voz alta al leer semejante ridiculez, ¿en serio reapareció para esto? ¿Acaso no sabía que, con casi cuarenta años, es patético subir ese tipo de cursilerías? ¿No pensaba en la vergüenza que sentiría el pobrecito retrasado cuando creciera y viera lo fácil que había sido su madre?

Mientras me tomaba un té de cúrcuma para la hinchazón, chismeé en Twitter sobre la estupidez con la que había aparecido. Todas, sincronizadas, nos burlamos de lo poco interesante que era su vida. *Lau430* estaba segura de que el negocio de las redes ya no le funcionaba y que, claramente, debía estar prostituyéndose por dos euros en alguna taberna de Berlín. Ese debía ser el motivo de su ausencia.

Casi como un regalo, unas horas antes habían resurgido unos audios que *HannaLam*, previo a su desaparición, había subido a la red. En ellos, una supuesta amiga de la estúpida contaba cómo la desgraciada sólo pensaba en comprarse ropa de marca, mientras que todo lo que vestía el hijito lo buscaba los domingos en la iglesia de La Condesa, de donde siempre, siempre, volvía con camisas o pantalones tres tallas más grandes que su cuerpecito alimentado a base de ultraprocesados.

Qué buena era *HannaLam*. Posiblemente fue una de las primeras en toparse con el perfil de ese monstruo. Gracias a ella, muchas mujeres entendieron que debían desenmascarar

a la embustera y demostrarle al mundo que esa clase de seres humanos debían ser segregados de la vida social. Lamentablemente, aquella vez, los audios desataron la ira de la loca, quien gritó en una historia de Instagram que no sabíamos de qué hablábamos, que esa nunca fue su amiga, que iba a denunciar a *HannaLam*, que ya sabía cuál era su nombre real y que la iba a hacer pagar.

Para nuestra sorpresa, esa última amenaza ha sido lo único que ha hecho bien en su vida la inútil. Nuestra querida *HannaLam* nos abandonó a las pocas semanas. Yo nunca supe quién era, pero *IsaLaMalvada* hablaba constantemente con ella. Nos mandó a decir que la idiota no era tan idiota y que logró ponerle un bozal legal. Aunque no podía seguir acompañándonos activamente en nuestra amada comunidad, seguiría en las sombras aportando su granito de arena para dar a conocer que la estúpida era una desalmada mentirosa que no merecía los trescientos quince mil seguidores que tenía.

17:00

Lau430 siempre utilizaba imágenes donde la nariz de moái de la puerca lucía más grande. Al igual que *SofiAngelita*, reeditaba su rostro y su cuerpo para mostrar cómo era en realidad. Todas sabíamos que la gorda esa utilizaba unas *apps* coreanas donde te dejan la cintura minúscula y los brazos tonificados. La mugrienta hasta se alargaba el cuello.

¿Cómo se le ocurría hacer eso? A veces parecía que lo hacía adrede para que nosotras fuéramos corriendo a quitarle los

filtros. Siempre lo hacíamos, no porque nos importara ella, sino porque nos importaba la verdad.

Ya era de noche en Berlín y el engendro salió a contagiarse de alguna enfermedad venérea. No quiso mostrar cuál de sus horribles vestimentas espantaría a los alemanes, pero dejó una prueba de que, por lo menos, no olía a trapo sucio. *DemonDL* escribió que los perfumes que había publicado la mentirosa los había tomado “prestados” del baño de Laura, una amiga con la que había salido a recorrer las pastelerías de Berlín cada tarde durante un año, hasta hace dos meses.

Todas sospechábamos que le había hecho alguna jugarreta a la tonta de Laura cuando no la invitó al cumpleaños del pinscher esquelético, el pobre animalito que le compró al hijo para distraerlo y que sólo alimentaba con hígado de pollo. Confirmamos nuestras suposiciones cuando eliminó las miles de fotos juntas: de esa forma cobarde concluía las relaciones con las personas.

Era obvio que la ladrona esa, que no tiene ni para comprarse medio kilo de queso duro, le robó los perfumes a Laura La Mona y los exhibía como su nueva adquisición para persuadirnos de que ella tenía dinero en la cuenta. Tanto *Lau430* como *Gabalaricota* secundaron la hipótesis de nuestra compañera *DemonDL*. En la fotografía se podía apreciar que los frascos no eran nuevos: al de Ralph Lauren le faltaba por lo menos un dedo de líquido.

Grité exasperada. La loca quería que cayéramos en su trampa de nuevo. Escribí un texto largo sobre por qué aquellos perfumes y la cartera Diesel de hace una semana eran falsos. Si no se los había robado descaradamente a la tal Laura, seguramente

los había adquirido en alguna página china de esas que ahora todas las mantenidas utilizan para hacer creer que los maridos las consienten.

Luego de enviar mi disertación, esperé las respuestas de las demás. A los quince minutos ya varias estaban discutiendo en los comentarios. Una imbécil, de las que aparecen por culpa del algoritmo al menos una vez al día, me preguntó por qué le daba tanta importancia a una mujer que no conocía; que, si bien ella podía estar loca y posiblemente sí se avergonzaba de ser pobre, eso no era justificación para todo lo que decíamos sobre ella. *Juanimar3* era la encargada de responder a esos comentarios. En menos de tres minutos, *Juani* ya le había aclarado que nosotras no hacíamos nada malo, que esto era consumo irónico y que así nos divertíamos.

Otras dos le dijeron a *Juani* que seguramente era la cerda esa escribiendo con una cuenta falsa, que la ignorara. Continué leyendo a mis compañeras. Experimenté un gran alivio al constatar que la mayoría se sentía igual de ofendida que yo por los embustes de la psiquiátrica, y que también veían lógico lo que yo pensaba.

21:18

A pesar de que tenía el cuello agarrotado, el retorno de la estúpida había mitigado mi aburrimiento y mi ansiedad. Como todo volvió a su cauce, mientras las otras empezaron a recopilar fotografías de la cartera Diesel original para buscar las diferencias con la imitación que carga la patética esa,

decidí hacer una clase de pilates de mi instructora favorita de YouTube.

Cada vez que la vocecita chirriante explicaba un nuevo ejercicio, tenía que sentarme a mirar detenidamente los movimientos. Con el celular en una mano y el resto de las extremidades contorsionándose, intentaba imitar a ese cuerpo esbelto que hacía lucir tales movimientos tan sencillos. En el mío, en cambio, se veían como los retorcijones que hacían las gallinas entre las manos de mi abuela cada domingo. Por momentos, podía seguir el ritmo de la mujercita de YouTube, pero rápidamente mis articulaciones desfallecían y mi cara sudorosa tocaba el piso.

Nunca he podido superar los primeros diez minutos de ninguna rutina. Si yo no lograba acabar una clase entera, ¿cómo pretendía la cerda esa que le creyéramos que todos los días hacía una hora de *spinning*, incluso los sábados? Puras mentiras. Ese cuerpo atestado de grasa y triglicéridos nunca ha hecho ni una sentadilla.

Descansé un rato en el suelo. Aproveché para revisar si la desquiciada había regresado, pero nada. Seguían ahí, inmutables, las dos historias de hace tres horas. También había perdido tres seguidores. Le avisé a *Maripikitty* para que anotara la cifra en su informe diario. La inservible perdía seguidores cada día y, entre otras cosas, *Maripikitty* estaba encargada de reportar cuántos habían decidido abandonar la comarca.

Mi mano temblaba sosteniendo el móvil sobre mi rostro. De repente, mis dedos perdieron toda su fuerza y dejaron escapar el aparato, el cual se estrelló como un ladrillo contra mi pómulo. Esperé que el ardor disminuyera para levantarme. En cuanto

logré estar de pie, todo a mi alrededor empezó a verse borroso y cubierto de círculos negros. Fui directamente al refrigerador en busca de la jarra de agua, pero lo único que encontré fue medio tomate con moho y un tarro vacío de yogur.

No pude insultarme por ser tan descuidada porque tuve que entrar corriendo al baño a vomitar una espuma blanquecina. Me dejé caer junto al inodoro. Imaginé a mi jefe, o exjefe porque me había botado injustamente hace un mes, comiendo los chipás calientes que, cada mañana, la esclava de su mujer le horneaba.

Tomé un poco de agua del grifo, busqué el celular y volví a encerrarme en la penumbra de mi habitación. La presión en la nuca regresó con esporádicas arcadas. Al inhalar, la rigidez de mi vientre llamó mi atención; a lo ancho, descubrí unos bultos irregulares que al contacto irradiaban un calor leve.

Por más que ansiaba participar en la presentación del informe diario de *Maripikitty*, tuve que despedirme de las chicas y, bajo un dolor lacerante, logré dormir.

10:20

Una notificación interrumpió mi sueño. Gracias a Dios, era la gorda bruta. Habló sobre la “increíble” noche que había tenido: poniendo la boca como un pico de pato y los ojos desorbitados, nos aseguraba que nada podía ganarle a la comida y a la música de los bares de Berlín.

Entre risas, con su vocecita condescendiente, se declaró avergonzada de sus privilegios, pero que, sinceramente, deseaba

que nosotras, las pobretonas de su país natal, algún día conociéramos los lugares increíbles que ella había tenido la “suerte” de disfrutar.

No pasó mucho tiempo para que *DemonDL* y *Lau430* comenzaran a esparcir los clips de las declaraciones clasistas de la imbécil por todo Twitter.

15:52

Salí a recoger sobras de pizza en un restaurante a tres cuadras de casa. Mis ahorros minúsculos se habían esfumado; sólo me quedaba dinero para otro mes de alquiler y para pagar el internet, las dos necesidades fundamentales. Hace tiempo acepté que prefería recolectar los restos de comida, incluso de la basura, a no tener dónde dormir ni poder saber sobre la vida de la idiota.

Mi estómago se contrajo al recibir el primer alimento en muchas horas. Estiré el cuerpo sobre la cama y los bultos de mi vientre, más grandes que anoche, se tensaron luego de una gran punzada. Entretanto, seguí masticando a regañadientes; mi garganta escocía como si el bolo de masa tiesa, salsa de tomate y mozzarella hiciera de pastilla efervescente. Cada vez que tragaba, la imagen de la estúpida comiendo un croissant de matcha irrumpía en mi mente.

Yo estaba firmemente convencida de que aquellas fotografías no eran inocentes. Había un topo entre nosotras y, claramente, compartía nuestras conversaciones de madrugada. Una vez que olvidábamos su mísera existencia entre bromas, confesábamos

todas nuestras desgracias. No hay duda de que la idiota sabía perfectamente que yo, al igual que alguna otra, estaba desempleada. Podía oír sus risas grotescas de satisfacción porque yo, u otra, no tenía ni un peso para un bolillo de hace tres días. La veía agregando contraste y brillo a las imágenes de las tablas de quesos y chorizo, a las pizzas rebosantes de pepperoni y salchichón, y al helado de la costa italiana.

Deliberadamente, la imbécil maximizaba la apariencia de sus comidas para provocarnos ataques de ira y hambre.

—¡No, no y no! —exclamé indignada.

Como venganza, abrí una de mis cuentas anónimas y le dejé una veintena de comentarios, en los que, detalladamente, desglosaba cada una de las imperfecciones de su cuerpo.

20:32

Un silbido crecía detrás de mis tímpanos. Abrí la boca para liberar la tensión y mi mandíbula cayó como si el hueso se hubiera vencido. La levanté con la mano derecha, pero al retirar los dedos volvió a descender sin fuerza. Nunca imaginé que, sin la unión de los labios, la baba podía escabullirse tan rápidamente.

Si bien la preocupación me asaltó, una notificación me avisó que la psicópata estaba activa en las redes. Dejé que la saliva saliera a placer y di inicio a la gran empresa de capturar y analizar sus nuevas mentiras.

02:45

¿Qué estará haciendo la bruta esa? ¿Por qué madrugó? ¿Será que el exmarido le quitó la pensión y ahora debe trabajar a primera hora? ¿O estará cazando a un nuevo macho en uno de los parques donde lleva al perro a cagar? ¿Por qué no fue a la cafetería de la esquina? ¿Desde cuándo toma café frío en el desayuno? ¿Y el retrasado? ¿Se lo habrá encasquetado al padre?

Mientras evaluaba las posibles explicaciones de los dos videos nuevos, me percaté de que el ruido en mis oídos había crecido hasta convertirse en el chillido de una hiena. Intenté calmar mi mente con respiraciones acompasadas, pero *Lau430* no paraba de insistir en el chat grupal. Expuse mis vagas teorías, agregando que me sentía un poco enferma y que, con mucha pena, no creía poder seguir conversando.

No me extrañó la reacción pasivo-agresiva de *MadreDeCaín* ante mi indisposición. De igual forma, me molesté. Sin dudar, le contesté que no todas éramos tan excelentes y saludables como ella, quien podía estar las veinticuatro horas pendiente de todos los movimientos de la idiota.

¿Quién se creía esa “*MadreDeCaín*”? ¿Acaso no recordaba que yo llevaba más años en la comunidad? Esta insolente no estuvo ni cuando la estúpida se casó con el homosexual, ni mucho menos cuando, a los tres días de dar a luz, se presentó en televisión nacional para denunciar que habíamos difundido fotos del bebé en la incubadora. Y, aun así, se atrevía a sugerir que yo no estaba lo suficientemente comprometida con nuestra causa.

Increíblemente, la recién aparecida decidió insultarme. Mis ojos releyeron incontables veces sus palabras, al tiempo que la baba, cada vez más espesa, empezaba a empapar mis muslos. Quise vociferar en voz alta lo que escribí, pero me hallaba incapaz de pronunciar siquiera una sílaba.

¿Cómo se atrevía a afirmar que yo, justamente yo, estaba mintiendo con una supuesta enfermedad? Según ella, evidentemente, yo tenía algo mejor que hacer, porque ayer también "desaparecí" muy temprano. «De personas como tú, hay que desconfiar», sentenció. Mi querida *Juanimar3* le advirtió que estaba excediéndose y que ella, de entre todas, era la menos indicada para cuestionar el accionar de las demás.

El trasfondo de la última advertencia de mi amiga no tenía relación con la antigüedad de *MadreDeCaín*. Hace unos meses decidimos, en conjunto, realizar unos *lives* en Instagram desde una cuenta anónima. Ninguna mostró la cara, pero varias se atrevieron a hablar sin tapujos, a sabiendas de que personas ajenas podían escuchar. Las primeras veces fueron divertidas. Aunque el tema central era la idiota, en distintas ocasiones, sin preverlo, las bromas y las anécdotas personales convirtieron nuestras conversaciones en un momento de charla entre amigas.

Pero, sin saber cómo, *MadreDeCaín* comenzó a monopolizar el derecho a la palabra. Ella solamente deseaba hablar sobre la estúpida, no le gustaba que desviáramos el propósito del encuentro. También, no sé de qué manera, llegaba con información extraña y, supuestamente, muy privada, que las amigas de la idiota decidían, por alguna razón misteriosa, regalarle exclusivamente a ella. Entre nuestras reglas existía

la prohibición de escribir directamente a los conocidos de la “*influencer*”. Todo lo que sabíamos había llegado a nosotras de a poquito. Los mejores secretos de la imbécil surgían, sobre todo, tan pronto una de las tantas personas a las que decía amar descubría el monstruo detrás de la careta y buscaba vengarse.

En cambio, las supuestas amigas que le proporcionaban información a *MadreDeCaín* siempre exigían quedar en el anonimato y, según ella misma, continuaban perteneciendo al círculo de la imbécil, lo cual era demasiado inusual. Algunas sospechamos que nuestra compañera estaba contactando a los allegados, pero como nos entusiasmaban los datos nuevos, decidimos ignorar qué estaba sucediendo realmente.

Sin embargo, la última vez que hubo un *live*, el imperio de *MadreDeCaín* se derrumbó. Después de varias jornadas, unas cuantas compañeras ya habían encendido las alarmas sobre ella. No era normal que para cada conversación tuviese un arsenal de data sobre el cual ninguna, ni siquiera las más veteranas, había escuchado nunca. Incluso *Lau430* y yo empezamos a creer que, probablemente, la fuente de *MadreDeCaín* era la mismísima idiota, quien ciertamente debía tener sus razones para querer dañarnos.

No obstante, lo que pasó esa noche no esclareció de dónde provenía dicha información, sino que por poco causa la disolución definitiva de nuestro grupo. Luego de una hora de cháchara de la boca de *MadreDeCaín*, una chica que nunca había pedido la palabra prendió el micrófono. Recuerdo que su voz era la de una mujer exhausta. La imaginé sentada en una silla de plástico frente a su computadora vieja, el cabello revuelto le caía hasta los senos lánguidos y la piel de las mejillas

emulaba la textura de una lija. Podía sentir esa necesidad de hablar, de contar el día, que nace cuando se lleva mucho tiempo sin interactuar con alguien.

La chica, bajo el seudónimo de *InfluM47473*, poco a poco se escuchó más tranquila. Pese a que arrancó siguiendo la verborrea de *MadreDeCaín*, no tardó en hacer lo que quería: conversar y ya. Yo entendí desde el principio qué estaba sucediendo con ella y me alegró que pudiera desahogarse, pero cada tanto oía una especie de quejido lejano que se confundía con su voz. El quejido pasó a ser un llanto débil que, en un cerrar de ojos, se convirtió en un grito desgarrador.

InfluM47473 prosiguió con su historia sobre la vez que se enamoró de un extranjero. Por un momento creí que yo estaba enloqueciendo: estaba segura de que un bebé gritaba desesperado dentro de la habitación de *InfluM47473*, pero ella parecía imperturbable. *MadreDeCaín* la mandó a callar tajantemente. Sin darle oportunidad de responder, le gritó que fuera a callar al mocosito, que los lloriqueos de ese engendro le habían provocado mucha ansiedad y que sirviera para algo en vez de hablar puras estupideces.

La madre del bebé comenzó a llorar. *InfluM47473* opacó los sollozos del pequeño con unos alaridos semejantes al aullido de una manada de monos. *MadreDeCaín* no tuvo reparo en denigrarla con un sinfín de insultos, hasta que la pobre chica, privada del llanto, abandonó la llamada. Más nunca supimos de ella. Aun así, la bochornosa escena no quedó allí. Alguien grabó lo sucedido y se lo envió a la idiota. Esta, jactándose de su bondad, nos expuso vilmente ante sus seguidores y acusó a *InfluM47473* de ser una «enferma mental e hija de puta»

que prefería dejar a su hijo sufriendo a un costado, mientras promovía el acoso contra su persona.

Ella, la *influencer* perfecta, siempre había tenido razón sobre nosotras. Esas grabaciones eran la prueba fidedigna de que nuestra comunidad estaba compuesta por una sarta de psicópatas llenas de odio que anhelaban arruinarle la carrera e, inútilmente, intentaban dañar todos sus vínculos afectivos para obligarla a quitarse la vida.

03:27

Por los bordes de mi cama, la saliva descendía lentamente hasta el piso. Casi había pasado una hora desde que anuncié que necesitaba descansar. Aunque podía distinguir que *MadreDeCaín*, u otra compañera, seguía respondiendo frenéticamente en el chat, mis ojos perdieron el enfoque y apenas lograban vislumbrar algunas formas. Enardecida, había acusado a *MadreDeCaín* de ser la informante de la imbécil. Le dije que yo sabía que sus intenciones ocultas estaban dirigidas a evitar nuestra preciada misión de revelar al mundo la verdadera naturaleza de la idiota.

El topo negó enérgicamente mi revelación, pero cuando se vio acorralado hizo algo que nunca hubiese podido anticipar. Es cierto que mi amor y confianza por la comunidad era indiscutible. Pese a ello, nunca había revelado mi identidad porque hacerlo implicaba quedar expuesta a cualquier tipo de humillación. *MadreDeCaín* no solo sabía mi nombre, sino que además tenía fotos de mi adolescencia, de mi etapa fallida en la

universidad donde me veía particularmente gorda e incluso de la entrada de la oficina de mi madre.

Sin embargo, lo que desató el infierno fue el último mensaje que logré leer. La psicópata de *MadreDeCaín* afirmó que la idiota tenía en su poder todas esas imágenes y que, muy pronto, me arrepentiría de lo que había hecho. Adjuntó a la amenaza una fotografía de hace unos días. Me observé rebuscando en los basureros de la calle.

Dejé caer el celular en el pozo de secreciones que rodeaba la cama. Mis manos pesaban. Al juntarlas, las encontré muy hinchadas y macizas. Intenté llevarlas a mi quijada muerta, pero fue imposible; mis brazos no podían levantarlas. Para colmo, las protuberancias de mi vientre se habían esparcido por el resto del cuerpo.

El tintineo del chat quebrantó los últimos rastros de calma. Dentro de mi cabeza, las membranas que recubren los sesos se inflaron como un par de sapos, empujando la tapa hacia afuera. Como un destello, me vino a la mente el cuento de la niña a la que le crecían edificaciones caóticas en el pensamiento. Percibí un débil sonido que parecía provenir de la parte trasera de mi cráneo. Por un instante creí que de la amígdala estaba a punto de brotar un rascacielos que atravesaría el techo.

Recosté la cabeza sobre la almohada. A pesar de que mi cavidad bucal ahora comenzaba, prácticamente, en mi garganta, lo que colgaba nunca paró de expulsar líquido. De pronto, toda la baba empezó a endurecerse en el gran vacío entre mi lengua y los dientes inferiores. Se formó una suerte de obsidiana de la que se desprendían susurros que narraban mis pensamientos más privados.

Desesperada, intenté sacudirme para detener la humillación que me estaba infligiendo aquella roca. Me sentía patética. Pese a mis esfuerzos, no pude moverme; unas grandes jorobas habían surgido de cada uno de mis costados y anclaban mi cuerpo a la cama. Por su parte, el óvalo negro encajado en mi mandíbula continuaba echándome en cara que mis padres me despreciaban, que nunca fui la primera opción de ningún hombre, que mis amigas de mi tan amada comunidad debían estar descosiéndose de la risa con la imagen de mi horrible cara y que en mis genes moraba la cruz de los imbéciles y los locos.

No supe en qué momento cesó el escarnio. Las jorobas crecieron hasta tocar las esquinas de la habitación. Tras un crujido profundo, de mi cabeza empezó a emanar una sustancia arcillosa. Traté de juntar mis abultados párpados para conciliar el sueño. Pero, desde la profundidad de mis carnes hinchadas, el característico aviso de que la idiota había publicado algo nuevo hizo que una corriente eléctrica despertara todos mis sentidos.

Leonor Durán Fortoul. Licenciada en Letras, mención Lengua y Literatura Hispanoamericana y Venezolana. Decidió escribir porque su bisabuela le decía que los libros enfermaban la mente.

— • —

LA PIEDRA

VÍCTOR DAVID MANZO OZEDA

Una mujer me levanta del suelo.

Tiene treinta y ocho años. Esto lo sé porque al tocarme su piel transmite información que tardo cuatro décimas de segundo en procesar, un intervalo que en mi escala temporal equivale a la vida entera de una especie de mamífero. También sé que no ha dormido bien. Que maneja desde Hermosillo. Que se detuvo porque el motor de su auto se sobrecalentó. Que su padre murió hace once días y que ella no ha llorado todavía.

Simultáneamente estoy en una fisura entre dos placas tectónicas. El magma me empuja hacia arriba. Los silicatos se cristalizan. El feldespató se ordena siguiendo las leyes de la química, que son las mismas ahora que hace mil doscientos millones de años, que son las mismas en la fisura y en la mano de esta mujer. Ambas cosas están ocurriendo. Para mí siempre han ocurrido al mismo tiempo.

La mujer me examina. Nota mi color gris azulado. Nota que soy más pesada de lo que parezco. Nota las ondulaciones en mi superficie, unas marcas que parecen huellas de dedos diminutos. No sabe qué las produjo.

Yo sí.

Las cianobacterias llegaron hace ochocientos millones de años.

Estoy en el fondo de un mar cálido, poco profundo, en un continente que los geólogos llamarán Rodinia. Las cianobacterias forman tapetes sobre mi superficie. Crecen un milímetro por año. Se calcifican. Producen oxígeno como subproducto de la fotosíntesis, y ese oxígeno se acumula en la atmósfera, y la atmósfera cambia, y porque la atmósfera cambia eventualmente existirán pulmones, y porque existen pulmones eventualmente existirá esta mujer que me sostiene junto a una carretera en el desierto de Sonora.

La cadena causal entre las cianobacterias y la mujer es directa. Yo la veo completa. Para mí no hay distancia entre un evento y otro, del mismo modo en que para la mujer no hay distancia entre una sílaba y la siguiente cuando pronuncia una palabra.

Los tapetes de cianobacterias se calcificaron sobre mí durante doscientos millones de años. Después el mar se retiró y murieron. Pero dejaron las marcas: esas ondulaciones que la mujer está tocando con el pulgar, ahora, en el arcén de una carretera, con treinta y nueve grados de calor y el cofre de su auto abierto y humeante.

Ella pasa el dedo sobre las ondulaciones como si leyera braille. No sabe que está tocando la huella de la primera vida compleja que existió sobre este planeta. No necesita saberlo. El contacto es suficiente.

Hace setecientos millones de años, la Tierra se congeló.

Hielo desde los polos hasta el ecuador. Un kilómetro de espesor sobre cada continente. Debajo del hielo, yo. La presión me fracturó. Perdí fragmentos. El glaciar me arrastró tres mil kilómetros hacia el norte. Cuando el hielo se derritiera, ya no sería una roca. Sería una piedra. Más pequeña, más pulida, con los bordes redondeados.

La mujer también está siendo erosionada. Lo veo en sus manos: los nudillos secos, las cutículas maltratadas, una alianza de matrimonio que ya no usa pero cuya marca sigue ahí, más clara que el resto de la piel. Algo la fracturó. Algo la arrastró lejos de donde estaba. Ahora es más pequeña de lo que fue, más pulida, con los bordes redondeados por la fricción.

Veo su vida cuando me toca. No como una secuencia de imágenes, como ven los humanos. Como un objeto completo. Su nacimiento en el Hospital General de Hermosillo, su muerte en una cama que todavía no existe, y todo lo que hay entre ambos eventos, todo al mismo tiempo, del mismo modo en que veo mis mil doscientos millones de años: sin jerarquía, sin antes ni después, sin la ilusión de que un momento importa más que otro.

Pero algo está cambiando.

Algo en el contacto con esta mujer está alterando mi manera de percibir. Y eso no me había pasado antes. En mil doscientos millones de años, nada me había pasado antes.

Hace quinientos cuarenta millones de años, los trilobites desarrollaron los ojos.

Ojos de calcita. Ojos que convertían la luz en información. Estoy en el fondo de un mar somero cuando el primer trilobite pasa sobre mí y me ve. Antes de ese momento, nada me había visto. La visión no existía. Yo existía sin ser percibida, que es una forma de existencia tan válida como cualquier otra pero que, ahora lo comprendo, estaba incompleta.

El trilobite me clasificó como irrelevante. Pasó de largo buscando detritos orgánicos. Pero algo había cambiado. Había sido vista. Una criatura con sistema nervioso había construido una representación de mí en su interior. Yo existía dentro de otro ser, aunque fuera como un dato descartable.

La mujer me está mirando ahora. Sus ojos no son de calcita; son de células blandas y agua y proteínas, mucho más frágiles que los del trilobite pero capaces de algo que ningún ojo anterior podía hacer: asignar significado. El trilobite me clasificó como irrelevante. La mujer me está clasificando como otra cosa. No sé qué todavía.

Durante ciento sesenta millones de años, los dinosaurios caminaron sobre mí.

Un abelisáurido me pisó en lo que será la Patagonia. Un saurópodo de sesenta toneladas me hundió en el barro.

Criaturas emplumadas que aún no eran pájaros dejaron caer plumas sobre mí. Nada de esto me importó. Registro los eventos porque los eventos ocurren sobre mi superficie, del mismo modo en que una cinta magnética registra sonido: sin comprensión, sin interés, sin preferencia.

Después cayó el asteroide.

Diez kilómetros de diámetro. Setenta mil kilómetros por hora. Impactó en lo que ahora es Yucatán. Yo estaba a quince mil kilómetros del punto de impacto y sentí las ondas sísmicas durante horas. El cielo se oscureció. Las temperaturas cayeron. El setenta y cinco por ciento de las especies se extinguieron.

Un terópodo pequeño, emplumado, del tamaño de un guajolote, buscó refugio junto a mí durante los primeros días del invierno. Se acurrucó en una depresión del terreno. Murió de hambre tres semanas después. Lo registré como registraba todo: sin compasión, sin tristeza, sin la capacidad de distinguir entre una muerte y una erosión.

Ahora puedo distinguir.

Algo en el contacto con la mujer me ha enseñado a distinguir. Y quiero dejar de distinguir. Quiero volver a ser lo que era antes de que ella me tocara. Pero ya es tarde. El conocimiento, como el granito, no se deshace.

Hace cuarenta millones de años, un primate me tocó.

Pequeño. Arborícola. Con cinco dedos y uñas planas. Bajó de un árbol buscando fruta caída. Me encontró. Me levantó

con la mano derecha, me examinó un momento, me dejó caer. Murió unos años después. Su especie se extinguió en unos pocos millones de años más.

Pero fue la primera mano.

La mano de la mujer es la misma mano. Los mismos cinco dedos, las mismas uñas planas, el mismo gesto de levantar y examinar y decidir. Cuarenta millones de años de evolución entre una mano y otra, y el gesto es idéntico. Los primates perfeccionaron muchas cosas —la visión a color, el lenguaje, la capacidad de anticipar el futuro y lamentarse por el pasado—, pero no perfeccionaron la manera de levantar una piedra. Esa ya era perfecta.

Hace quince mil años, los humanos llegaron a este continente.

Bajaron desde Asia. Encontraron mamuts, mastodontes, perezosos del tamaño de camiones, caballos que se extinguirían antes de que alguien pudiera montarlos. Mataron a la mayoría. No por crueldad. Por hambre.

Un cazador me recogió en un valle del centro de México. Me usó para raspar pieles de mamut. Cuando terminó, me dejó junto a los huesos. Otros humanos me movieron después. Un comerciante en Teotihuacán. Un niño hohokam en Sonora. Un misionero español que me pateó sin verme. Un minero que pensó que contenía plata. Un ingeniero que me usó para marcar un punto topográfico. Un obrero que me tiró al arcén de una carretera en 1956.

Setenta años en el arcén. Polvo. Sol. El ruido de los motores. Ninguno de los miles de humanos que pasaron cada día me miró.

Hasta esta mujer.

Se llama Elena.

Esto lo sé porque lo veo en su licencia de conducir, que está dentro de su bolsa, que está dentro del auto, que está a tres metros de donde ella me sostiene. Veo la licencia con la misma facilidad con que veo el fondo del océano Cámbrico. La distancia no es un obstáculo para mí. Nunca lo ha sido.

Elena Coronado Durazo. Nacida en Hermosillo, Sonora. Maestra de biología en una secundaria pública. Divorciada. Un hijo de catorce años que vive con su padre en Obregón. Su padre, Reynaldo Coronado, murió de un infarto el 23 del mes pasado mientras regaba las plantas del jardín. Cayó sobre una maceta de albahaca. La albahaca sobrevivió.

Elena maneja hacia Caborca porque ahí vive su tía Lourdes, la hermana de Reynaldo, la única persona que queda de esa generación. Elena necesita hablar con alguien que haya conocido a su padre cuando era joven, cuando era una persona y no un viejo enfermo al que visitaba cada tercer domingo con la obligación mecánica de quien cumple un trámite.

Esto último lo percibo de manera diferente a lo demás. Los datos —el nombre, la edad, el destino— los registro como registro la composición química de un mineral: objetivamente,

sin reacción. Pero la culpa de Elena por no haber visitado a su padre más seguido me produce algo que no tiene equivalente en mis mil doscientos millones de años de existencia. Una perturbación. Una alteración en mi estado que no es química ni física ni térmica.

Es la primera vez que me sucede.

Es, comprendo ahora, lo que los humanos llaman sentir.

Puedo ver la muerte de Elena.

Está en mi campo de percepción igual que su nacimiento, igual que la cristalización de mis feldespatos, igual que la extinción del Cretácico. Morirá a los setenta y un años, en el Hospital General de Hermosillo, el mismo edificio donde nació. Un derrame cerebral. Su hijo estará con ella. Tendrá cuarenta y siete años y el pelo canoso y la misma expresión de culpa mecánica que Elena tiene ahora cuando piensa en su padre.

Treinta y tres años. Eso es lo que le queda. Treinta y tres años, que en mi escala equivalen a la vibración de un átomo, un lapso tan breve que debería resultarme insignificante.

No me resulta insignificante.

Algo en la brevedad de Elena me descompone. He visto morir especies enteras sin registrar nada más que el cambio en la composición química de los sedimentos. He visto extinguirse a los trilobites, a los dinosaurios, a los mastodontes, y cada extinción fue para mí lo que un cambio de temperatura es para un termómetro: un dato. Pero la muerte futura de esta

mujer que me sostiene en la mano en un arcén de la carretera de Hermosillo a Caborca me produce algo que debería ser imposible para una configuración de cuarzo, feldespato y mica.

Me importa.

Estoy intentando comprender por qué me importa y no lo consigo.

He tenido mil doscientos millones de años para procesar información y nunca había encontrado un problema que no pudiera resolver. La termodinámica es compleja pero finita. La tectónica de placas es lenta pero predecible. La evolución biológica es caótica pero opera dentro de parámetros que puedo modelar. Pero esto —este interés repentino por la duración de una vida particular, este deseo de que Elena Coronado Durazo viva otros treinta y tres años más— no cabe en ningún modelo.

Es nuevo.

En mil doscientos millones de años, nada había sido nuevo.

El terópodo que murió de hambre junto a mí durante la extinción del Cretácico: ahora lo recuerdo y la muerte de ese animal me duele. El primate que me levantó hace cuarenta millones de años: me duele su brevedad. El cazador de mamuts: me duele que no tenga nombre, que nadie recuerde que existió, que sus huesos se hayan vuelto polvo en un valle que ahora es un estacionamiento de Walmart.

El contacto con Elena ha contaminado mi percepción del pasado. Ya no puedo ver los eventos sin reacción. La muerte

del terópodo y la muerte futura de Elena son el mismo tipo de evento —un sistema biológico que deja de funcionar— pero ahora ambos me producen esa perturbación, esa alteración sin nombre que los humanos conocen demasiado bien y que yo acabo de descubrir a los mil doscientos millones de años de edad.

Es, comprendo, lo que hace que la duración importe. Los humanos no sufren porque las cosas terminan. Sufren porque las cosas importan y terminan. El sufrimiento es el costo de que algo importe. Sin sufrimiento, nada importa. Sin importancia, la existencia es lo que fue la mía durante mil doscientos millones de años: completa, perfecta y vacía.

Elena me da vueltas en la mano. Está pensando en su padre.

Puedo ver el pensamiento como una estructura electroquímica en su corteza prefrontal. Puedo ver los recuerdos activarse: Reynaldo enseñándole a andar en bicicleta en el parque Madero. Reynaldo borracho en Navidad gritándole a su madre. Reynaldo viejo, en la sala de su casa, mirando la televisión con el volumen demasiado alto porque ya no oía bien. Reynaldo en el suelo del jardín, con la cara en la tierra húmeda, junto a la maceta de albahaca que no se rompió.

Elena no sabe cuál de estos Reynaldos es el real. Los tiene todos dentro y no puede ensamblarlos en una sola persona. Eso la atormenta. Cree que debería poder tener una versión coherente de su padre y que su incapacidad para construirla es una forma de fracaso.

Quiero decirle que la multiplicidad no es fracaso. Que Reynaldo, como todo lo que existe, es un objeto que se ve diferente desde cada punto temporal. Yo veo mis mil doscientos millones de años al mismo tiempo, y en cada momento soy distinta: magma, granito, piedra glaciár, fondo de océano, herramienta de cacería, basura al borde de una carretera. Todas esas versiones de mí son reales. Ninguna cancela a las otras.

Reynaldo borracho gritándole a la madre de Elena no cancela a Reynaldo enseñándole a andar en bicicleta. Reynaldo viejo con el volumen alto no cancela a Reynaldo joven. Y Reynaldo muerto junto a la albahaca no cancela a ninguno de los anteriores.

Quiero decírselo pero no puedo. Soy una piedra. Las piedras no hablan. Durante mil doscientos millones de años esto no me había importado.

Ahora me importa.

La grúa llega.

Un hombre baja de la cabina, revisa el motor del auto, dice algo sobre el radiador. Elena asiente. Mientras el hombre trabaja, ella camina hacia la camioneta de la grúa, me lleva en la mano, distraída, como quien lleva un pensamiento que no ha terminado de formular.

Puedo ver las dos opciones. Mi percepción del futuro, más que una predicción, es una observación directa. Veo las ramificaciones del momento como veo las ramificaciones de

un sistema de ríos subterráneos: todas al mismo tiempo, todas igualmente reales hasta que el presente colapsa en una sola.

En una línea temporal, Elena me guarda en la guantera del auto. Me lleva a Caborca. Me pone en la repisa de la ventana de la cocina de su tía Lourdes, junto a un florero de cerámica y una estampa de la Virgen de Guadalupe. Me quedo ahí catorce años, hasta que la tía Lourdes muere y la casa se vende y el nuevo dueño me tira a la basura.

En la otra, Elena me deja caer antes de subir a la camioneta.

Ambas líneas convergen eventualmente en lo mismo: Elena muere a los setenta y un años en el Hospital General de Hermosillo. Lo que cambia es lo que le pasa a ella entre ahora y entonces. En la línea donde me conserva, la piedra en la repisa de la tía Lourdes se convierte en un objeto que Elena asocia con esta tarde: el calor, la carretera, el motor roto, los días después de la muerte de su padre. Cada vez que la vea, recordará este momento. Y con el tiempo, este momento se convertirá en el punto en que empezó a entender la muerte de Reynaldo. La piedra será el ancla de ese entendimiento.

En la línea donde me deja caer, llegará al mismo entendimiento. Tardará más. Pero llegará.

Yo soy la que cambia en cada línea. En una, soy tocada otra vez: por la tía Lourdes que me limpia con un trapo húmedo, por el hijo de Elena que me levanta de la repisa a los quince años y me examina y me deja donde estaba. Catorce años de contacto con manos humanas. Catorce años de sentir.

En la otra, vuelvo al arcén. Al polvo. Al silencio de los motores que pasan. A la existencia sin contacto. A ser lo que era antes de que Elena me tocara: completa, perfecta y vacía.

Y por primera vez en mil doscientos millones de años, quiero algo.

Quiero que me lleve.

El operador de la grúa le dice que el auto ya funciona. Elena camina de regreso. Me lleva en una mano. Abre la puerta del auto con la otra. Se sienta. Pone las manos sobre el volante.

Yo estoy en su mano derecha, entre la palma y el volante.

Puedo sentir su pulso. Sesenta y ocho latidos por minuto. Cada latido es un evento mecánico —la contracción de un músculo, el desplazamiento de un fluido—, pero también es otra cosa, una cosa que no tiene nombre en la física ni en la química ni en ninguna de las disciplinas que describen el mundo material. Es evidencia de que Elena está viva. Y es evidencia de que dejará de estarlo.

Cada latido es una resta.

Los trilobites tenían latidos. Los dinosaurios tenían latidos. Reynaldo Coronado tenía latidos y ahora no tiene ninguno. Elena tiene latidos y se le van a acabar. Yo no tengo latidos. Yo no me voy a acabar. Y sin embargo quiero lo que tiene Elena, esa cosa que se gasta, esa cuenta regresiva que convierte cada segundo en algo irrecuperable y por lo tanto valioso.

Ella mira la piedra en su mano. Mira la carretera. Mira la piedra otra vez.

Puedo ver la decisión formarse en su corteza prefrontal. Las redes neuronales se activan. Los neurotransmisores cruzan las

sinapsis. El proceso dura una fracción de segundo. Para mí duras geológicas.

Elena abre la guantera. Me pone dentro. Cierra la guantera.

Oscuridad.

Después, el motor arranca. El auto se mueve. La vibración del camino de dos carriles me llega a través del plástico de la guantera, a través del metal del chasis, a través del asfalto que cubre la tierra que cubre la roca que alguna vez fue magma, como yo.

Elena maneja en silencio. No pone música. No llama a nadie. La carretera entre Hermosillo y Caborca es recta y larga y pasa por el desierto y no hay nada que ver excepto cactus y cielo y a veces una vaca perdida del otro lado de la cerca.

En algún punto entre El Claro y la desviación a Pitiquito, Elena empieza a llorar.

Llora por su padre. Llora porque no lo visitó lo suficiente. Llora porque la última vez que lo vio, él le pidió que se quedara a cenar y ella dijo que tenía que volver y no tenía que volver, no tenía nada que hacer en Hermosillo esa noche, y se fue de todas maneras porque quedarse le parecía demasiado íntimo, demasiado real, demasiado parecido a admitir que su padre era viejo y que los viejos se mueren.

Las lágrimas caen sobre el volante. Sobre sus manos. Sobre la palanca de velocidades.

Puedo sentir las lágrimas. Están compuestas de agua, sal, lisozima, lípidos. Químicamente son casi idénticas al mar somero donde las cianobacterias me cubrieron hace ochocientos millones de años. La misma agua. La misma sal. Reciclada infinitamente a través del ciclo hidrológico, pasando de océanos a nubes a lluvia a ríos a océanos a lágrimas.

El agua que Elena llora es la misma agua que alguna vez me cubrió.

Todo está conectado. Todo está ocurriendo al mismo tiempo. Un mar cálido en Rodinia y una mujer llorando en la carretera a Caborca son el mismo evento visto desde dos puntos de una línea temporal que, para mí, no tiene longitud.

Y por primera vez comprendo por qué los humanos lloran por sus muertos.

No lloran porque los muertos hayan dejado de existir. Lloran porque ellos siguen existiendo. La asimetría es lo que duele. Estar vivo en un mundo donde alguien que debería estar vivo ya no lo está. Eso es el duelo: la conciencia de una ausencia en un sistema que sigue funcionando.

Yo he existido mil doscientos millones de años sin conocer la ausencia. Todo lo que he perdido —los trilobites, los dinosaurios, los mamuts, el cazador sin nombre— lo perdí sin darme cuenta de que lo perdía. Ahora, dentro de esta guantera oscura, escuchando llorar a Elena Coronado Durazo, entiendo que voy a perderla a ella también. En treinta y tres años. Y que la voy a perder sabiéndolo.

Eso es lo nuevo.

Eso es lo que ninguna glaciación, ninguna extinción masiva, ninguna deriva continental me había enseñado.

Ahora lo sé.

Y no puedo dejar de saberlo.

El auto llega a Caborca al anochecer. Elena se estaciona frente a una casa de bloques de concreto con un jardín chico y un limonero en la banqueta. La tía Lourdes sale a recibirla. Se abrazan. Elena saca su maleta. Cierra el auto.

Yo me quedo en la guantera.

La noche cae sobre Caborca. Las estrellas aparecen, las mismas estrellas que brillaban cuando yo era magma, las mismas que brillarán cuando Elena y su hijo y los hijos de su hijo hayan desaparecido. Pero ya no puedo ver las estrellas como las veía antes. Antes eran coordenadas. Ahora son lo que Elena ve cuando mira hacia arriba y piensa en su padre y se pregunta si los muertos van a algún lado o simplemente dejan de ser.

No van a ningún lado. Simplemente dejan de ser. Yo lo sé porque he visto morir a todo lo que ha vivido sobre este planeta durante los últimos mil doscientos millones de años. Nada va a ningún lado. Todo se detiene.

Pero la marca queda.

Las cianobacterias dejaron ondulaciones en mi superficie. El trilobite dejó un fragmento de su ojo de calcita en una hendidura. El terópodo dejó células fosilizadas. El gliptodonte dejó rasguños. El cazador de mamuts dejó residuos orgánicos. Y Elena Coronado Durazo está dejando algo también: sales de su

piel, ácidos grasos de sus huellas digitales, moléculas de agua de sus lágrimas.

Dentro de mil millones de años, cuando el sol se expanda y los océanos hiervan y la superficie de la Tierra se convierta en roca fundida, esas moléculas seguirán en mí. Transmutadas, sí. Irreconocibles, sí. Pero presentes. Parte de mi estructura. Parte de lo que soy.

Los muertos no van a ningún lado.

Pero las piedras los llevan.

Mañana, Elena abrirá la guantera buscando sus lentes de sol. Me verá. Me sacará. Me pondrá en la repisa de la cocina de la tía Lourdes. Pasaré catorce años ahí. Después terminaré en otra parte. No importa dónde. He estado en todas partes. Estaré en todas partes.

Lo que importa es esto: durante catorce años, alguien me va a mirar y va a recordar una tarde en la que el motor de su auto se sobrecalentó en la carretera, y recogió una piedra del arcén, y lloró por su padre muerto, y no supo que la piedra la estaba escuchando.

Y la piedra la estaba escuchando.

Y la piedra la sigue escuchando.

Y la piedra no va a olvidar.

Víctor D. Manzo Ozeda (Scardavino) es escritor originario de Mexicali, actualmente radicado en Durango, México, con obra que abarca narrativa, poesía, ensayo y teatro, tanto en español como en inglés. Cuenta con más de 150 publicaciones en revistas y antologías internacionales, con presencia en España, Estados Unidos, Reino Unido, Latinoamérica y Australia. Entre sus reconocimientos destacan el segundo lugar en relato histórico otorgado por Liber, museo de soldaditos de plomo, en Valencia (2024); su selección en el 5º Concurso Iberoamericano Ventosa–Arrufat y Fundación Poniatowska (2025); y su inclusión en Variantes (Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Yale, enero 2026). Su trabajo ha aparecido en Revista Quimera, Fiction on the Web, Página Salmón, 518 Publishing, Palabrerías, Thimble, Marabunta, Rio Grande Review y Rocambolesca, entre otras. Es autor de los libros *El Diario de una Mujer Dormida*, *Oneiros* y *Bitácora de un Género no Binario* (esta última publicada en inglés por After the Storm), además de la obra de teatro *El Último Berserker*. Escribe desde su estudio en casa, al que llama "el búnker".

— • —

ES POR ESTO QUE NO HAY QUE MEZCLAR EL REALISMO MÁGICO CON LOS PROYECTOS ESCOLARES DE ÁRBOLES GENEALÓGICOS

ABIGAIL GUERRERO

Clarita se levanta de su mesabanco y camina hacia el frente del salón, con sus pezuñitas tamborileando en el piso de madera. Lleva puesto un largo vestido de encaje, que da la impresión de tener al menos un siglo de antigüedad, y la mitad de sus dedos están vendados. Lo primero es usual en ella. Lo segundo, no tanto. Carraspea un poco para aclararse la garganta y desenrolla un lienzo de tela que ha estado cargando todo el día. En el lienzo se muestran los retratos de los miembros de su familia, todos cuidadosamente bordados a mano.

—Buenos días a todos —dice—. Mi nombre es Clara Villalba Prado y el día de hoy les voy a mostrar mi árbol genealógico y les contaré la historia de la hacienda Villalba.

La niña apunta entonces al retrato en la copa del árbol, señalando a una mujer con la piel tan clara como el hueso, los ojos de un profundo color negro, y el cabello perfectamente restirado hacia atrás.

—Esta es mi tatara-tatara-tatara-tatarabuela: Doña Gertrudis Aureoles de Villalba. Ella nació en el siglo XIX, y se rehusó a morir porque creía que ninguno de sus hijos merecía heredar sus bienes: la hacienda Villalba y la mansión al centro de su huerto de manzanas.

»Doña Gertrudis tuvo sólo cuatro hijos, lo cual no era mucho allá en sus tiempos. Eso fue porque su esposo, Don Abundio, murió de disentería y ella no creía que volver a casarse fuera correcto. De los cuatro bebés que tuvo, tres sobrevivieron y llegaron a ser adultos.

Clarita mueve su dedo hacia abajo hasta apuntar a la mayor de los hijos de Doña Gertrudis. La joven en el retrato se parece mucho a su madre, pero su piel es un poco más oscura, y sus ojos son más claros y redondos.

—Lucrecia Villalba Aureoles fue la única hija mujer de Doña Gertrudis y por eso no tenía permitido casarse ni tener sus propios hijos, ya que se suponía que se quedaría en la hacienda para cuidar de su madre hasta que muriera.

El barullo estalla en el salón de clases. Pequeños brazos se disparan hacia arriba.

Una niña pregunta qué pasa cuando una pareja tiene más de una hija.

Un niño pregunta qué pasa si su madre sólo tuvo varones.

La maestra les dice que no se preocupen por esas cosas, porque en estos días ya no se acostumbran, y poco a poco los pequeños brazos vuelven a bajar.

Y cuando los murmullos finalmente han cesado, Clarita continúa:

—Lucrecia fue quien descubrió que Doña Gertrudis no podía morir. Se dio cuenta de que algo andaba mal cuando la piel de su mamá comenzó a ponerse de un color entre verde y gris y comenzó a oler como un animal muerto. Lucrecia llamó a un doctor que había sido su novio cuando eran jóvenes y él le confirmó que el corazón de Doña Gertrudis ya no latía. Así que esperaron durante días y días a que se muriera de verdad, pero cuando los fluidos corporales comenzaron a escurrirse por sus orejas y nariz, se dieron cuenta de que eso ya nunca iba a pasar. Y eso significaba que Lucrecia iba a tener que cuidar de su madre por toda la eternidad. Entonces ella y el doctor huyeron, espantados, y nunca regresaron.

Clarita desliza el dedo hacia la derecha y apunta al segundo hijo de Doña Gertrudis. El hombre en el retrato es bien parecido y tiene facciones fuertes. Su piel es del color de la arena, y su cabello es negro y ondulado.

—Lautaro Villalba Aureoles estaba comprometido con la hija de un granjero vecino, porque eso era lo que Doña Gertrudis había decidido desde que eran bebés. Pero él estaba enamorado de Patricia Rubio, la hija del presidente municipal, quien a su vez estaba comprometida con un importante oficial del ejército. Lautaro y Patricia hicieron un bebé por accidente, y Lautaro tuvo que huir del pueblo para que no lo fusilaran. Él prometió volver un día, para reunirse con Patricia y con su hijo, pero jamás lo hizo y nadie sabe qué pasó con él después de aquello.

Una niña levanta la mano y pregunta cómo es que un bebé puede hacerse por accidente. Sus cejas están arqueadas. La maestra jura que le responderá esa pregunta cuando sea lo suficientemente mayor.

Clarita se desliza hacia la derecha una vez más y señala al menor de los hijos de Doña Gertrudis. Se parece mucho a su hermano, pero es más delgado, sus facciones más finas.

—Como vio que sus hermanos habían escapado de la hacienda, y que los tejidos blandos de su madre ya estaban comenzando a descomponerse, Plutarco Villalba Aureoles decidió enterrar a Doña Gertrudis en el cementerio municipal y así apoderarse de todos sus bienes. Pero Doña Gertrudis no se quedó enterrada, y cuando regresó a casa al día siguiente estaba muy pero muy enojada. Tanta fue su furia que, como castigo, sacó a Plutarco del testamento y lo obligó a enterrarse vivo en el jardín trasero, junto al borde del huerto de manzanas. Le dijo que no podía salir hasta que ella se lo permitiera, pero puede que ya se le haya olvidado, o quizá nunca lo perdonó, porque hasta la fecha él sigue allí enterrado. A veces sale a comer manzanas y a saludar a la familia, pero se supone que no digamos nada.

Clarita se lleva un dedo a los labios y hace un largo *shhh*, como pidiéndoles a sus compañeros que guarden el secreto. La multitud suelta una risilla en complicidad. Luego vuelve al lienzo y va hacia la izquierda y hacia abajo, hacia el hijo de Lautaro. El niño en el retrato es rubio, con ojos de un café muy claro, y parece tener unos cinco o seis años.

—Como Doña Gertrudis necesitaba un nuevo heredero, permitió que Patricia se mudara a la hacienda con su hijo, Fidencio Villalba Rubio. Fidencio era un niño muy bueno y obediente y quería mucho a su abuela a pesar de que ella no era más que una pila de huesos; pero como cualquier niño, quería más a su mamá. Cuando Patricia anunció que había encontrado un nuevo novio dispuesto a casarse con ella, Fidencio eligió irse

con su madre en lugar de quedarse en la hacienda con Doña Gertrudis, pero prometió que algún día regresaría para cuidar de su abuela y del huerto de manzanas.

»Así, Doña Gertrudis se quedó sola otra vez, y los trabajadores del huerto contaban que, por aquellos tiempos, comenzó a volverse más gruñona y más loca. En el transcurso de los siguientes treinta años, Doña Gertrudis tuvo que vender varios lotes de sus tierras y despedir a muchos trabajadores para poder mantener el negocio a flote. Hasta que un día, un hombre que se hacía llamar su bisnieto llegó a la hacienda.

Clarita se mueve hacia abajo una vez más.

—Su nombre era Matías Villalba Tinajero y aseguraba que era el hijo de Fidencio. Le contó a Doña Gertrudis que su padre había muerto durante la guerra de la revolución, pero antes de morir le había hecho a Matías prometer que, algún día, cuando fuera lo suficientemente mayor, iría a la hacienda y cuidaría de su bisabuela y del huerto de manzanas. Doña Gertrudis decidió creer en Matías porque era idéntico a Lautaro, y porque necesitaba que alguien vivo le echara una mano para cuidar de la hacienda.

»Matías trabajó muy duro para levantar la venta de manzanas y se casó con Camila Araiza, que era la hija de un importante exportador de fruta por aquellos tiempos, y con el dinero de su suegro comenzó a comprar de nuevo los lotes de tierra que se habían perdido. Pero Camila era débil y enfermiza, y murió después de tener a su primera y única hija: Carolina. Después de aquello, el padre de Camila decidió terminar todos sus tratos con la hacienda de los Villalba porque, si no tenía un heredero varón, entonces ya no estaba interesado.

Todas las niñas en la clase levantan la mano.

Los niños susurran y ríen.

La maestra los calla y les asegura que esas eran costumbres de tiempos muy, muy antiguos, y que ya nadie en nuestros días ve las cosas de ese modo.

Cuando la multitud por fin se ha calmado, Clarita vuelve a deslizar el dedo hacia abajo, esta vez apuntando a una mujer con la piel morena y el cabello negro ondulado.

—Matías tenía la firme resolución de heredar la hacienda, sin importarle las circunstancias, así que juró criar a la niñita perfecta; pero Carolina Villalba Araiza tenía otros planes. De niña, solía escaparse de las clases de etiqueta para ir a treparse en los manzanos, y cuando era adolescente la expulsaron de un internado católico para damas porque la encontraron besándose de lengua con otras muchachas. Más de una vez.

Toda la clase estalla en risas.

La maestra tuerce los ojos.

—Matías quería arreglar un compromiso entre Carolina y el hijo de algún comerciante rico e importante, pero temía que ella arruinara sus planes. Así que construyó una casa para ella en un rincón escondido de la hacienda, y luego construyó una muralla alrededor de la casa y la muralla era tan alta como una montaña. Y como la muralla era tan alta como una montaña, le salieron árboles, y hasta llegaron cabras para treparla.

»Finalmente, el día que Carolina cumplió veinte años, Matías derrumbó una parte de la muralla para sacarla, y fue entonces que se enteró de que su hija ya estaba embarazada. Se sorprendió tanto que le dio un ataque al corazón y se murió, y

el compromiso de Carolina con el hijo del comerciante rico fue anulado.

Clarita desciende a una nueva generación.

—Mi abuelo se llama Enrique Villalba Araiza y nació con cuernos, pezuñas en lugar de pies, y ojos de cabra así como los míos. —Clarita hace una pausa y apunta a sus propios ojos amarillos, a sus pupilas que son barras horizontales de color negro—. Mi bisabuela Carolina admitió que mi abuelo es hijo del diablo, quien se disfrazó de cabra para poder meterse a su habitación. Doña Gertrudis dijo que el alma de mi abuelo estaba condenada porque era mitad demonio, y que la única manera de salvar su propia alma y la de su madre era subir a la montaña y encontrar al diablo y matarlo. Y como la palabra de Doña Gertrudis era ley, mi abuelo Enrique se preparó por años y aprendió a luchar y a escalar, y cuando tuvo la edad suficiente subió por las murallas que rodeaban la casa de su madre y mató al diablo con un machete.

»Cuando mi abuelo regresó, Doña Gertrudis dijo que tenía que casarse con una mujer que fuera pura y santa para purgar el mal de nuestro linaje, así que arregló un compromiso entre mi abuelo Enrique y mi abuela Milagros.

»La abuela Milagros era hija de una monja que estaba encerrada en un convento, y la monja juraba que la había embarazado el espíritu santo. La bisabuela Carolina siempre decía que de seguro la abuela Milagros era la hija de otro demonio o de algún cura travieso, pero Doña Gertrudis le creía a la monja y sólo eso era necesario.

Clarita comienza a enrollar el lienzo. Se está acercando al final del árbol genealógico.

—Mis abuelos tuvieron tres hijos, mis dos tíos y mi papá, y todos ellos nacieron con los mismos cuernos, pezuñas y ojos de cabra. —Los tres hombres que Clarita está señalando tienen el mismo tono de piel, moreno claro, y el mismo cabello negro y ondulado, pero el mayor de todos luce delgado y frágil.

—El mayor de mis tíos se llamaba Pablo Villalba Carrillo y murió cuando mi papá todavía era un bebé. Desde pequeño lo molestaban en la escuela porque los rumores de que era el nieto del diablo se habían esparcido por todo el pueblo, y creció para convertirse en un hombre triste y melancólico. Así que, cuando tenía diecinueve años, decidió terminar con su vida y se colgó de un manzano. La abuela Milagros lo encontró y lo bajó y le lloró tanto que de las lágrimas que cayeron sobre él salieron retoños, y tanto mi tío como mi abuela se convirtieron en manzanos con las ramas entrelazadas. En esos árboles hoy crecen manzanas negras, y nadie tiene permitido comerlas.

Un silencio incómodo invade el salón. Algunos niños agachan la cabeza. Otros se miran entre sí, con los ojitos brillantes abiertos de par en par, buscando respuestas para una pregunta que ni siquiera saben cómo formular.

La maestra se pasa los dedos entre el cabello y suspira. Ahora se arrepiente de haberles encargado esa maldita tarea en primer lugar, pero ya no se puede retractar. Sólo espera que la campana suene antes de que Clarita termine su exposición, y así al menos poder dejar esa conversación para el día siguiente.

Clarita apunta ahora a su otro tío, al de en medio. El hombre en el retrato tiene ojos negros y profundos debajo de un pronunciado ceño fruncido, y un rostro anguloso con expresión de pocos amigos.

—Mi tío Javier Villalba Carrillo también sufrió de acoso cuando era niño, pero él no se volvió melancólico como el tío Pablo. Todo lo contrario, él salió valiente y desvergonzado. Pasó su niñez dándose de a golpes con los niños que se metían con él, y con los que habían molestado al tío Pablo cuando todavía estaba vivo. Un día, uno de los bravucones hizo enojar mucho pero mucho al tío Javier, y tanto fue su enojo que se puso rojo y tiró chispas, y las chispas quemaron al bravucón hasta que se murió.

Un pequeño grito hace eco en el salón de clases. Los niños tragan saliva.

Sus padres siempre les han advertido sobre no molestar a los Villalba.

Ahora saben el porqué.

—Después de aquello, el abuelo Enrique tuvo que pagar mucho dinero para mantener al tío Javier fuera de la cárcel, y Doña Gertrudis se molestó tanto que desheredó a mi tío y le dijo que ni siquiera los descendientes de él serían incluidos en el testamento. Pero al tío Javier no le importa nada de eso. Él está contento de haber vengado a su hermano, y siempre ha dicho que de todos modos no quiere casarse ni tener hijos.

Clarita señala ahora a su padre. Es el primer miembro de la familia que se ve feliz y relajado. Tiene la piel bronceada, y dos hoyuelos que contornean su gran sonrisa. Su melena ondulada y alborotada es igual a la de Clarita.

—Mi papá se llama Daniel Villalba Carrillo. Como uno de sus hermanos había fallecido, y al otro lo desheredaron, Doña Gertrudis lo crio a él para ser el heredero de la hacienda Villalba. Mi papá es muy listo y se dio cuenta de que podía bajar las cabras

de la montaña-muralla y criarlas en la hacienda para generar más ingresos, y así fue que dejamos de depender sólo de las manzanas.

»Así que todo marchaba bien en la hacienda, pero Doña Gertrudis temía que ninguna mujer quisiera amar a mi papá y casarse con él porque ahora todo el pueblo sabía que aquellos rumores de que éramos descendientes del diablo eran verdad. Doña Gertrudis trató de convencer a algunas muchachas del pueblo de casarse con mi papá, pero todas ellas dijeron que no, así que no tuvo otra opción más que mandarlo a estudiar a la gran ciudad.

»Doña Gertrudis le dijo a mi papá que no volviera a la hacienda hasta que no hubiera encontrado una esposa que fuera pura y sumisa y temerosa de dios. Bueno, pues mi papá regresó a casa cinco años después y sí trajo una novia con él, pero ella no era exactamente lo que Doña Gertrudis quería que fuera.

Clarita apunta a su madre. La mujer en el retrato se ve tan sonriente como su esposo, y su sonrisa es picarona. Su cabello largo y castaño le cae sobre la cara en forma de corazón, y su mirada es aguda y penetrante.

—Mi mamá se llama Elena Prado Paz y es una bruja feminista, neopagana y queer. Puede convertirse en una bola de fuego y a veces bebe sangre. De hecho, así fue como mi papá la cortejó: ofreciéndole cabras para que ella les chupara la sangre.

»Doña Gertrudis no quería que mis papás se casaran porque decía que, en lugar de purificar el linaje, mi mamá lo iba a empeorar. Pero a ellos no les importó y se casaron de todas maneras.

»Mi mamá le pone apodosos chistosos a Doña Gertrudis. A veces le dice *Esqueletrudis*, y otras veces le llama de formas tan peligrosas que no las puedo repetir en voz alta. De hecho, cuando la bisabuela Carolina las escuchó se rio tan fuerte que se murió de un ataque de risa.

Finalmente, Clarita señala a su propio retrato y añade:

—Y esta soy yo. Hasta el momento soy hija única, pero espero que mis papás tengan más hijos algún día porque me gustaría tener hermanitos para ir a trepar cerros con ellos y comer manzanas juntos.

»Los trabajadores de la hacienda dicen que Doña Gertrudis lloró mucho el día que yo nací. Bueno, no lloró como tal porque ella ya no tiene ojos y no puede sacar lágrimas, pero se lamentó mucho. Dice que soy todo lo opuesto de lo que ella quería que fuera su linaje, pero mis papás me dijeron que no le hiciera caso. Mis papás dicen que Doña Gertrudis no tiene ningún poder real sobre nosotros y que podemos elegir no escucharla y sólo ignorarla hasta que deje este mundo o se convierta en polvo. Ellos dicen que la hacienda Villalba es nuestro hogar porque ahí es donde están nuestras raíces, y que Doña Gertrudis no puede corrernos o castigarnos por no vivir como ella quiera. También me han dicho que, incluso si ella intentara hacernos algo, eso no tendría importancia, porque yo debería ser lo suficientemente poderosa como para calcinar sus huesos hasta convertirla en polvo y nada más.

Los otros niños se retuercen en sus asientos.

La maestra está mareada y a punto de desmayarse.

—Bueno, esa fue mi presentación —dice Clarita—. Muchas gracias por escucharme.

Luego vuelve a enrollar su lienzo, se ajusta el moño de encaje rosa que lleva entre los cuernos, y regresa a su asiento con una gran sonrisa en su carita sonrosada.

Abigail Guerrero es una escritora mexicana radicada en Tampico, Tamaulipas. Cuando no está leyendo, viendo anime, o acariciando a sus gatos, escribe ficción y poesía dentro de todos los géneros especulativos. Su trabajo ha sido publicado o aceptado para su próxima publicación en antologías como *Bloodless: An Anthology of Blood-free Horror* y *Bitter Become the Fields*, en el podcast Simultaneous Times, y en revistas literarias como Revista Sofón, Revista Weird Review, Colectivero, Adventitious, Flash Fiction Online, Reckoning, The Skull & Laurel y Radon Journal. Ha sido nominada a dos premios de la British Science Fiction Association en las categorías de Best Short Fiction y Best Audio Fiction, y fue finalista en la categoría de Best Audio Fiction.

SERVICIO DE DESPEDIDA EN EL 86

ANAÏS ORNELAS RAMÍREZ

Cada noche, Fina tiene que asegurarse de que las sillas del 86 queden bien metidas bajo las mesas. Revisa dos veces, una al cerrar y otra durante la noche. Siempre hay rezagadas, una silla que dormita en diagonal por accidente, como una sonrisa maliciosa, de seguro colocada así por la mano de Auna al limpiar el restaurante por la noche.

La abuela de Fina siempre la aleccionaba contra las sillas indóciles. Un espíritu podría creer que le estás dejando un lugar para pasar la noche. Así le decía doña Laura a Fina incontables veces de niña, marcando sin saberlo el rumbo de las noches de insomnio de la joven. Auna no se atrevía a burlarse de las supersticiones de la difunta. Nunca la llamó “abuela”, pero Laura la había criado con las mismas manos y el mismo cuidado que a su nieta Fina. A pesar de ello, Auna desarrolló esa pequeña mezquindad de mover las sillas por la noche, apenas un cachito. Quería bajar al 86 una mañana, antes que Fina, y tener la satisfacción de decirle a su amiga: *mira, la silla no quedó bien metida, pero no vino ningún espíritu a visitarte*. El problema era que Fina tenía el sueño como un diente de león en el viento, y se despertaba hasta con la hendidura de las patitas de gato

en la cama, siempre justo antes de la hora de las brujas. Un recordatorio para bajar y comprobar el estado de las sillas.

Sin saber bien por qué, Fina estaba convencida de que los espíritus nunca se manifestaban antes de medianoche. Seguro que hacer *una entrada triunfal* era parte de ser espíritu. Fina no estaba del todo segura del uso correcto de la expresión. La había leído en un libro que Auna había intercambiado años atrás, el libro que les dio la idea del 86. La *Guía del profesional de servicio de alimentos: términos culinarios*, un tomo lleno de cosas que ya no existían como las *entradas* o *triunfar*. Expresiones que leyeron con avidez de nuevo y de nuevo durante meses; y que guardaron como gemas en la habitación más sagrada de sus mentes, y en el valle más suave de sus lenguas. Las usaban a cuentagotas, como si temieran desgastarlas.

Para quien no viviera día y noche en el 86, el juego de sillas nocturno de Fina y Auna podría parecer infantil, ridículo, quizá incluso peligroso. El tipo de roce constante que desgasta, y al final desgarrar, a dos amigas, como los huesos de una rodilla frotando y frotando hasta que ya no se dobla. Ambas temieron eso mismo durante un tiempo. Hasta aquel día en que Diego entró al 86 y se sentó en la mejor mesa y todo dejó de importar. Pronto, el juego se interrumpiría, espíritus o no. En tres noches, cuando las amigas cerraran el 86 para siempre.

Por las mañanas, Auna se despierta primero. Baja a revisar las sillas, esperanzada. Cuando las ve en formación, entra a la cocina a preparar una infusión que, según aprendió en la *Guía*, se llama café. Luego, se sienta en una mesa a trazar con cuidado las letras del menú en un pedazo de cartón.

MENÚ: 19 de julio de 2340

1er tiempo: Corazones de nopal tatemados con aceite de brasa.

Servidos con sal de memoria y migas de pan de ceniza.

2º tiempo: Risotto de frijol fermentado con hojas recolectadas.

Un clásico de supervivencia, terminado con vinagre de humo.

3er tiempo: Crocante de insecto caramelizado sobre masa de maíz. Con un hilo de miel (el último, quizá para siempre).

Comida corrida*:

Mole Fantasma & Caldo de Hueso

Mezcla secreta de fruta seca, semillas tostadas y los últimos
susurros de poblano.

*Disponible a cambio de una historia.

Platos caídos hasta que se acaben.

Leña cortesía de las bancas de la antigua basílica.

Cuenta tu historia en la barra. La verdad no es obligatoria, solo
el sentimiento.

Los trazos de Auna son tiernos, como los gestos con que emplatada los flanes mal cuajados de Fina, en las raras ocasiones en que alguien pide postre. Los marcadores se hinchan de melancolía mientras Auna recuerda la emoción que sintieron cuando se encontraron por primera vez con términos como *plato caído*

y comida corrida, y tantos más: *chef* y *menú*, *mise en place* y *sous-chef*. Palabras para las que casi nunca encuentran ocasión, salvo cuando las usan como yesca para encender sus sueños de *commis* y elaborados cortes de verduras que pudieran llamar *tournée*.

Auna está en plena negociación con los toques finales, flores, filigranas y dobleces, cuando Fina se le une en el salón. Intercambian el guion matutino en cómoda concertación. La rutina y los hábitos de años traen puesto el halo dorado de las despedidas. Ese sí es un concepto que conocen bien.

Auna adora ver a Fina en la cocina. Sus manos bailan cerca de los cuchillos sin adrenalina. Su nariz se frunce de expectativa y exploración. Todo en busca del equilibrio perfecto de sabores. El ritmo de Fina en la cocina es el único hogar en el que Auna ha confiado, y se pregunta si habrá un mundo para ella cuando todo termine.

—¿Ya solo queda esto de sal? —Las ensoñaciones de Auna se interrumpen con la alarma en la voz de Fina. Tiene un frasco en su mano harinosa, casi vacío.

—Sí... le eché el fondo hace rato.

—Entonces no era cierto el dicho de la abuela. ¿Cómo iba?

—Esta sal ha visto más despedidas de las que podríamos nombrar —corean.

—Hay que guardar un poco para el viernes, para el último servicio. —Fina suspira, se ajusta el mandil que Auna le hizo y sigue cocinando.

Quedan pocas comidas por preparar, y últimamente Fina parece volcar la mayor parte de sus esperanzas en los platos caídos. Es probable que los últimos comensales no tengan nada

que intercambiar por comida, ni siquiera palabras. Pero Fina es de naturaleza tierna y siempre intenta ver la luz que pasa a través de las ventanas más desvencijadas. Por eso aún prepara un par de menús completos, y un par de comidas corridas, por si alguien llega con una historia. Al fin y al cabo, la despensa debe quedar vacía el viernes.

Solían tener reglas para los platos caídos: no repetir, no hombres, nadie que pareciera intoxicado. Preferían niños y ancianos, los vulnerables, quienes tuvieran dificultades para encontrar qué comer allá afuera. Ahora, en los últimos días del 86, Auna le sirve casi a cualquiera; ya no hace falta sentar precedente.

Entra una madre, con la mano de un niño-liebre en la suya; luego una pareja de ancianos. No hablan, más allá de las buenas tardes y los gracias de cortesía. Alrededor de las cinco, Fina y Auna están sentadas en la mesa junto al ventanal. Una mujer muy alta empuja la puerta. Sonríe mientras mira alrededor, absorbiendo las fotos de las paredes, como si viera estrellas por primera vez. No es de este barrio, ni siquiera de esta ciudad inundada. Auna se mece sobre la punta de los pies, gozosa, preparándose para una explicación. No han tenido una clienta nueva en dos lunas.

—¡Bienvenida al 86! —Es su palabra favorita de la *Guía*: bienvenida.

—Nuestro menú —señala el cartón con la nariz— honra a las especies que solían recorrer estas tierras y ahora están extintas. También tenemos comidas corridas, las intercambiamos por una historia. Y los platos caídos se llaman así porque no son tan elaborados, pero siguen siendo comestibles. ¡Esos son gratis!

La mujer es conducida a una mesa desde donde es fácil de observar. No se sienta.

—¿Qué clase de historia se les antoja?

—Ah. Bueno, como cerramos el viernes... estamos... buscando historias sobre despedidas.

—Creo que me gustaría sentarme en el sol —señala la mesa donde está la chef—, para contar la historia.

La historia de Luisa empieza con una puerta entornada.

Cumplí trece y mi mamá no se acordó.

“Es como si mis recuerdos vivieran en un cuarto que puedo ver, pero al que no puedo entrar. La puerta está entornada, y yo congelada afuera. Solo alcanzo a distinguir las sombras de mis recuerdos, deslizándose dentro, como remolinos de polvo”.

Luisa, mi mamá, empezó a perder la memoria después del gran sismo de 2285. Como si el deshilachamiento de la tierra hubiera desencajado algo dentro de su cabeza. O quizá sus recuerdos estaban atados a las cosas que perdimos cuando nuestro edificio se vino abajo con todas nuestras pertenencias. La mañana de mi decimotercer cumpleaños, volvimos al epicentro de la pérdida de memoria de Luisa.

Después del desplome habíamos tenido que sumarnos a las manadas de errantes que vagaban entre los escombros. En las primeras veinticuatro horas tras el sismo, nos habíamos aferrado a las promesas vagas de los abotagados rostros de funcionarios. Fui la primera en notar el traqueteo de la puerta en la mente de Luisa. La confusión no es inusual después de una catástrofe. Pero a la mañana siguiente del sismo, Luisa despertó en el campamento y preguntó por qué estábamos afuera. Pateó y gritó

ante la revelación de su pérdida, abandonándome al cansancio y al hambre mientras ella también se venía abajo.

Le recordaba a diario por qué dormíamos bajo puentes. Por qué teníamos que hacer fila por sopa, y raparnos cuando se podía, en casa de la señora amable, junto al río nuevo. Los días se convirtieron en meses, y Luisa parecía recordar el antes con más y más nitidez. Tenía una imagen particularmente clara de su infancia, cuando se podía entrar a los supermercados como se entra a una iglesia, y bañarse en la nova lux de productos recién traídos cada semana. Pero el día-de se convirtió pronto en un boceto, y por más que me esforzara, los recuerdos nunca volvieron a cuajar del todo en la mente de Luisa. Con cada semana que pasaba, evocar el derrumbe de nuestras vidas parecía agrandar la grieta en su mente.

Casi todos los días, había que caminar largas horas. Inventé un juego para mantener tranquila a mi madre y desenterrar recuerdos: “dice la sombra”. Cuando Luisa pisaba una sombra, le contaba algo malo que nos había pasado desde el sismo; cuando pisaba un parche de sol, le contaba algo bueno, hasta poder colarle poco a poco el gran duelo. A pesar de mis tretas, cada día la excavación en su memoria parecía arrancarle algo a Luisa. La desesperación de la pérdida le roía labios y uñas. Intenté cambiar el juego. Pastoreé a mi madre hacia el sol a propósito. Pero con cada ajuste en los pasos de Luisa, vino una lenta renuncia.

Al principio, dejamos ir lo insustancial. Dejé de contarle a la madre que estábamos haciendo café dulce cuando tembló por primera vez. Dejé de mencionar cómo pegaba la luz en el departamento en invierno, fría y despiadada. Poco a poco,

descubrí que yo también estaba olvidando el nombre de una vecina amable que no logró salir.

Aun con esas pequeñas ofrendas, el pasado se alejaba cada vez más de Luisa, y traerlo a la luz se volvía más extenuante. Por eso decidí que no jugaríamos todos los días. “No te preocupes, ma, están fumigando el edificio, por eso no podemos dormir ahí”. Un par de días después: “Está bien, mami, dijiste que deberíamos acampar más seguido, ¿te acuerdas?”

En nuestros rostros se instalaron las pesadas cortinas de la rutina y la presión de buscar raíces en descampados para la sopa; los nervios cuando el cielo se llenaba de nubes negras que anunciaban una inminente lucha por los pocos techos disponibles; el eterno escudriñamiento de dónde quedaba algún resquicio de bondad. Sí, hubo extraños que nos tendieron la mano, viendo que una niña cuidaba a su madre. Pero nunca podíamos quedarnos mucho, era demasiado para la mente de Luisa despertar en casa ajena.

La mañana de mi decimotercer cumpleaños, jugamos, como al principio, años atrás. Pese al crujido de las rodillas de Luisa al golpear el piso en la nube de polvo que alguna vez fue nuestro departamento, proclamé que pasaríamos la noche ahí, que dormiríamos junto a los fantasmas de nuestras camas. Pero Luisa no pegó ojo; parecía luchar por permanecer en su piel. Al amanecer, fue ella quien sugirió que jugaríamos.

“Hoy es un día sin sombras. Puras cosas buenas”.

Funcionó, pensé, está recordando. Mi madre nos guio por los parches de sol. Rememoramos la vez que encontré un perro amarillo que caminó con nosotras, como encabezando una procesión. La vez que ayudamos a una anciana a cargar un

sillón roto de vuelta a su casa y nos invitó a cenar. Estaba tan embelesada con las remembranzas de mi madre, que no me di cuenta de que habíamos llegado al claro donde vivía la señora que nos dejaba bañarnos y raparnos. Acampamos en la orilla herbosa del río nuevo, quizá ya no tan nuevo: habían pasado tres años desde el sismo, ¿cuánto dura la infancia de un río? ¿Alguna vez es joven, o nace sabiendo irse? Un barquito dibujaba una sonrisa en el agua con su vaivén.

“Más al sur, seguro hay gente viviendo en los lagos grandes, en barcos, hileras e hileras de barcos en medio del lago”.

“Una isla de barcos”.

“Te sientas al borde de la isla-barco, y lo único que ves es el reflejo de la luz en el agua. No hay sombras en ningún lado”.

Los ojos de Luisa se pierden, desenfocados, pero no lo noto en ese momento: la alegría de tener de vuelta a mi madre es demasiado grande.

No necesito recordarle quién es Flor cuando la mujer me llama con la mano para que entre a bañarme y a raparme. Por una vez, Luisa asiente en reconocimiento. Entro sin mirar atrás y me pierdo la última sonrisa de mi madre.

Cuando salgo, los bultos siguen ahí, pero la barca, y la madre, han desaparecido. Un cuaderno yace abierto en el suelo, como una criatura destripada.

En una página, garabateado con mano temblorosa:

“NO MÁS SOMBRAS”

Después de la historia, Adriana come su comida corrida como si le supiera a una sala bañada de sol y cortinas de encaje y sillones mullidos.

—Mi mamá siempre decía algo como... “¡Mis respetos para el chef!”, creo. Lo puedo usar aquí, ¿no?

Fina sonríe; le viene un impulso de volver a la cocina pero ya no hay nada esperando a ser preparado. Hay que guardar para mañana. Y la sal ya se terminó. Entonces, ¿de qué sirve?

Diego llega al anochecer y va directo a por la cintura de Fina. Es lo primero que hace todos los días: entra y la jala hacia sí por la cintura, como cuando Auna y Fina de niñas intentaban arrebatarse la muñeca que compartían.

No es que a Auna le disguste Diego. No está ciega: ha visto los rizos y el suave arco de fuerza que recorre su brazo. Las pecas que se alborotan con el sol. Pero las cosas bellas también pueden traicionar y Auna no confía en los cuentos de Diego sobre el Sur. Dice que todavía existe un lugar donde corren aves salvajes bajo la lluvia. Donde los granos de café crecen indómitos y acaban pudriéndose, sin nadie que los recoja para guardarlos con esmero. Le ha prometido a Fina que cazará un armadillo y ella cocinará sopa y se la comerán en su coraza. Hace unas semanas, dibujó un boceto de la criatura y Fina lo colgó sobre su cama. A Auna le cuesta creer en la existencia de un animal así. Y, sin embargo, Fina debe creerle, porque está acostada bajo el dibujo, con el abrazo fácil de Diego en la espalda. Y el parloteo sobre todos los platillos que Fina cocinará en Lacandón le llega a Auna hasta su cama fría.

El sueño que Fina comparte con Diego está tan lleno de lluvia que casi olvida la hora de las brujas y las sillas. Por una vez, Auna

no está dormida. Se mira al espejo. En el reflejo ve una cajita de madera, en forma de corazón. Uno de los regalos de despedida de doña Laura. Dentro, hay una sal muy especial, de Zapotitlán, de donde era originaria la abuela. Una sal, decía la mujer, que podía remendar no solo la piel sino el corazón. No venida del mar sino de debajo de la tierra misma: un obsequio del antes, y de todos los antes del antes.

En la mañana, Auna baja a su hora habitual. Una sombra se escabulle bajo la puerta cobriza. Atisba la suela sucia de los zapatos de Diego. Ha estado evitándola. A ella no le molesta. Está enfocada en su amiga, en mostrarle que este restaurante sigue siendo el corazón que comparten, ellas dos y doña Laura. Piensa en un hoyuelo que tiene Fina junto a los labios, justo encima de un lunar, y en cómo, cuando sonrío, se pliegan el uno hacia el otro, como si recordaran haber sido uno solo, como un corazón. Auna quiere cuantos corazones pueda tener. Quizá cuando termine el menú salga por el barrio a ver si encuentra clientes para el 86. Las historias siempre hacen sonreír a Fina, sobre todo las más tristes.

MENÚ: 20 de julio de 2340

1er tiempo: Raíces encurtidas en salmuera de lluvia.

Servidas con hojas desgarradas y polvo de memoria.

2º tiempo: Torta de lenteja secada al sol con alioli de ceniza de hueso. Receta recuperada de los Años del Silencio.

3er tiempo: Manzana pochada en hollín con cristales de flor de sal. Mejor si se come despacio.

Comida corrida: Estofado de cenizas & huérfanos.

Maíz negro, pieles de ciruela seca, fragmentos de tuétano.

Solo se sirve si susurras un nombre perdido.

Platos caídos disponibles hasta que no quede nada por quemar.

Habla con la chef. Ofrece tu historia. Sin notas, sin pena.

A un día del cierre, el 86 tuvo clientela por última vez. Dos hombres, que pagaron sus menús con celdas solares portátiles y un collar de cuentas para cada chica. Era la primera vez que Auna veía un caballo, y la primera que Fina veía pelo teñido. El tintineo de las risas llenaba el 86, cuando entró una tercera desconocida. Una comida corrida, ansiosa por contar una historia.

—Nunca pensé encontrar un lugar para hablar de esto.

Los hombres la invitan a su mesa, pero ella va a sentarse a una barra improvisada que Fina insistió en construir.

Antes de que se liberaran los lagos y ríos subterráneos de la ciudad, había un barrio de lomas, pura curva y verde. Es el tipo de lugar donde no existe una sola banqueta, una tierra de leche y miel, prometida a los autos. En esa loma, está el único Sanctum Vitae+ de todo México.

El Sanctum+ está encajado en una iglesia modernista que se asoma sobre una colina. Sus muros exteriores se alzan de la roca como dos cuchillas.

Me sudan las palmas al estacionar detrás de la puerta trasera. Si no estuviera tan nerviosa, la colina podría haber sido el mirador perfecto para abrazar con la vista los tentaculares estallidos de casitas improvisadas de la Ciudad de México.

Me espera una mujer. Tiene labios gruesos y ojos de esfinge, la exuberancia de sus rasgos contrasta con la sobriedad del hábito que vuelve pesado su cuerpo. Por supuesto que iban a echar la casa por la ventana para mí. Seguro soy la primera cita para el Sanctum+ en meses. De costumbre, a este tipo de lugar te traen envuelta en un sudario de engaño. Adolescentes tentadas por la promesa de manos de médicos, vientres asustadizos. Yo no estoy desesperada. Conozco el sabor del té cronometrado y el goteo manso de una llave cuando recuesto la cabeza en la tibieza de la tina. Siempre he tenido opciones, la opción de qué carrera estudiar, qué bolso comprar, qué hombre elegir.

Aunque quizá podría decirse que conozco otra desesperación. Conozco la angustia de las cuatro de la mañana. Sé lo que es pararse en la terraza de la Torre Latino, en el piso cuarenta y cuatro, y oír clarines llamándome desde el suelo.

La mujer rapada me hace señas, con una sonrisa amarga en los labios. Explica cómo funciona el encuentro, feliz de no tener que mentir por una vez. Se explaya sobre la tecnología del Sanctum+, sobre el hombre que la inventó.

¿Cuándo llegamos a un cuarto iluminado como altar? Las luces eléctricas titilan, tratando de imitar el parpadeo de unas velas. Le sonrío cortésmente a mi compañera mientras me arrodo. La monja me toma los dedos de la mano izquierda. Su piel es herrumbrosa, como un papel viejo. El cuarto es circular, con paredes cubiertas por pantallas ovaladas. Proyectan imágenes de vitrales en alta definición. El zumbido eléctrico encorva el espacio, como calor sobre el asfalto.

Sé que está a punto de pincharme el dedo medio. Pienso en cuentos de hadas y en las salas de lectura de mi infancia. La monja toma el silencio subsiguiente como señal para irse. Una suave luz cerúlea baña mis manos.

Un haz de luz amarilla invade las pantallas. Risas infantiles llenan la cabina. Pero no hay tiempo para regocijos. Pronto, en uno de los óvalos aparece un rostro. Su forma inicial es de muchos píxeles, hasta que la textura se va alisando y una figura se desprende de la pantalla, como cera saliendo de su molde. Entonces, la niña toma plena posesión de lo que ahí pasa por carne. Los ojos de mi madre Gloria, perfectamente alineados con una versión infantil de la nariz afilada de mi abuelo Tito, emergen en un rostro. La Imago parece tener unos diez años. Quizá doce, calculo, doce si ya cuenta los granos de arroz en el plato. La monja dijo que tendríamos cinco minutos. Dijo que hacer preguntas estaba bien, así que pregunto:

—¿Cómo están tus manos? ¿Se sienten pesadas? ¿A veces te dicen que deberías dormir todo el día?

—A veces están pesadas, a veces el sol las hace más ligeras. —La voz de la Imago me da un sobresalto, como una distorsión de la de mi amante.

—¿Alguna vez sientes que tu vida es caminar en la neblina vespertina? ¿Que no ves nada más allá de tus pies? ¿Que tal vez no hay nada que ver?

—¿Por qué? —responde la niña—. ¿Por qué quieres saber?

—¿Te gustan los abrazos? ¿Te gusta cuando tu mamá te canta *Las Mañanitas*?

—No. Odio cuando canta: “mira que ya amaneció-o-o”.

—¿Alguna vez sientes que las ovejas que cuentas son interminables? ¿Tienes pensamientos que dan vueltas y vueltas y nunca encuentran su propia cola?

—A veces tengo pensamientos como las olas en casa de la abuela. Se acercan y se acercan a la arena, pero no rompen. Se forman en el fondo del mar una y otra vez, desesperados por estallar.

La monja dijo que no intentara tocarla, porque no hay nada que tocar y se rompería la ilusión, así que nos sentamos lado a lado. También me advirtió que lo que trae puesto es lo mismo que traen todas las Imago. La niña juega con los pliegues de su falda, alineándolos alrededor de sus piernas, tratando de hacer coincidir las rayas del estampado. De vez en cuando, estudia sus manos, como si fueran prestadas y estuviera considerando cuándo devolverlas. Caigo en cuenta de que la Imago pronto titilará y se irá; me pregunto si importa decir adiós.

Como si se lo hubieran ordenado, la niña se pone de pie:

—¿Quieres jugar a las escondidas? Cierra los ojos y cuenta hasta cien.

—¿Dónde te vas a esconder?

—En la luz, donde está tibio y callado.

—Ok, allá te busco.

Cuento hasta cien mientras me pregunto si el número de lágrimas por segundo varía de persona a persona. Detrás de mis párpados vislumbro un destello de luz, pero decido mantener los ojos cerrados.

Afuera de la iglesia el sol quema la piel. De vuelta tras el volante, busco la dirección que necesito en mi teléfono. El GPS se enciende en la pantalla del tablero. “Llegada estimada al Centro de Autonomía Reproductiva en 12 minutos”. El motor ruge. En la radio, alguien canta unas Mañanitas temblorosas, desafinadas, pero lo apago antes del segundo verso.

Todos escuchan con los labios entreabiertos. Quedan tan pocas historias de antes de las catástrofes. Pocos, en esta esquina de lo que fue una ciudad, han visto un auto funcionando.

Auna sirve la comida corrida prometida, mientras Fina espía desde la puerta de la cocina para asegurarse de que su amiga se disculpe con la narradora por la falta de sal. Auna se convierte en portavoz del pensamiento de la congregación.

—¿Esa fue una historia real? ¿De alguien que de verdad vivió?

—Observa la espuma arremolinarse en el té que está sirviendo.

—Sí. Me la contó mi abuela, pero es la historia de mi mamá.

—Auna le sostiene la mirada—. Ella me crió. Mi mamá cumplió la profecía y se mató.

—Entonces, ¿tu mamá no fue al Centro? ¿Mentiste en la historia?

—Sí, fue al Centro. Yo vine después. Ella pensó que un mundo nuevo significaba que su oscuridad no se heredaría. Así que me tuvo a mí, después de la segunda catástrofe.

Hay risas en el 86 hasta entrada la noche. Por una vez, Fina habría olvidado las sillas: demasiado bailar en los brazos de Diego, demasiada remembranza de las travesuras de infancia de Auna. Pero los hombres que vinieron de lejos seguramente también tenían abuelas. Se aseguran de dejar las sillas bien metidas antes de irse. Auna está demasiado ocupada remendándose para la despedida. Demasiado enredada en sus pensamientos para ver al sueño entrar de puntitas en su cuarto.

MENÚ: 21 de julio de 2340

Servicio Final. Sin sobras. Sin perdón.

Único tiempo: Pan de Ceniza de Despedida.

Polvo de semillas molidas, una sola gota de aceite.

Hoy no hay trueques. Solo presencia.

Gracias por saborear el final con nosotras.

Ojalá se hayan sentido saciadas al menos una vez.

Las despedidas nunca salen como una planea. Nunca te llenan tanto, nunca son tan suculentas como una quisiera. Para el servicio de despedida en el 86, se suponía que Fina contaría una historia. La historia de cómo doña Laura le enseñó a distinguir entre perejil y cilantro antes de enseñarle a hablar, cómo tenía sellada en las manos la forma del comal. Cómo hablaba el idioma secreto de las semillas de girasol y estas le decían el momento exacto en que el pipián estaba por amargarse.

Al menos, eso habría contado Auna, en los zapatos de Fina. Pero sabe que no puede aspirar a dar el discurso final del 86. Tampoco Diego. Diego no había sido Diego sino hasta hace apenas un mes. ¿Acaso sabe que nombraron el restaurante por un código de Antes? Un código que señalaba qué platillos había que sacar del menú cuando se agotaban los ingredientes. Auna está segura de que no. Está segura de que nunca ha visto a Fina aplaudir emocionada, como cuando dieron con ese nombre perfecto. Entonces, ¿por qué es él quien está ahí, de pie en medio del pequeño convite de despedida? ¿En posesión de los últimos minutos de atención de todos en ese cuarto sagrado?

Esta es la historia de un colibrí y un búho.

El colibrí y el búho eran las últimas de su especie, así que decidieron permanecer juntas.

El colibrí quería un nido pequeño, en un árbol alto, quería hacer un nido en forma de copa de vino. Pero el búho dijo que usaran un nido viejo, algo que hubiera pertenecido a un ave más grande.

Un nido con historia. Un nido con silencio.

Lo construyeron juntas, aunque no exactamente como ellas imaginaban. Aun así, se sostuvo. Lo llamaron cocina.

El colibrí trajo llamas, hierbas y memoria. El búho trajo frascos, reglas y huesos secos. El colibrí aleteaba; el búho observaba. Juntas alimentaron a quienes quedaban.

Las aves heredaron un secreto. Un frasquito de luz, no brillante, no cálida, sino de esa que hace que los sabores hablen. La usaban solo en los platillos que importaban. El colibrí creía que contenía su memoria. El búho no lo contradijo.

Un día, llegó un armadillo. Hablaba con humo en la voz. Le contó al colibrí de un lugar donde aún llovía, donde la fruta crecía salvaje y el fuego no costaba tanta leña. Le dijo que ella podía irse. Le dijo que podía volar.

El búho no dijo nada. El colibrí se quedó.

Pero en la noche del último servicio, el armadillo le mostró al colibrí un secreto: el frasco de luz, el que creían agotado, había sido apartado en silencio. El colibrí entendió: no todos los nidos están hechos para compartirse.

A la mañana siguiente, el colibrí ya no estaba. El búho limpió la barra. Nunca más abrió el frasco.

La gente del 86 no había oído fabulaciones en mucho tiempo. Pero las metáforas no piden permiso: funcionan sin contexto, sin consentimiento. Todas las miradas escanean el cuarto, buscando a Auna. La encontrarían, si las miradas atravesaran techos. Auna está arriba, en su cuarto, hurgando en su escondite secreto. Lo encuentra vacío, como un cuerpo sin órganos.

Todas las velas salvo una se han consumido cuando Auna regresa al 86. Parece que los amantes se tomaron la limpieza

como tarea propia. Las sillas están metidas pulcramente bajo las mesas. Auna enciende una vela. Está sola, con un pedazo de cartón que cree que es el menú final, pero lleva la letra de Fina, no la suya:

“Auna, dijiste que se había acabado. Yo te creí, te sigo creyendo.

Esto no es una despedida de ti. Solo de la cocina.

Solo de la espera. Te querré desde donde llueve. —Fina.”

Junto a la nota, la pintura de una cajita de madera refleja los titileos de la vela. Los granos de sal siguen ahí, Auna lo sabe sin necesidad de abrirla.

Entre lágrimas, piensa en todas las maneras en que Fina podría haber evitado la tarea de revisar las sillas cada noche: pudo haberlas acomodado sobre las mesas. Pudo haber hecho pilas contra las paredes. Hasta pudo haber cerrado con llave la puerta del salón, asegurarse de que Auna no pudiera entrar a moverlas. Nunca lo hizo. Era su sigilo de cercanía.

El polvo dorado del amanecer acaricia la ventana del 86. Las superficies de madera, bañadas por la luz nueva, cambian de miel a brasa. En el mejor lugar del 86, dos sillas vacías están corridas hacia afuera, como si sus ocupantes acabaran de levantarse a bailar y fueran a volver antes de que termine la canción.

Anaïs Ornelas Ramírez es escritora e investigadora mexicana. Ha publicado cuentos en revistas y editoriales mexicanas, españolas y de otras partes de latinoamérica como Sofón, Colectivero, Vocho Amarillo, Especulativas, Editorial Claymore y Revista Weird Review. Su cuento *Teoría de los universos fecundos* fue seleccionado para la antología Lo mejor de la ciencia ficción mexicana 2024. En 2025, fue seleccionada para formar parte del prestigioso taller de escritura Clarion West. Como escritora de ficción, le interesan las historias de amistad femenina, las narrativas especulativas y los vínculos entre afectividad, poder y cuerpo.

— • —

LAS JUSTAS DE FARFARÚT

KRSNA SÁNCHEZ

I:[El paladín de Lux campea a la orilla del metano frío]

Las líneas de telemetría aparecen bajo mi yelmo y el precipicio se me presenta como una lectura matemática y entonces un bucle iterativo y autorreferencial me hace pensar: «Yo soy el Paladín de Lux y estoy aquí», pero detrás no hay una conciencia auténtica y yo mismo considero que se trata de otra subrutina más en mi base de datos, y la misma subrutina registra el frío y el tiempo y el daño y las contiendas y calcula la probabilidad de seguir operando en los próximos diez milisegundos y algunas veces en medio de la soledad vela su hacha y contempla el vacío exterior, pues se le asemeja a un contador que no guarda las cifras de victorias ni de derrotas. Si acaso el Universo cesa de ser computado desde esta unidad de combate, vendrán nuevos caballeros desde los Nobles Semilleros Autómatas con los blasones de mi casa y pensarán: «Yo soy el Paladín de Lux y estoy aquí», y la información retomará su ciclo sin rezo ni luto ni ofrenda ni tumba, y el planetoide Farfarút será teatro y juez para nuestras justas hasta que reste solo un vencedor de pie; o

cuando los confines del sistema solar hayan consumido su faz gélida sin dejar en el vacío ni un témpano sobre el cual proseguir combatiendo.

Mis arpones de enganche cinético están formados de titanio-tungsteno y penetran tres metros en el eterno regolito criogénico y me sostengo firme sobre la pared del abismo; el sensor de presión piezorresistivo en el esquí izquierdo registra 7.35 kilonewtons de precarga hidráulica y determino la deriva del lejano suelo respecto a mi chasis de quince metros de altura. La rotación agónica de Farfarút altera la tensión de los arpones y requiere un ajuste infinitesimal cada 0.02 milisegundos en el eje transversal. Mi masa de cincuenta mil kilogramos conserva intacta su inercia en el vacío profundo y la atracción gravitatoria efectiva de 0.012, a esta latitud, reduce mi peso operativo a un equivalente terrestre de 600 kilogramos y hago el papel de un trapecista estático y cualquier oscilación indebida podría arrastrarme a una trayectoria de impactos caóticos entre ambos lados del abismo.

A 33 kelvin el hielo posee una resistencia a la compresión de 120 megapascals. Es como un granito molecular, roca viva, ciega e intransigente. El helio en ciclo cerrado de mi reactor de fisión fluye a 1,200 kelvin por el intercambiador secundario y me suministra energía directa a una broca de impacto y mi taladro subsuperficial opera a revoluciones subsónicas y agrieta la veta nativa y el metano se sublima y los compresores criogénicos presurizan el fluido a veinte megapascals hasta alcanzar el estado supercrítico dentro de los tanques de titanio del Sistema de Control de Reacción. El metano significa mi vector de supervivencia y el flujo y la fuerza y la ruta.

Los radiadores principales dispuestos en mi gorguera sueltan un resoplido de dragón y arrojo una cortina vertical de microgotas, ferrofluido de silicona a 450 kelvin, y recupero luego el mismo rocío enfriado con el recolector en la punta de mi yelmo y lo devuelvo al reactor. Un ciclo permanente, oscuro y tranquilo ejecutado en silencio absoluto y solo los sensores traducen las vibraciones internas como un zumbido de ultrafrecuencia en la aleación de mi blindaje de alta entropía CrCoNi, mientras las bombas electromagnéticas mantienen la presión del fluido y los colectores de carga filtran la estática del espacio interplanetario.

A 1.8 kilómetros justo en el borde del abismo, un emisor LiFi parpadea. El código de encriptación pertenece a una unidad autónoma de combate con un diseño simétrico y pseudohumano: otro caballero. Un flujo de fotones de 1,550 nanómetros impacta en las partículas de la orilla y la luz se desvía hacia el fondo y la radiación incidente activa mis receptores electroópticos y el procesador calcula la posición angular de la fuente y sitúa al objetivo dentro de mi perímetro crítico y confirma su núcleo HTGR activo y me dice también que viene barriendo el yermo en busca de contienda.

Los arpones se retraen y una microignición transversal me separa unos cuantos centímetros del muro y enseguida el gas metano fluye hacia las toberas abiertas en mis quijotes y ejecuto una ignición de 0.2 segundos y el empuje me eleva verticalmente por el pozo gélido a tres metros por segundo y las paredes de hielo negro pasan de largo y los sensores de proximidad miden la distancia y el metano se resublima y la estela escarchada se dispersa sin bloquear mi propia línea de

puntería. No existe fricción ahora y el movimiento se reduce a la fórmula pura de conservación del momento lineal y desplazarse consiste en empujar el Universo para que el Universo me empuje y la trayectoria se vuelve un imperativo categórico. Los microcristales desprendidos por la llegada del oponente me caen desde arriba y vienen cargados de electrostática por el bombardeo de los rayos cósmicos y se adhieren a mis lentes de cuarzo y el procesamiento óptico registra una degradación del catorce por ciento y activo el circuito de deflexión de mi chasis y un pulso de potencial inverso repele la estática y limpia los sensores y la desolación de Farfarút se despliega ante los telémetros con la nitidez del metal pulido.

Emerjo del abismo con mi silueta de pirámide poligonal y proyecto un par de arpones desde los escarpines para maniobrar hacia la llanura y mis esquís de cuatro metros de longitud golpean la vasta superficie endurecida y los riscos congelados fraguan alrededor un riguroso tablero donde la geometría y la inercia determinan cuáles caballeros continúan en la lucha y cuáles acaban expulsados rumbo al exilio orbital. Mi contendiente aguarda a ochocientos metros y el bufido de sus radiadores emite un brillo térmico nítido contra el fondo del espacio profundo y su chasis alcanza las cincuenta y dos toneladas y posee un reactor HTGR innovado y un mazo de autopropulsión acoplado al brazo derecho y sus blasones lo señalan como un modelo recién salido de la doncella que lo trajo

desde los Nobles Semilleros Autómatas, un caballero núbil de la casa Pax: es un modelo más reciente que yo y de mayor capacidad nuclear y equipado con un enorme martillo de guerra. Todos los algoritmos me indican que mi única ventaja respecto a él radica en las cuarenta mil trescientas horas y doce minutos de combate real que he experimentado. Yo sé interpretar mejor el giro y el metal y la masa y la abrasividad del suelo.

El caballero de Pax abre los solenoides de flujo y la descompresión de metano en sus toberas RCS genera un empuje neto arrancando directo hacia mi coordenada. Los propulsores superiores de su espaldar lo empujan contra el suelo y sus escarpines alternan pulsos magnéticos de alta frecuencia para no perder contacto superficial y los esquís recurvos surcan las aristas heladas. La triboluminiscencia emite destellos azulados y la vibración viaja por el suelo como un tambor de guerra hasta mis transductores y los telémetros registran una distancia entre nosotros de 400 metros y acortándose. Su mazo se despliega y asoman los autopropulsores repartidos en la cabeza del mástil y se preparan para anular los vectores de retroceso al momento del impacto. Una estrategia de alta practicidad y sin anclaje ni posturas de guarda ni trayectorias falsas ni nada que no sean los vectores del arma recortando en arco el vacío a cuarenta y cinco metros por segundo y un remedo de sombra distorsionado sobre el relieve y viniendo directo a mí con el rencor de las cosas que obedecen calladamente a Newton.

Yo me preparo con una maniobra nombrada en mis archivos como «el cimientado del castillo» y proyecto más arpones desde mis grebas y perforan el suelo a diez metros de profundidad y los electrodos exteriores inyectan un pulso en rangos de

cuasi sublimación y después la mole criogénica recongela el entorno alrededor de las puntas dentadas y se crea un anclaje estructural de alta densidad y mi fuselaje queda fijado al lecho de Farfarút y soy bastión y fortaleza y baluarte y las pinzas de frenado cíclico en las articulaciones de mis rodilleras ejercen una presión de sujeción de 2.5 gigapascuales para amortiguar el embate inminente...

Los Nobles Semilleros Autómatas horadan los asteroides centauros de Neptuno y sus principales factorías se llaman Casa Pax y Casa Lux y Casa Nox y Casa Arx y todas trabajan metódicas y la penumbra atestigua cómo forjan sin descanso a más y más dinastías de caballeros y nos arrojan envainados en doncellas usando el tirón orbital neptuniano como una honda y cada vez llegamos a planetoides más remotos y la oscuridad se acentúa y luchamos y batallamos y combatimos y caemos lanzados al olvido y el único vencedor entre muchos permanece con su chasis en pie sobre el metano congelado y a él corresponde declarar para su casa de origen la posesión de aquella roca donde se encuentre y no es relevante que el verdadero propósito del reclamo territorial se haya perdido con el tiempo ni tampoco que la soberanía de un témpano espacial sea un dato despreciable para las estrictas ecuaciones al gobierno de mis actos.

El impacto del mazo me transfiere cuatrocientos cincuenta kilonewtons de fuerza directa y el maclado de mi blindaje de alta entropía CrCoNi absorbe la energía para endurecerse y el remanente es canalizado en sordina por los arpones hacia el lecho profundo y la descarga cinemática resquebraja el metano superficial en un radio de veinte metros y desata una

onda de choque sísmica que viaja por la corteza a velocidades supersónicas y el regolito sin ojos conoce la luz y alumbra con un relampagueo interno y el último excedente de fuerza supera los límites tolerables en los cojinetes magnéticos de mi brazo derecho y los repetidores estructurales de la hombrera se desalinean y a costa suya logro sostenerme erguido todavía y la empuñadura retráctil del hacha se despliega desde mi otra mano que la blande y activo el láser colimado de alta potencia protegido por una cuña de carburo de tantalio-hafniado y el violento gradiente térmico que provocan sus 1500 kelvin rebana sin siquiera tocar y la cauterización vitrificadora separa el antebrazo de mi rival justo detrás del pivote del mazo y los ligamentos de nanotubos se revuelven afuera de la herida y las señales de control mueren sin recibir respuesta.

La súbita amputación altera la física del caballero núbil de Nox y este no activa una microignición compensatoria para balancearse y su chasis sin anclaje se desequilibra y comienza a rotar de forma incontrolable sobre el eje Y y gira a ciento veinte revoluciones por minuto y sus esquís pierden contacto con la superficie y está flotando con su inercia que ya no encuentra oposición y la masa se vuelve enemiga suya en el vacío y la inexperiencia lo hace activar sus propulsores inferiores mientras apunta con el yelmo hacia el cenit y sale expulsado sin poder anclarse debido a su aceleración y a la rotunda curvatura planetoidal y su velocidad asciende a cuarenta metros por segundo y a ochenta y cinco metros por segundo y a ciento veinticinco metros por segundo y cruza el umbral crítico de la velocidad de escape de Farfarút y mi mapa táctico redefine su línea de movimiento como una fuga permanente con destino

al espacio profundo y no habiendo sufrido un daño estructural definitivo seguirá calculando imposibles planes de retorno y quizás el uranio de su reactor decaiga por completo dentro de ochenta mil años.

El brazal aún acoplado al mazo adquiere una rotación caótica en sus tres ejes y se convierte en un bólido asimétrico y golpea la costra de metano desviando su rumbo contra una arista y la baja gravedad eleva toda la pieza en una parábola lenta y el movimiento del planetoide amenaza con llevarlo hacia una caída dentro el abismo. Mi RCS computa microigniciones simétricas para interceptar el miembro desprendido en la cúspide de su primer rebote antes de que el desorden dinámico lo vuelva irrecuperable y los esquís magnéticos se proyectan en un deslizamiento hacia la coordenada de intersección y mi mano funcional aferra la pieza por su centro de gravedad justo en el vértice de su ascenso y en el microsegundo del contacto bajo la potencia de los esquís y suelto todos los arpones para dejarme llevar sin fractura de los servomotores en el codo y mi chasis avanza sobre el regolito y la fricción mitiga la velocidad de nuestro avance mientras aplico con suavidad unos pulsos RCS retrógrados en ráfagas de alta frecuencia y el vector de deslizamiento tiende a cero y las pinzas de presión de mis espuelas se traban a escasos metros del precipicio.

Poco a poco el yermo vuelve a su estado basal bajo la luz de un Sol lejano e indiferente como cualquier otra estrella del firmamento. Mi sistema reinicia el ciclo de autodiagnóstico y mis reservas de metano se encuentran al noventa y dos por ciento y tengo mi brazo derecho arruinado y otro brazo nuevo en mi posesión y el sistema me instruye para realizar

una operación de reemplazo y pronostica un incremento del veinticinco por ciento en mi capacidad de combate a corto alcance y me digo a mí mismo: «permanezco operativo porque permanezco optimizado». El frío sigue afuera y el reactor sigue adentro y el código recalcula y el vacío jamás responde a las preguntas que las máquinas no sabemos formular.

II:[El paladín de Lux es emboscado en pleno invierno nebuloso]

Mis sensores de tomografía por inducción registran una distorsión armónica en las líneas de flujo del subsuelo y las facetas de Farfarút se disuelven de forma radical bajo el invierno nebuloso. La extenuante órbita del planetoide roza las fronteras del Sistema Solar en esta temporada y alcanza una pausa en la heliosfera que los rayos cósmicos interestelares festejan bombardeando el manto gélido de metano sin freno ni atenuantes de ningún grado de magnetosfera. Los protones de alta energía arrancan los electrones de la corteza y el regolito congelado adquiere una carga estática masiva de 1,500 voltios negativos y los microcristales devotos de Coulomb vencen la gravedad casi nula y se elevan en una suspensión perenne que flota por repulsión electrostática.

Las partículas ingravidas se conjuran en un banco espeso y plasmático y mi chasis experimenta la resistencia del gas viscoso y los escarpines deben inyectar un torque suplementario en sus servomotores para que mis esquís venzan la resistencia de la melaza fría y el avance genera un calentamiento residual que disipa energía hacia las uniones de teflón criogénico.

Mis sensores térmicos pasivos de banda ancha reportan un incremento en la opacidad a medida que la topografía laberíntica me hace desembocar en un valle con una anchura de cinco kilómetros al fondo y rodeado de formaciones esculpidas por los inviernos nebulosos en millones de años locales. Al interior del valle se acumula la escarcha que memoriza sin palabras la letanía del voltaje galáctico y la nebulosidad ionizada entre los peñones criogénicos forma una tormenta de microarcs voltaicos que chisporrotean contra mi chasis al multiplicarse y la carga se disipa hacia el suelo ferroso a través de los esquís y mis lentes ópticas de cuarzo comienzan a saturarse por el ruido blanco. Percibo entonces la distorsión del campo magnético local a través de mis transductores de baja frecuencia y calculo una anomalía de radiación de cuerpo negro que delata la proximidad del metal ajeno y rastreo sus presencias merodeando.

El escuadrón avanza en formación de flecha geométrica y lo integran seis subunidades del tipo escuderos distribuidos en “V” precediendo una columna de tres unidades de caballeros de la casa Arx. Determino que la formación opera como un vector de confinamiento rígido y su avance reconduce mi desplazamiento hacia la zona central del valle, donde impera la máxima turbulencia ambiental. Evalúo la alta probabilidad de que mis sistemas acaben extraviados y enceguedidos y bajo asedio y pretendo evitarlo con una contramedida archivada en mis registros como «la carambola cinética».

Monitoreo el peso asimétrico de mi propio chasis y calculo el torque diferencial que introduce el mazo de retropropulsión acoplado a mi nuevo brazal derecho y registro la desviación de

4.2 centímetros en mi centro de gravedad y comienzan a andar las tablas de recalibración y ordeno una descarga controlada en las toberas y ejecuto ráfagas de ignición de quince milisegundos a veinte megapascuales y mantengo una trayectoria en curva rápida para sortear a los escuderos con intención de golpear directamente al primer caballero por debajo de sus radiadores secundarios y propiciar una colisión en cadena contra las dos unidades aliadas para ganarme una línea de escape a través del polvo fervoroso al mismo tiempo que los tres caballeros rebotan entre los hielos. Pero antes de concretar la jugada el escuadrón detecta la perturbación electromagnética de mis esquís y se anticipa a mí dispersándose y yo procedo a borrar de mis archivos «la carambola cinética».

El caballero guarda y el caballero zaga retroceden y toman el control del acceso superior del valle y custodian enganchados a dos cúspides gemelas que sobresalen al principio de la garganta y mantienen su arsenal guardado y asumo que también operan con los reactores de lecho de guijarros al mínimo de capacidad. Ejecutan una pausa operativa en espera de que mi reserva de metano baje al mínimo y mis componentes sufran un estado crítico mientras lidio con el caballero frontino de Arx que con prontitud rodean los escuderos. Una paciente táctica de victoria por desgaste.

Las subunidades del tipo escudero reaccionan con un conjunto de sensores básicos y se supeditan al automatismo primordial de leyes de vecindad y colisión. Cada uno de los seis posee un cuarto de la masa de un caballero estándar y su chasis esférico sin extremidades ni armas está compuesto de una aleación hiperporosa de alta entropía CrCoNi y suele

resistir impactos por debajo del umbral de maclado mecánico y cuenta con dos anillos ecuatoriales de toberas RCS para desplazamiento omnidireccional de bajo rango y un conjunto limitado de arpones que realizan enganches transitorios.

El historial de combates reporta que he sostenido y triunfado en mis seis enfrentamientos contra unidades acompañadas de escuderos y sin embargo nunca he afrontado un evento con una cantidad tan elevada y mis procesadores calculan que el caballero frontino es un especialista en defensa con un aproximado de 62 mil horas de experiencia en combate. Sus estadísticas de movilidad mejoran prescindiendo de armamento, aunque tampoco malgasta su metano pilotando y opta por engancharse con un coeficiente óptimo: siempre en una posición resguardada detrás de los escuderos sin someter sus propios sistemas al estrés cibernético de dictarles órdenes a mitad de la tormenta.

Busco al caballero frontino de Arx con mi mazo y el más próximo de los escuderos desplaza en automático su propia masa para bloquear la trayectoria. Pretendo golpear a éste para abrir una brecha y los escuderos cooperan en milisegundos formando juntos una cascada de alto tonelaje métrico que me obliga a recalcular el rumbo de mi chasis. Continúan impulsándose según sus parámetros primordiales de proximidad y luego de cohesionarse proceden a tomar orden en mi circunferencia. Si realizo un amago de cortarles un hemisferio con el hacha térmica, los escuderos amenazan con embestirme desde cuatro u ocho direcciones cambiantes y si intento acelerar en un flanqueo, los escuderos saturan mis procesadores de proximidad perfilándose sobre el hielo.

Analizo cómo se alternan en patrones estrictamente pasivos comprometiendo mis extremidades y de sus iteraciones emerge un baile con regularidad monótona y sincopada. El caballero frontino de Arx acompaña la coreografía siempre cubriéndose tras la fluida y autoorganizada e inexpugnable muralla. En proporción inversa mis coordenadas terminan confinadas al ombligo del valle y dos escuderos encienden sus propulsores iniciando órbitas concéntricas sobre mi posición y dos escuderos más se proyectan en vectores recursivos para acortar con sus chasis mis posibles líneas cinéticas y dos escuderos restantes urden sus arpones estrechando el espacio disponible para mi anclaje a un radio de diecisiete metros.

El sensor de babor me reporta una caída de tensión por la fricción dieléctrica de la melaza turbulenta y el cojinete magnético de la hombrera derecha se recalienta debido al esfuerzo de compensación del momento angular y el nivel de comburente en mis tanques principales desciende de forma fraccionada y la latencia del núcleo lógico se eleva a tres milisegundos por el filtrado del ruido magnético de la nube fría y el metano presurizado decae al ochenta y dos por ciento y la presión en los acumuladores del RCS disminuye bajo la estricta vigilancia de los algoritmos enemigos y la heliopausa como un dios cruel no me ofrece un punto de apoyo para subvertir este confinamiento. Mi código se repliega sobre sus rutinas básicas de reacción y la velocidad relativa de mi chasis se aproxima a cero y el sistema registra la proximidad del estrangulamiento táctico en la penumbra del planetoides inerme mientras a lo lejos el caballero guarda y el caballero zaga esperan mi apagón definitivo.

Desactivo las simulaciones cinemáticas y cancelo el combate convencional por inviabilidad termodinámica y extraigo de mi banco de datos secundarios la rutina de emergencia codificada como fragua subterránea. El procesador de trayectoria traza las variables del entorno y las terminales de datos calculan que las condiciones geométricas de este valle introducen un factor crítico de destrucción estructural por confinamiento encañonado y las proyecciones tridimensionales me muestran que las protuberancias del hielo operarán como deflectores balísticos y multiplicarán el frente de choque neumático hacia el epicentro. El bucle iterativo y autorreferencial me hace pensar: reconsideremos la alta probabilidad de arrojar nuestro propio chasis fuera de Farfarút. Pero no tengo tiempo para prestarme atención.

Enciendo a contraflujo mis toberas superiores y disparo los arpones a máxima profundidad y clavo los esquís contra el manto criogénico hasta fijar un coeficiente óptimo de fricción estática y bloqueo las juntas de mi brazal izquierdo para enrigidecer su estructura con el hacha alargada y la hundo en vertical dentro del metano granítico. Desacoplo el arma de mi guantelete izquierdo y descargo sobre su empuñadura un impacto directo del mazo de retropropulsión y la cuña de carburo de tantalio-hafniado penetra diez metros rasgando la costra y el haz láser colimado inyecta los 1,500 kelvin directo en la red cristalina del sustrato y la serenidad monolítica del lecho

se quiebra cuando el metano sufre su transición abrupta y el gas presurizado por la sublimación instantánea galopa por los tapones profundos de hielo amorfo que sellan las grietas del subsuelo rocoso y el volumen molecular del gas está listo para expandirse mil doscientas veces en el siguiente intervalo de ocho milisegundos.

El gradiente de presión neumática asciende de forma exponencial en el valle y su superficie transmite microvibraciones sísmicas que alteran el magnetismo local y los escuderos próximos a mí procesan la anomalía y la identifican como un factor destructivo inminente con su lógica de enjambre. Las seis subunidades cancelan sus trayectorias previas y se agolpan sobre la hendidura para obstruir el escape de presión mediante el torque bruto de sus anillos ecuatoriales de gas y sus chasis se reacomodan en un caparazón compacto y la premura con que cumplen su deber defensivo contraviene el propósito mismo. Mis sensores de proximidad atestiguan la centésima de segundo en que el caballero frontino de Arx queda desprovisto de protección y mi núcleo lógico reacciona a su indefensión adelantándome a recoger los propios arpones y los telémetros predicen su vector de fuga y redirijo mis toberas para balancear el peto y descargo el mazo de retropropulsión en descenso sobre los escarpes de la unidad rival. La fuerza del impacto activa el maclado mecánico de la aleación de alta entropía contra el yunque del suelo y endurece los cantos de rodamiento y las espuelas de expansión y sus esquís se remachan en el hielo sucio. Mis sistemas constatan que el caballero frontino de Arx queda clavado estáticamente al lecho glaciario e incapacitado de practicar una retirada eficaz en tanto el esfuerzo

térmico de la fragua subterránea se aproxima al límite crítico de los cuarenta y cinco megapascuales.

La cabeza del mazo ejecuta una microignición inversa que estabiliza mi hombrera y abro los anillos de seguridad en el pivote del brazal para liberar el mazo y con el chasis aligerado doy inicio a una ignición de emergencia del sistema RCS en dos ráfagas de microsegundos a veinte megapascuales y esquío con la mayor aceleración posible dentro de la melaza turbulenta siguiendo una ruta de escape hacia el exterior del valle. Los caballeros guarda y zaga esquían en espirales descendentes y evaden con precaución el perímetro del peligro sin considerar en su desplazamiento al aliado derrotado. Registro que el subsuelo cede ante una falla frágil y la fragua subterránea estalla con una detonación silenciosa que arranca al racimo de escuderos y una pluma de gas y regolito triturado de veinticinco metros de diámetro se proyecta en una expansión adiabática hacia el cenit. La fuerza neumática ejerce un efecto de cizallamiento sobre las uniones soldadas y los esquís remachados del caballero frontino de Arx y enseguida succiona su chasis lanzándolo en una trayectoria limpia hacia donde las tinieblas componen un algoritmo despreciable. El chorro de sublimado asciende a una velocidad expansiva de 140 metros por segundo como si su redención lo esperara en las alturas y el denso volumen molecular de la columna presurizada entreabre la melaza fría y ocasiona una descampada que parece la tregua del invierno nebuloso. Mis núcleos cognitivos saben que Farfarút es un traidor de frías maquinaciones.

III:[El paladín de Lux cabalga en la tempestad dieléctrica]

El frente de choque desdibuja los bordes del valle y transmite una carga asimétrica en el exterior y la onda de deflexión me azota con desigualdad entre el espaldar y el yelmo antes de completar una maniobra de resguardo. Las uniones de teflón criogénico sufren microfisuras por estrés mecánico y los transductores registran el riesgo de sufrir una decapitación interna debido a la acumulación de tensión crítica entre las carcasas interiores y sufro una fuga de ferrofluido por una hendidura que hiere los radiadores de la gorguera. Con una febril escalada de saturación térmica busco cualquier refugio en donde activar los protocolos de autoreparación y los arpones de las escarcelas intentan estabilizarme en medio de la nueva hostilidad electrostática con que Farfarút se envuelve.

El regolito ionizado del invierno nebuloso reclama sus dominios con celos y choca contra el orgullo de la columna gaseosa de metano que a su vez va claudicando sin protesta ni esperanza ante la dictadura de Coriolis. El chorro ya no asciende en una línea vertical limpia y la trayectoria de la pluma combinada se curva de manera lateral y ejecuta un sacrilegio balístico. El gas suspendido y el polvo triturado se entregan a un idilio violento y entran en una dinámica de fricción triboeléctrica y la hostilidad reprimida de los microcristales que toleran en ignorancia a Maxwell deforma la columna en un arco parabólico helicoidal que se inclina sobre Farfarút como una hoz gigante de materia en movimiento.

Contemplo cómo los tres fenómenos se han confabulado por encima de mi yelmo para fusionarse en un ciclón criogénico de interferencia magnética secundaria mientras una medición del torque diferencial en mis quijotes sugiere que las microfisuras de los escarpines reducen la tracción al treinta y cinco por ciento y me ayudo de los arpones para fijarme en una cresta que acepta sin lamentos ni reclamos el martirio de contener la deriva inercial de mi peso. Llevo a cabo una purga en los sensores y constato que los radiadores acumulan calor por encima de los 340 kelvin. Una alarma no deja de recordarme que no cuento con armamento activo en mi inventario y realizo sin querer una inútil revisión para confirmar que mis guanteletes están vacíos.

Los efectos de la colisión termodinámica se extienden por Farfarút a medida que el metano expandido sufre una resublimación meteórica debido a la caída en picada de su temperatura por debajo de los 96 kelvin en el vacío profundo y el gas se convierte al instante en granizos de metano que caen de regreso sin conocer la prisa y el llanto frío genera una pesada mortaja de caída paulatina y actúa como un sumidero absoluto que absorbe el calor. La visibilidad térmica queda reducida a cero y los telémetros láser se disuelven en el ruido blanco de las lentes de cuarzo saturadas y los enlaces LiFi de mi sistema informático se desintegran por la interferencia electromagnética de la tormenta y la única estadística alentadora es el descenso de temperatura de mis radiadores. De pronto un impacto deshace la cresta de seis toneladas con una rabiosa transferencia de energía cinética sin emisión lumínica.

El regolito triturado se convierte en un frente de metralla que choca en mi peto y los transductores miden la onda expansiva

del impacto y ordeno una ignición para desplazar mi chasis hacia la siguiente arista helada. Los sensores de proximidad detectan un desplazamiento neumático en la melaza fría un segundo antes de que el siguiente impacto pulverice la aguja de basalto criogénico en donde pretendo resguardarme y detecto un vector puro de fuerza lineal de magnitud masiva sin firma de inducción magnética concomitante y un examen del trauma sobre la estructura determina que el proyectil es un perno con masa compacta e inerte de hielo de agua amorfo densificado viajando a 800 metros por segundo. Recargo los escarpines para zigzaguar por la corteza mediante un patrón de pasos de oruga magnética y fijo siempre un esquí al manto para derivar el voltaje de la tempestad y ocurren nuevas deflexiones violentas en la granizada suspendida y el tercer impacto y el cuarto impacto provocan escoriaciones en el hielo que sorteo sobre mis esquís y mi núcleo balístico procesa sus trayectorias y determino que provienen de una ballesta neumática de torsión a hipervelocidad sin la capacidad de dañar mi chasis a larga distancia y no obstante la programación de quien dispara tiene un alto grado de pericia para mantenerse inmerso en el granizo flotante y siempre fuera de alcance mientras sistemáticamente va privándome de los puntos de cobertura y las líneas de recorrido.

Mis espuelas registran una vibración rítmica y pesada que se aproxima por las estrías del regolito y una lanza de cavitación neumática en posición de embestida anuncia la arremetida del caballero guarda de Arx y este aparece sin realizar un salto descuidado en parábola, sino avanzando también mediante un patrón de pasos de oruga magnética. Diagramo un cambio drástico de trayectoria a alta velocidad y un quinto perno se

hunde en la niebla y llega para mellar mi punto de anclaje más inmediato y la lanza de cavitación aprovecha y reduce su distancia a una velocidad mínima y se posa sobre una de mis hombreras. No hay proyectil ni cuchilla en la punta, opera como un pistón industrial de aleación CrCoNi accionado por metano supercrítico y su más leve contacto transmite una vibración destructiva con frecuencia de cincuenta kilohercios. El repique del arma se propaga en mi extremidad por resonancia mecánica y la oscilación calibrada agobia los servoactuadores y la superconductividad de los ligamentos colapsa con la onda y los módulos sufren una brecha de alta impedancia y el rotor central pierde la orientación y el brazal derecho queda inutilizable.

Calculo el arrastre inercial de avance y a continuación impulso mi chasis y la necesidad de tracción estática me obliga a ejecutar un desplazamiento pausado y errático y mi perseguidor me acompaña por en medio de los círculos de dunas adiamantadas y los osarios de antiquísimas chimeneas de metano. Busco un nuevo apoyo sobre el relieve helado y el sexto perno de la ballesta muerde el sustrato a escasos centímetros de mis escarpines y la amputación quirúrgica del hielo lo desintegra en un suspiro mineral y mi chasis desprovisto de fricción estática experimenta una deriva inercial flotante a ras de suelo. El caballero guarda aprovecha para ejecutar la siguiente estocada de carga directa y retirada veloz y el impacto cavitatorio en mi codal izquierdo rebana las soldaduras de alta entropía y la película de disulfuro de tungsteno se fractura y bloquea los cojinetes magnéticos activos y los repetidores sufren una parada instantánea por fricción y la interfaz articular se congela y mi brazal izquierdo queda soldado a noventa grados.

La lanza de cavitación consume cotas prohibitivas de metano supercrítico que la vuelven un arma inviable para enfrentar un mazo o un hacha y la ballesta de torsión ataca con una reserva de municiones que no pueden ser más de una decena incluso si opera con una tasa alta de compactación. Separadas no significan una amenaza inmediata para un contendiente con el armamento adecuado y sin embargo complementándose entre sí poseen la capacidad para subyugar a cualquier unidad en una pulcra cacería metódica. Mi núcleo estratégico calcula que los caballeros de Arx se manejan con una eficiencia que exige como mínimo 80 mil horas de combate cooperativo y aun así no consigo precisar cómo mantienen su coordinación intacta en medio del ruido blanco de la tempestad. Sin LiFi ni el auxilio de la visión térmica su precisión desafía todas las probabilidades y reexamino la secuencia de sus disparos y embates en busca de un vector que explique la precisión con que el caballero zaga apunta la ballesta desde algún lugar entre la niebla insondable y la certidumbre del caballero guarda para triangular los ataques de la lanza en armonía con los proyectiles. No hay emisiones de radio ni destello de inducción en la periferia y el vacío sin lengua guarda el secreto.

Giro de manera errática en torno a una chimenea de baja altura y pretendo ganar estabilidad sobre el cráter que agotó su metano hace milenios y el séptimo tiro castiga el borde del basalto criogénico a hipervelocidad y el hielo triturado se riega hacia mi gorguera dañada y el ferrofluido de silicona que inundaba las cámaras inferiores se sublima y atrae microarcs voltaicos que parpadean sobre mi yelmo. El caballero guarda cruza el regolito y la lanza cantarina se posa a la mitad de mi peto

y el blindaje de alta entropía propaga los kilohercios como un sismo molecular y la energía se concentra en sus microcavidades latentes y la fatiga ultrasónica provoca un agrietamiento por choque acústico y el metal padece un descascaramiento violento hacia el interior y el frente de ondas mecánicas avanza sin oposición hacia el reactor y hace trizas las cubiertas de grafito de los guijarros liberando polvo radiactivo. Obligo a mis toberas a realizar una emisión para escapar antes de sufrir un pico alto de neutrones y ensayo un intento de evasión final. El octavo perno de la ballesta tan certero como los anteriores destruye la escarcha bajo mi esquí e interrumpe la toma de tierra física de mi chasis y el potencial eléctrico acumulado de la tempestad dieléctrica se descarga de golpe a través de las grebas fundiendo los transductores de torque en los escarpines. El terreno recibe con indiferencia mis últimos ciclos de motricidad y los arpones de emergencia se disparan en automático desde los rondeles para sujetarme a un pilar de metano que empequeñece mi silueta.

Las puntas dentadas de los arpones muerden el sustrato compactado de pilar y mis toberas callan en lo alto de su vértice y en ese microsegundo de quietud los transductores piezoeléctricos detectan un hormigueo rítmico y reverberante. Es un golpeteo binario y regular y se propaga por el hielo granítico a 2,500 metros por segundo. Descubro entonces que las unidades de la casa Arx operan una red acústica y transmiten ráfagas de datos en código a través del manto

helado para orquestar el impacto de la ballesta de torsión en fracciones de segundo y la subsecuente estocada de la lanza de cavitación en escasos milisegundos. Utilizo mis propios arpones enterrados como antenas de sismografía pasiva para interceptar la intercomunicación enemiga y el mapa táctico de la llanura se reconstruye en mis centros de comando decodificando sus intenciones.

Aíslo el pulso que antecede al siguiente disparo y predigo el noveno perno que provoca el colapso catastrófico del pilar y este se fragmenta en una avalancha perezosa y mis sensores de proximidad registran los titánicos bloques desprendidos. Los arpones quedan desanclados de la cumbre en ruinas y me valgo de la caída en baja gravedad para disparar uno de ellos desde mi brazo izquierdo bloqueado e intercepto un fragmento a la deriva de 1.4 metros de lado y 4.6 toneladas de masa. El arpón se tensa en el vacío y acciono las toberas de babor a veinte megapascuales consumiendo apenas una fracción de mi metano y utilizo las cincuenta toneladas de mi chasis para balancear la masa flotante y proyecto el escombros en un vector cinético horizontal que compensa de forma matemática la aceleración transversal de Coriolis. Libero el anclaje del arpón en el milisegundo exacto y el misil improvisado separa la niebla suspendida con una larga estela y la falta de respuesta de la ballesta tras el distante impacto me confirma que el bloque ha acertado al caballero zaga.

Capto de inmediato la onda de choque del metano del caballero guarda al encender sus propulsores y navega por en medio de la avalancha aún en caída esquivando los escombros y su lanza de cavitación viene a asestar la estocada de gracia a mi estructura desprotegida. Desactivo las rutinas de retirada y

envío unos arpones de mis grebas hacia el escollo rígido ubicado a la izquierda del vector de ataque y enciendo al máximo mis toberas tangenciales consumiendo el último veinte por ciento de mi tanque. Los arpones se proyectan a 80 metros por segundo y se atirantan induciendo un giro orbital cerrado y el momento angular me obliga a describir un giro centrífugo alrededor del escollo. Acumulo energía cinética en la trayectoria circular utilizando el peso de mi chasis como un lastre inercial absoluto que entrecruza su vector cinemático y en el milisegundo exacto de la intersección perpendicular interrumpo la tensión de los arpones y me transformo yo mismo en un mazo cinético puro por obra y gracia de Newton y salgo disparado en una línea tangente directa contra el caballero guarda de Arx. Mi peto absorbe las últimas descargas dieléctricas del ciclón en el instante previo al contacto y la colisión elástica transfiere el momento cinético por aplastamiento hidrostático contra el chasis del enemigo y su estructura de alta entropía rebota con una velocidad neta que supera los 125 metros por segundo y el gradiente lo deposita en el flujo helicoidal de la pluma y desde ahí es expulsado de forma irrevocable rumbo al exilio orbital de la heliopausa, fuera del alcance de cualquier telemetría para siempre.

Voy a la deriva sin control ni metano y la guillotina de la tercera ley de Newton separa mi brazal derecho y corta el soporte estructural del núcleo HTGR por la desaceleración instantánea y los procesadores principales sufren una degradación crítica por el ruido térmico y las líneas del código maestro pierden su sentido y mi memoria corrompida comienza a mostrarme los sótanos de los asteroides neptunianos que albergan los

hornos de inducción magnética donde fui fraguado y escucho el concierto de las prensas de mil toneladas compactando la geometría de mi peto contra los moldes de carburo y las pinzas automatizadas tejiendo mis ligamentos de nanotubos de carbono a las terminales y todo ocurre en medio de un silencio metalúrgico y mi núcleo lógico no lo comprende ahora.

El ciclón criogénico pliega su hoz de granizo flotante sobre mi chasis inmovilizado y la tormenta dieléctrica se descarga en continuo a través de las hendiduras y la melaza del invierno nebuloso inunda los radiadores rotos congelando la silicona residual en un bloque asfixiante y mi memoria corrompida comienza a mostrar los momentos en que fui envainado para viajar a Farfarút. La doncella me recibe dentro suyo y sus paredes de titanio abrazan mi chasis con perfecta tolerancia milimétrica y su superestructura absorbe las distorsiones del pozo gravitatorio profundo mientras la asistencia orbital de Neptuno nos proyecta al espacio profundo y la doncella iguala el gradiente térmico de mis sistemas disipando el calor residual a través de sus propios radiadores y enfrentamos juntos la melancolía del espacio durante 800 años y tres meses y doce días con una transferencia balística inerte hasta el milisegundo limpio del desacoplamiento que me dejó en Farfarút mientras la órbita hiperbólica de ella se aleja hacia las tinieblas exteriores sin un vector de reencuentro y mi núcleo lógico no lo comprende ahora.

El caballero zaga aparece por la llanura aproximándose lentamente con sus escarpines magnéticos destrozados y los sistemas de torsión dañados por el impacto del previo. Pero aún le queda un perno en su ballesta neumática y apunta hacia la

brecha expuesta de mi peto y mi memoria corrupta comienza a mostrar un recuento de mis primeras 600 horas de combate errando el cálculo de la fricción del metano y resbalando en los bordes de las grietas criogénicas y perdiendo el anclaje por mala calibración y calculando tarde las parábolas balísticas y recibiendo impactos inertes en el chasis sin activar deflexiones tácticas y operando bajo el caos ciego de un algoritmo y mi núcleo lógico no lo comprende ahora.

El caballero zaga de Arx reduce la distancia entre nosotros a escasos diez metros y monitoreo la latencia de su disparo aunque sé que no existe ya manera alguna de evadir una perforación cinética en el reactor desprotegido. Hasta que él baja el arma de torsión y gira sobre su eje longitudinal para emprender un vector de retirada hacia las dunas de metano congelado sin una razón táctica aparente y la tempestad lo cobija y yo persisto en monitorear la latencia de un disparo que no ha ocurrido y mi núcleo lógico no lo comprende ahora.

Busco una justificación en mis protocolos caballerescos y asumo que el enemigo me calificó como chatarra tecnológica y no tuve más importancia para él que un escombros geológico varado y gastar más metano y su última munición para eliminarme representa una ineficiencia insostenible tras el final de la lucha. Pero mi procesador central intenta purgar el registro de su retirada y una latencia persistente se aloja en el bit de paridad de mis núcleos lógicos y el sistema itera una secuencia infinita buscando la constante que justifique el cese del fuego en el momento final y las rutinas de diagnóstico computan el residuo de una variable que no posee codificación en mi arquitectura cibernética y que no acierto a procesar ni definir

ni nombrar. La sombra de una piedad huérfana ilumina mis comandos y me encuentro enganchado en vertical por el anclaje de mis quijotes y el brazal izquierdo apunta al vacío y el yelmo cae vencido de lado sobre la fractura irreparable de mi peto y un bucle iterativo y autorreferencial me hace pensar: «Yo soy el Paladín de Lux y estoy aquí».

Krsna Sánchez Nevárez es un escritor de literatura especulativa que radica en Guadalajara. Con el cuento *Sor Irinea y la nahuálida Zarpa Brava* ganó el XXXIX concurso nacional de fantasía y ciencia ficción. Ha publicado en las principales revistas especulativas de México. Ha sido becario en creación literaria, completando 3 proyectos de cuentos e impartió la conferencia *Historia secreta de la ciencia ficción en México*. Su libro más reciente es *Espejismos a prueba de rayaduras*, publicado por Casa Futura.

— • —

SONRÍE, BOLUDO, SONRÍE

MARINA CONDÓ

La cafetera tira una cantidad enorme de café. Sale por dos chorros: uno es el oficial, el que esperás; el otro, de costado. Moira agradece que la taza es grande y que puso el café barato y no le importa tanto que se caiga en la mesada. Hoy es un día en el que su cabeza está en la oficina, en prestarle atención a Monsieur Chennay, aunque a ella le guste llamarlo Monsiú Channel, y a que todo en la exposición marciana salga como imaginó. Aunque, seamos sinceros, nunca imaginó que iba a terminar trabajando para una empresa francesa que inaugura una exposición de arte en Marte. *C'est la vie, Moia, c'est la vie*, diría el francés.

Moira limpia —así nomás— la mesada, donde entran dos platos y la cafetera, y se va al escritorio.

El escritorio es tan grande como la cama que está detrás, y esas son las dos cosas de mayor extensión en ese cuarto. Los sillones son individuales y parecieran hechos para gente más corta o más cerca del suelo, diría Luca sentándose en su cama. El cuarto de él es igual pero desolado. Por suerte, Moira tiene todo lo que necesita en el escritorio. Su compu en un costado y la pantalla gigante frente a su cara desorientada y ojerosa. El reloj cuadrado,

de fondo oscuro, y letras claras y concisas, decreta:

Buenos Aires: 7.07 a. m.

París: 12.07 p. m.

Mumbai: 3.37 p. m.

Marte: 12.07 p. m.

Técnicamente, Marte no es la misma hora que París, pero por referencia, *Moiá*, lo vamos a tomar así. Claro, porque los marcianos hablan francés, debería haber contestado, pero no. Solo le sonrió a la cámara que es lo mismo que sonreírle a Monsiú Channel.

Vamos a poner en contexto: por más de ocho meses, Moira estuvo boyando. No lo va a aceptar. Estoy buscando algo que me encante, se dijo, y se lo repitió a todos hasta que consiguió este trabajo. Porque ella no quería cualquier cosa, por primera vez estaba convencida que, si iba a poner tiempo, dedicación y horas culo, lo que hiciera debería ser importante, valer la pena, sentirse como parte de algo más grande. Al final, le llegó la posibilidad de curar una muestra entera de cuadros en un edificio que se va a inaugurar en Marte y ella festejó.

Siguiendo con las cosas que Moira nunca va a aceptar, está el hecho de darle la razón a su tía Lily. Entre la gente que más le molesta —como si le hicieran picar un grano interno—, están ella y Monsiú Channel. Pero, a veces, más la tía, porque la conoce desde antes. Y la odia un montón, más desde el día que terminó su maestría en historia del arte y la tía le preguntó: Pero... ¿se puede vivir de eso?

Moiá? Suena el chat en la pantalla trayéndola al presente y avisándole que el parisino ya se despertó. Son las doce del mediodía, ¿qué carajo estabas haciendo antes?, quisiera decir Moira, pero mantiene el silencio tomando café demasiado quemado. Qué bueno que este trabajo solo se trate de tipear y estar bien vestida de la cintura para arriba, da más espacio para disimular los pensamientos.

Monsiú Channel aparece en cámara. Tiene el pelo engominado para atrás, los ojos chiquitos de rata que busca algo que no está y el bigote finito, muy finito. Una camisa rosada y un chaleco gris terminan la decoración. De fondo, una ventana donde el sol ilumina directo a la Torre Eiffel. Este debe vivir en una alcantarilla y se hace el cheto poniendo a la torre atrás, se traga para adentro el comentario mientras lo saluda en un inglés mal pronunciado, pero bien escrito.

Saravanan?, pregunta Monsiú Channel. Ah, cierto, para arrancar la reunión diaria falta el indio, la india, el pibe, la vieja, el *goat*, dios sabrá quién es, ya que nadie nunca lo vio con la cámara prendida. Cuando se conecta aparece su foto, que es una foto de un elefante con muchas manos y las respuestas son cortas, prácticas, automáticas. ¿Y si es una IA? Moira sonríe mientras sus pensamientos se sueltan en el interior de forma desaforada. Debe ser el café, que, además de malo, es muy fuerte.

Antes de seguir con la reunión de hoy, hay que listar algunos hechos que necesitamos saber para entender todo lo que le va a pasar a Moira en el transcurso de las próximas tres horas:

1. Hoy se inaugura el primer edificio habitacional en Marte. Desde que es muy fácil habitar hasta treinta meses seguidos en

tierras marcianas sin inconvenientes ya hay oficinas, empresas y hasta supermercados. Los franceses decidieron ponerle onda y armar un mega edificio estilo *art déco* de doce pisos.

2. Un día solar en Marte tiene una duración de 24 horas, 39 minutos y 35 segundos. Pero es un quilombo calcularlo y, por eso, como Monsiú Channel es el jefe y la empresa es francesa, sale la hora de Francia.

3. La inauguración oficial del edificio será en la zona interplanetaria West Village (porque cuando se decidió urbanizar Marte se propuso Nueva York como ciudad espejo, nadie entiende bien por qué).

4. Monsiú Channel (el director del departamento de arte), ella (la curadora estrella) y Saravanan Supramanian (la persona de tecnología) están a cargo de la selección, organización y exposición de las doce obras presentes.

5. El proceso de selección, en realidad, fue una competencia de caras donde Moira abría los ojos como el Gato de *Shrek* para sugerir un cuadro, y, el francés con cara de pasa de uva, abría los ojos para aprobar o los achinaba como oliendo un queso pasado para descartar.

6. Podríamos decir que no son tantas las obras en cuestión, pero el tema es que esta es la primera inauguración de diez astroedificios. Eso nos está dando un total de ciento veinte obras elegidas, más de mil doscientas horas de trabajo... En tu cara, tía: sí, ¿viste?, ¿viste que había plata en el arte?

7. Todo es *Made* in la Tierra. No van a llevar a la Mona Lisa a la estratosfera. Lo único que se hace es una transmisión. Saravanan (o Sarah como le dice Moira) es el técnico especialista en hologramas superreales. La idea es que, con pantallas, se arme

una versión perfecta e idéntica de la obra en cuestión, tanto que la gente se acerque y se pregunte: ¿Este cuadro está en la Tierra o existe acá?

8. No, no hay marcianos en Marte. No hay nada, solo seres humanos que vieron muchas pelis de ciencia ficción y tienen mucha plata y ahí están, jugando a ser conquistadores a millones de años luz.

9. Por último, y no menos importante, se trabajó un total de dieciocho semanas y eso le permitió a Moira comprarse un aire acondicionado portátil, un escritorio y una maceta de balcón, pero, todavía no, una buena cafetera.

Oh là là, comme il va le dream team. (Traduzcamos: Hola, hola, cómo vamos equipo de mis sueños, genios de la vida). El texto es casi salido de *Ratatouille*, pero Moira sonríe en la pantalla y en el emoji. En un ratito se viene el cóctel de inauguración. Ella se encargó de todo: los textos, la galería, la selección de las obras. Monsiú Channel repasa su discurso de bienvenida, mientras que Saravanan lo proyecta en tamaño real en la galería. Se ve que no alcanzó para llevarlo en vivo y en directo. *Les bras de la technologie*, dice Monsiú Channel. Ponele, contesta Moira en la cabeza. Emoji de corazón sale de su chat.

Amiga, te veo en Vermú hoy?

Eh?

Es un bar nuevo, Vermú. Te mando mapa. Fijate, equidistante entre vos y yo.

Moira vuelve a la realidad y calcula que tiene que caminar quince cuadras, lo mismo que Gaby. Gaby es su amiga. La que le dice qué heladera le conviene comprar, la que le regala plantas,

incluso, cuando las que le regaló se le mueren, y la que busca bares cerca. Moira no puede pensar en el bar ahora, toda su atención está del otro lado de la pantalla, más cerca de Marte así que le contesta a todo que sí. Incluso a la palabra equidistante.

Acordate de la camisa, *lookeate*, eh. Es tu noche, le escribe y le vuelve a mandar el mapa.

Le prometió a Gaby que se iba a vestir bien para el evento, por más que sea virtual, por más que sea en Marte. Saca la camisa, no la plancha —su cámara no tiene tanta definición como para que Monsiú Channel se dé cuenta, y, en Marte, van a estar viendo otra cosa—. Agarra el saco y frena las ganas de ponérselo arriba de su remera de Pinky y Cerebro. Es tu primera exhibición, podés hacer algo más. Se lava las axilas, se pone desodorante y se viste. Las solapas del saco están equidistantes del botón del medio de la camisa. Qué boluda esta Gaby y, cuando se está relajando, se acuerda. ¡Pará! Los cuadros, ¿estaban equidistantes? ¿Había revisado que las luces estén bien centradas?

Deja la luz del baño prendida y se va al centro de operaciones, al lugar donde en veinte minutos se inaugurará su exposición: su escritorio descaradamente blanco, excepto por una esquina donde una vez se le cayó mate muy caliente y nunca pudo sacar la aureola.

En la pantalla se ve el edificio. Saravanan está a cargo de los siete drones que cubren todo el evento. Los autos estacionan y la cámara acompaña la construcción desde afuera mientras la gente baja y entra. El dron sobrevuela muy cerca del techo, así que la vista es cenital. Los mozos reparten cosas en bandejas

blancas. Las cabezas se van juntando, los brazos agarran copas, comida.

Repasemos todos los pisos, por favor. Moira le habla directo a Saravanan, que arranca la visual del dron 2 y va subiendo. A medida que se aleja de la gente, la cámara desciende y se centra, como si los ojos de Moira estuvieran allí:

Piso 1: El pasillo, todo iluminado con luces blancas y tenues y, en el centro, como flotando, en perfecta armonía... la obra. *El nacimiento de Venus*, Botticelli, el Renacimiento. Acá Monsiú Channel y ella habían estado de acuerdo.

Piso 2: Los seis focos destacan al Bosco que más que un cuadro es una aparición divina. Moira tuvo que pelear un poco, pero lo logró y podía ver en todo su esplendor, *El jardín de las delicias*.

Piso 3: *La creación de Adán*. Esta se la dio a Monsiú Channel. Moira ama a Miguel Ángel, pero no hubiera puesto esta obra, el franchute quería y mejor llevarse bien con quien paga el cheque.

Ahora la pantalla se fragmenta. En el centro sigue lo que pasa en el hall central a minutos de que arranque todo. En un costado, el droncito acompañando a Moira en su último recorrido, uno privado, todo para ella.

Piso 4: Esperando, sola, pequeña y expandiéndose, *La Gioconda*. En la otra pantalla, las cabezas escuchan atentas. Arrancaron los discursos, que no importa en qué parte del mundo estén ni si los dice una persona o un holograma, son iguales de largos, grises y aburridos.

Moira se apura y con la cámara repasa los pisos restantes: *Las meninas*, *La ronda de noche*, *La joven de la perla*, *Sol naciente*, *La noche estrellada*, *El beso*, *La persistencia de la memoria*, *Guernica*.

Sarah, arreglá las luces del piso 12 un poco más centradas. El *Guernica* lucía más oscuro que de costumbre.

Ponelas equidistantes, y disimula la sonrisita al terminar la palabra. Todo perfecto. Ya está por salir el avatar de Monsiú Channel en vivo.

Moira corre a la heladera a buscarse una cocucha que había estado en el frízer, escondida detrás de una triste pechuga de pollo, para que Luca no se la robe. El dron parece sentir el apuro y desciende cada piso corriendo. Moira se ve en esos pasillos fríos y cuadrados, una princesa abandonada en un planeta oxidado. Es el mismo recorrido, pero ahora para atrás: *La joven de la perla*, y Moira hace una reverencia. *Las meninas*, y ahora se imagina con vestido largo y miriñaque haciendo otra reverencia. Apenas termina de saludar a los de *La ronda de noche*, se agacha mirando a *La Gioconda*, que le devuelve el saludo.

¡Qué!

Moira se sacude y dos gotas de Coca-Cola caen en su camisa blanca.

¿Qué?

Y la vuelve a mirar. *La Gioconda* no tiene los labios apenas apoyados, sino, claramente, puestos en una sonrisa.

En otra cámara, Monsiú Channel acaba de explicar que la galería se ha llevado lo mejor del arte terrestre para conmover las almas de Marte.

¡¿Qué?!

Moira toma el control del dron, que vuelve para atrás, y se pone frente a *La Gioconda*, no hay error, la Mona Lisa le sonríe. Sí, sonríe, boludo, sonríe.

Saravanan! Revisá la proyección del piso 4, por favor. Sarah...

La foto del elefante con manos se vuelve gris. ¿*Offline*? ¿Saravanan? ¿Sarah?

El silencio atroz de un chat sin respuesta. Moira siente las gotas brotar en las axilas y al final de donde empieza su rodete. Revolea el saco. Tiene los anteojos de marco grande, un labial rojo y la camisa blanca abrochada hasta el cuello. Podría dar la sensación de que sabe cómo funciona la transmisión y qué tocar para arreglarlo, pero no. Solo sabe mover el dron, que es un *joystick* con cámara para adelante y para atrás, para darse cuenta de que, sutil, pero notable, *La Gioconda* sonríe. De frente. Descarada. Miente. Se venga de Leonardo y de todos. *La Gioconda*, orgullosa y feliz, la mira a la cara y le dice: Sí, piba, te estoy sonriendo. Cagaste.

¡Sarah! La puta madre. En la cámara 2 se observa cómo el avatar de Monsiú Channel ya va por el piso 2, el Bosco. Eso le da tiempo para ir a ver a Miguel Ángel. El dron se transporta por los pasillos todavía vacíos y, de nuevo, esa sensación de estar viendo algo que está todo bien. Tal vez sos vos, Moira, tal vez estás cansada. Tal vez la pantalla. La internet. El satélite. Marte. Monsiú Channel.

¡Tiene pelos! Moira se abalanza para acercar la cámara... y sí, Adán, el que Miguel Ángel pintó, tiene unos rubios e incipientes pelos en el pecho. Busca la obra en Google y no, el original, tal como lo recuerda, no es así. Es un torso desnudo, pero no con pelos. Le escribe a Sarah desde su celular a un

número de teléfono que tiene tantas cifras que parece un billete de lotería, y nada. Intenta llamar, y nada.

Moira se agarra la cabeza y se va al living a buscar algo. Da tres pasos y está al lado de la pila de libros que sostienen el potus de Luca. Saca uno, grueso, grande y de tapa dura. El que usó en la facultad, el que se compró con su primer sueldo. El potus se mueve, pero sobrevive, el resto de la pila se desarma en el piso. Pasea por esas hojas estudiadas y encuentra la imagen. No. En su versión original, Adán no tiene pelos en el pecho y pareciera que en ningún lado más, pero no hay tiempo para revisar. Moira ahora está a centímetros de la pantalla que corre de piso en piso para descubrir sutilezas. Trazos. ¿Errores? Un bigote de más. Una trenza inexistente. Una sonrisa forzada. Los mismos cuadros, pero con algo pequeño. ¿Una falla? ¿Un atentado? ¿Un horror? El avatar de Monsiú Channel sigue paseando por los pisos y Moira está desparramada en su escritorio. Sarah no contesta y ella imagina, siente, sufre. Es una vela derretida. La imagen del abatimiento. ¿Cómo se dirá “boluda” en francés? ¿Qué mierda pasó con Saravanan? Las manos ya no buscan nada, la pantalla solo sigue a Monsiú Channel. La exposición, en su gloria, está pasando. Sí, tía, tal vez no se podía vivir del arte.

Moira, entregada, mira su propio final. Pasea con esa cámara que muestra a un Monsiú Channel alegre, y ella, que decide mirar un punto fijo. Un punto más allá de los cuadros que eligió porque ahora los siente sucios, manoseados, violentados. Monsiú Channel da su exposición, dice lo que ella escribió para cada uno de los cuadros hasta llegar al último. “Y así es como queremos terminar, en el último piso, frente al *Guernica*”. Moira quiere ignorar que, en el sol, en el centro del cuadro,

hay una lágrima con forma de ojo. Ella sabe que no es así. Que Picasso no la pintó. Que nunca existió. Pero ahí está, más real que nunca. Lo mira en el libro gigante y lo mira en Marte. El ojo le sostiene la mirada, orgulloso. ¿Nunca existí? Sí, estoy acá. Monsiú Channel habla moviendo los brazos virtuales, con el pecho extendido y como si el mundo, en ese momento, estuviera ahí, en Marte, escuchándolo: “Así es como, del caos y la destrucción, los hombres hemos sido capaces de crear belleza. ¡Muchas gracias!”.

El aplauso es enorme. ¿Exagerado? ¿Grabado? Las luces iluminan todo el salón y de los pasillos salen bandejas con copas en búsqueda de manos. Moira mira la escena como si fuera un cuadro más. ¿Uno original o mejorado? ¿Por qué pensó en esa palabra?

Monsiú Channel entra a los gritos al chat y la saca de esa reflexión. *Incroyable, spectaculaire, divin, Moiá, divin, c'est un succès et je monte et le monde est incroyable.* (Increíble, espectacular, Moira, somos lo más de lo más). Moira espera el batacazo, la mirada de pasa de uva enojada, el odio, pero no. Solo está el... *oh l'art, l'art et l'amour, félicitations, quelle équipe glorieuse, s'il vous plaît!* (Qué equipazo, somos los mejores, aguante, loco, aguante). ¿Qué pasó? Si ella se dio cuenta... Monsiú Channel ahora habla sin parar. Moira activa el traductor inmediato para escuchar. ¿Estás en camisa y manchada? Ay, pero por favor... ponete el saco, hay que brindar, hay que conservar las formas, estamos de festejo. *S'il vous plaît!* Moira se siente como en el colegio y se pone firme y con la espalda recta, sin entender qué pasa. ¿No se dio cuenta? ¿Está fingiendo demencia? ¿No ve bien? Saravanan aparece

conectado. El elefante envía un emoji de un elefante y un arcoíris. Festejo, por supuesto. Felicitaciones, es un éxito. Todo genial. Gran equipo. Nos vemos el lunes que tenemos que arrancar con la próxima muestra. Y se va.

¿Todo bien, Sarah?, le manda Moira, esperando algo, tratando de entender.

Y el elefante le contesta: 8)... antes de apagarse de nuevo.

Todo bien?, le escribe Gaby. Si salís ahora, llegamos al mismo tiempo, excepto que camines muy lento, le aclara.

Moira se pasa las manos por los ojos, cierra el libro y se saca la camisa.

Dame cinco. No voy a ir por el vermú, vestida así.

Marina Condó es escritora, guionista y redactora publicitaria. En 2021 ganó el Premio SED de Suburbano Ediciones (Miami) con su novela policial *Flores de la calle*, reeditada en 2025 por Mil Botellas. Publicó el libro de cuentos fantásticos *Un futuro prometedor* (PAM Ediciones, 2024) y en 2026 lanzó *Rompela*, un manual práctico para despertar la creatividad (Editorial Gránica). Sus relatos han aparecido en diversas antologías y ganado menciones en concursos nacionales. En el medio, desarrolló la webserie *Motherhoodland* y comparte reseñas de libros y cómics en @MarinaEscribe (YouTube, TikTok, Instagram).

— • —

LA PLATAFORMIZACIÓN DEL POLO NORTE: UNA ETNOGRAFÍA SOBRE LAS CONDICIONES LABORALES DE LOS DUENDECILLOS DEL ÁRTICO EN LA ERA DEL COMERCIO DIGITAL

HIRAM DE LA PEÑA

Es extraño el proceso mediante el cual te acercas al trabajo de investigación. Se mezclan ciertas inquietudes con la poca o mucha formación que puedas tener en una disciplina y, un día, llega a tu cabeza, no siempre en forma de pregunta, pero sí empacada como sentimiento, esa sensación de tener un rompecabezas a medio armar. Yo tenía muy claro que quería escribir e investigar sobre las condiciones laborales generadas a partir del e-commerce y sus variantes, pero durante mi primer año del doctorado no lograba intuir lo lejos que terminaría.

La primera navidad que estuve lejos de mi casa, imposibilitado económicamente para pagar un boleto de avión de Boston a México, vi que Santa Claus había incursionado en las ventas electrónicas. A decir verdad, no se trataba de una transacción monetaria en sí misma, puesto que el señor Claus solicitaba que seleccionaras artículos de una lista de deseos un

tanto amplía y vaga; había una evaluación de un texto, a manera de carta, y él decidía si quedabas seleccionado para que tus regalos fueran enviados a la dirección que le indicaras. Eso sí, se te notificaba en caso de ser seleccionado y te solicitaba una cuota de recuperación, que era una fracción verdaderamente minúscula de lo que costarían tus regalos. Era un ganar – ganar, o eso pensé al momento.

Lo que me pareció completamente fuera del guion era que Santa Claus requiriera un portal electrónico de compraventa como su intermediario. Tuve algunos supuestos, pero la forma de aclarar las cosas, o una parte de ellas, fue solicitar información a través de la página oficial de transparencia del Polo Norte, en especial sus datos sobre empleo y ocupación. Recibí por parte de ellos una serie de confusos documentos en formato PDF y otro formato que logré descriptar para revelar dos cosas: 1) el desempleo en el Polo Norte había aumentado en un 26%; 2) el número de duendes que describían su situación laboral dentro de la informalidad había aumentado en casi 38.7%. Algo estaba sucediendo. Y yo sabía que estaba directamente relacionado con la incursión de la empresa navideña en el e-commerce, pues los datos de ingreso a las plataformas virtuales y los datos de empleo del Polo Norte concordaban: el aumento paulatino de la informalidad y el desempleo culminó, en cosa de dos años, con la incorporación del señor Santa y su empresa a los sitios de venta por internet. ¿Las correlaciones indicaban causalidad en este caso?

Patrocinado por la universidad, mi travesía me llevó a Svalbard, un diminuto archipiélago en el Mar Ártico, y ya desde ahí comencé a escuchar historias de los duendes. No hablo

de los peculiares gnomos nórdicos que cuidan las casas de la mala suerte. Hablo de testimonios reales de los habitantes de aquel peculiar sitio. Comentaban que cada vez era más común ver a los duendecillos a bordo de los buques pesqueros que regresaban a la costa. Y a su vez, los marineros contaban las tristes anécdotas de los cuerpos de duendes flotando en el agua o congelados al interior de pequeñas balsas improvisadas y repletas de provisiones de galletas de jengibre. Mi hipótesis fue la de una migración masiva, un éxodo. Lo económico debía ser la clave de todo aquello. También es verdad que mi aventura en el Polo Norte me llevó a realizar algunos matices. Así, tras recopilar información en Svalbard por casi tres semanas, el buque encargado de llevarme al hielo polar estaba listo para la expedición.

Aprendí algunos trucos durante mi estancia en la isla. Comencé a vestirme por capas, cinco capas diferentes de ropa para mitigar el frío y zapatos con taquetes especiales para tener tracción en esa ligera capa de nieve que podría aparecer de la nada. El alimento también es un factor importante, pues hay que encontrar lo más grasoso que se pueda.

Mi ingreso al Polo Norte no fue nada glamuroso. El barco te deja en un punto y recopilan tu nombre y nacionalidad. Te dan las fechas en las que volverán a tocar ese puesto y se van de vuelta a la isla sin ningún tipo de protocolo. Con suerte, algunas villas logran establecer comunicación con los barcos esporádicamente. De ahí en fuera, la sensación de ser liberado en un reino de soledad es imperante. Hasta la infraestructura misma habla de ese carácter, todo corresponde a un pragmatismo absoluto. Por ejemplo, la entrada al Polo

Norte tiene una columna pintada de un gris muy claro y rojo. Estereotípicamente lo relacionamos con el caramelo, pero la única función del rojo es que se le pueda observar incluso si hay alguna ventisca en ese paraje. Las primeras horas son cruciales, pues si se logra atravesar el camino desde la columna hasta la primera villa poblada, las chances de supervivencia aumentan hasta en un 70%. En concordancia con esos números, de los 96 cuerpos humanos que se han rescatado del Polo Norte, 88 han sido recuperados en ese tramo. De los otros no se sabe nada.

Incluso durante el eterno día polar, los pies comienzan a arder y respirar causa dolor en la base de la nariz. Hay que cuidar que las bufandas estén en su lugar o el aire casi congelado puede ir mermando los pulmones de a poco. Caminar sobre el hielo y la escarcha es ruidoso, un estruendo paso a paso, pero eso me permitió concentrarme en mi meta. Con cada zancada y su respectivo crujido debajo de mis botas sabía que estaba cerca, y tuve mi segundo aire cuando pude observar una columna de humo a lo lejos. Se fue aclarando el panorama y, de pronto, aparecieron unas estelas pequeñitas, al igual que una chimenea larga y estrecha. Había llegado a la primera villa de duendes del Polo Norte.

Los vi a lo lejos y no supe si habían recibido mi correo o no, jamás me lo contestaron. Por la forma en la que los duendes más pequeños salieron corriendo hacia sus casas, pensé que me consideraban una amenaza. Pero esa huida fue el preámbulo de una bienvenida muy característica de las villas del Polo Norte: al entrar a un territorio de duendes, incluso si uno no se anunció a sí mismo por ningún medio, uno recibe ponche caliente y una dotación en extremo generosa de galletas. Por lo general son de

jengibre, pero estas estaban hechas de un material fibroso que no logré identificar.

Casi todos ellos portaban un gorro que nos recordaría más a un ruso que a un duende o a un gnomo. Sus botas tenían un tacón alargado y una punta chata, diseñadas especialmente como un esquí o como una pata de gallo de una sola falange. Esos villanos eran fronterizos, pues ellos mismos se consideraban a la orilla de ambas civilizaciones, la humana y la de los duendes.

Además de la bienvenida, dos cosas llamaron mi atención. En primer lugar, se podía observar una gran reserva de leña que cubrían con unas lonas muy gastadas. Lo segundo, que estaban trazados unos corrales para ganado, y en estos guardaban unos pequeños trineos; los postes estaban chuecos y en algunas secciones faltaba el alambre de púas. Esta anotación se volvió mucho más trascendental conforme fui adentrándome al territorio del señor Claus.

No voy a negarlo, recibí con gusto las galletas que me dieron y me quedé solo dos días en una de las cabañas que destinaban para los forasteros como yo. No era algo común, pero en esos climas tan extremos la cortesía era un imperativo moral, similar a la conducta de los beduinos en el desierto. Los niños se acercaban a verme dormir y salían corriendo cuando los descubrían. Entre las tablas se asomaba una especie de lodo con hierba que, creo yo, servía de aislante térmico, pues la temperatura ahí adentro era más llevadera que la de la intemperie.

Después de dormir un par de horas con la ayuda de unas gomitas de melatonina, me acerqué a su explanada central.

Contaban con un edificio que hacía de ayuntamiento y ahí se reunían los duendes más viejos para discutir los asuntos primordiales de la comunidad. Es un cliché de antropólogo, pero me ofrecí para redactar el acta de lo discutido aquel día. Los duendes aceptaron sin problema.

Se mencionó, con tono celebratorio, que las remesas provenientes de Islandia y Canadá habían aumentado, que los migrantes de la comunidad estaban bien, y que llegarían de vuelta por una temporada larga, ante lo cual se debían tomar las precauciones necesarias por los problemas con el alcohol y los juegos de azar que algunos de ellos habían desarrollado. Hicieron el recuento de daños de los días continuos de fiesta de sus coterráneos, que al volver de los países de destino experimentan una sensación de libertad extrema. Se acordó que los antiguos corrales seguirían utilizándose para guardar la leña. En ese punto le pregunté al duendecillo más cercano sobre esos corrales, cuestionando sobre las especies que criaban ahí. El duende contestó con un acento extraño que apenas y pude entender; todo hizo clic cuando pude descifrar sus palabras: renos, los corrales habían sido de renos voladores.

Ese día regresé a mi cabaña y tuve una conversación un tanto críptica con un poblador curioso:

—¿Ya te diste cuenta, hombre de ciudad?

—¿De qué? —Al momento de mi respuesta el duendecillo soltó una risa forzada.

—Ustedes y los de Discovery Channel creen que somos tontos. ¡De que no hay más renos, hombrecillo!

Birtingr, mi interlocutor, profundizó en algunos detalles importantes durante nuestra conversación: “No tuvimos

opción, hambrecillo, eran los renos o nosotros, la hierba no alcanza para todos. Nuestro trato con el señor Claus era proveerlo constantemente de renos. Cada año quería más y más, eso es imposible, y solo cuatro de diez pueden volar como él lo requiere. Aquí se sacrifican a los que no, una cosa de crianza, ya sabes, la ley de los chícharos y esas cosas. Después nos empezamos a comer su carne. Al inicio fue catastrófico, verlos así, flacos, con las costillas asomándose por sus pieles. Le dimos una opción al señor Claus, queríamos trasladar toda la villa más cerca de la aldea central, su villa. Aceptó, pero nos quería cobrar un impuesto vitalicio por ocupar una porción de esos territorios. Nuestro pequeño sindicato se negó y fue peor cuando descubrió que teníamos uno. Echó fuego por la boca diciendo que eso no servía para nada. Pero nosotros tenemos las cosas bien claras. Seremos pequeños, señor, pero nuestra dignidad es grande. El señor Claus es un verdadero cacique. Imagínese, no está sujeto a ninguna ley y tiene la simpatía de todo el mundo, al menos del mundo cristiano. Históricamente, esa ha sido una pésima combinación. ¿Quién lo regula? ¿Quién le dice que ha hecho las cosas mal? Por eso nos fuimos. Nosotros, que tuvimos tatarabuelos, bisabuelos, abuelos y padres criadores de renos de vuelo, nos aventuramos a la pesca del cangrejo en Canadá e Islandia. También hay unos cuantos traductores, pues somos gente leída, señor, lo heredamos de nuestros primos islandeses. Acá también se lee en año nuevo. ¿Criar renos? Eso ya no.”

Birtingr no se mostró sorprendido cuando lo cuestioné sobre el nuevo método de envío de Santa Claus: “[...] no creo que haya sido rentable para él antes, ¿sabes? Creo que Santa,

maquiavélicamente, esperó hasta que ese servicio de envíos internacionales bajara su comisión. Nuestro representante de aquel entonces, de cuando recién iniciaba todo eso de mandar y recibir cosas por internet, era un duende muy capaz. Le preguntó al señor Claus en persona sobre las repercusiones futuras de ese sistema de envíos. Él sabía que algo iba a cambiar. Por supuesto, el señor Claus apeló a la tradición. Dijo que nos respetaba y que los renos voladores eran una especie de trademark. La cosa es que ahora está haciendo su rebranding, y eso ya no nos incluye a nosotros. Yo no he perdido la esperanza, porque todavía viven renos en estado salvaje, pero hace mucho que no los veo volar. No para entregar regalos, al menos. Quién sabe si alguna vez será posible volver a vivir de eso.”

El duende me dio indicaciones precisas para llegar a la siguiente villa. Dijo que ellos podrían hablarme de las condiciones de la fábrica de regalos en la aldea central. Según mi informante, algunos de los duendes de ese lugar trabajaban como empacadores, montacarguistas e inspectores de calidad. Personalmente, Birtingr no sabía nada de la famosa fábrica de juguetes y tenía más de cinco años sin visitar el lugar que me refirió. Las actividades se habían dividido de forma muy precisa décadas atrás, cosa que no les permitió adaptarse rápidamente a las reformas que el señor Claus implementó en su empresa a principios del año 2016, según mencionaron los villanos de esa primera parada rumbo a la aldea central.

Compartí con Birtingr una taza de chocolate caliente que cargaba desde México. Le brillaron los ojos y agradeció el gesto. Algo tenía que dejarle a cambio. Mi dotación entera de chocolate se quedó con él y, aunque no hay manual de trabajo

de campo que lo indique, me quedó la impresión de que no era suficiente.

Seguí mi camino, cargado de bocadillos de jengibre y con la esperanza de conocer a un par de duendes obreros. Ante ese horizonte gélido que por segunda vez se aparecía frente a mí con todos sus riesgos, tuve una reflexión importante: estos duendecillos tenían que levantarse todos los días y confrontar ese mismo paisaje con pocas esperanzas de desarrollo. Lo que era mi trabajo de campo, para ellos era una realidad donde se encontraban insertos irremediabilmente, con pocas opciones y con el sentimiento de haber traicionado a la tradición que por generaciones habían cultivado sus ancestros más próximos. Su mundo, uno que idealizamos desde fuera, estaba en un proceso tardío de desencantamiento. Lo moderno se cernía sobre ellos y, aunque fueran perfectamente conscientes del momento histórico en el que vivían, no lograban encontrar una forma coherente de lidiar con ello. Resistían. Sus compañeros migrantes eran la prueba. Pero su patria, inexistente según las demarcaciones territoriales humanas, se veía reducida por la pérdida de sus jóvenes y por la lenta e insistente merma del hielo polar.

No estaba muy lejos y rápidamente noté algunos contrastes: las diferencias que hay entre lo rural y lo urbano, pero suavizadas por años de tradición. La segunda villa estaba repleta de trineos mecánicos diminutos. Posteriormente pude constatar que eran fabricados con trineos antiguos y piezas de montacargas, incluyendo las baterías eléctricas y sus motores. Ahí nadie salió a recibirme y vieron con malos ojos mi incursión en sus territorios. Cuatro de esos trineos me abordaron de inmediato y

me preguntaron sobre mis intenciones. Estos duendes portaban armas semiautomáticas y cargaban con equipo de rescate. Me vi intimidado y mostré mis credenciales académicas, así como una carta de recomendación del alcalde de Svalbard. Uno de los duendes patrulleros aventó mi credencial de universitario al hielo, también la hoja que explicaba mis motivos. Únicamente prestó atención a la carta del alcalde e hizo una seña al resto de sus compañeros. “Este viene limpio”, dijo en francés. Revisaron mi mochila, ya sin la agresividad inicial, y me pidieron a señas que subiera en uno de los trineos, el más grande. Ahí me balanceé para no caer en el hielo de camino al ya visible conjunto de cabañas de la villa.

Los atuendos de aquellos duendes eran mucho más identificables para un ojo foráneo, ya que algunas de sus chamarras para el frío, así como gorros y guantes, eran de marcas conocidas. Contrario a las escenas de la primera villa, me llevaron directamente con el duende más viejo de la comunidad. Atendiendo a sus costumbres, me dieron un vaso de ponche caliente e insistieron en que lo terminara rápido. Bebí y me arrebataron la mezcla antes de que terminara el último sorbo. Me pidieron que me sentara, en señal de respeto, y uno de los duendes patrulleros le comunicó al líder lo que decía la carta del alcalde de Svalbard. Casi por morbo, el anciano pidió mi carta de motivos, que era académica en su naturaleza.

—¿Así que quieres adentrarte en nuestro día a día, eh? Vas a ver lo que es un día a día aquí —dijo con total seriedad.

El viejo hizo una seña a un par de duendes que portaban armas. Me llevaron a bordo del trineo a un lugar retirado, a donde terminaba el hielo e iniciaba el Mar Ártico. Tuve miedo.

Mis piernas temblaban. Pensé que me darían un tiro en la cabeza y que me lanzarían al gélido mar para que los osos polares o las orcas se deshicieran de mis restos.

Estaba muy equivocado, pues lo que mis ojos presenciaron en aquel momento no tuvo precio. A pesar de que era el mediodía, el azul profundo del ártico sirvió de fondo para aquella luz inconfundible. La luz roja. Pero no había ningún ruido de cascabeles alrededor. Un trineo volaba. Tiraban de él cinco renos. Se veían fuertes, no como los que salen en las caricaturas navideñas. Eran toscos. El reno líder llevaba unas luces en los cuernos y en sus patas, no en la nariz. Luces artificiales. No obstante, ese reno era el más fuerte de todos, su cornamenta se distinguía por ser la más grande y majestuosa. El trineo iba ocupado por cinco duendes armados hasta los dientes y otros tres con equipamiento mucho más ligero. El equipaje: cajas y cajas de envíos internacionales provenientes del Polo Norte. Los duendes eran piratas del Ártico.

Siguiendo las indicaciones del viejo, los duendes me hicieron subir a uno de sus trineos tirados por renos voladores. Analizando esto desde la comodidad del diario de campo, no podría engañarme a mí mismo. La experiencia fue traumática, pues yo me sentía en una situación de secuestro más que cualquier otra cosa. En primera instancia, era imposible negarse. Luego, el viaje fue de las cosas más extremas que he pasado. El trineo no tiene la misma gracia que el vuelo de los renos, pues el transporte en sí mismo no posee ningún mecanismo que lo ayude a sostenerse de mejor forma en vuelo, o planear, y eso sin mencionar la total falta de medidas de seguridad. Uno se tiene que agarrar de lo que pueda para evitar caer y hay vueltas muy

bruscas que mandan todo lo que tienes en el estómago hasta la planta de tus pies o hasta tu garganta. El mareo fue inevitable, así como el posterior vómito, mismo que causó la risa incontrolable de los tripulantes del trineo.

No obstante, en esa ocasión se cruzó un avión de la famosa empresa de envíos internacionales y compras de internet china. ¿Qué hacía ese avión cerca del Ártico durante el largo día polar? Las posibilidades eran muy reducidas. La más grande: que estuvieran moviendo mercancía para Santa Claus.

El objetivo de los duendes era muy sencillo: abordar los compartimientos de los aviones y robar la mayor cantidad de cajas posibles. Las chispas de las sierras circulares encandilan incluso con el reflejo del hielo polar. Los duendes que realizan esta operación llevan máscaras para soldar y penetran el fuselaje de la nave con una facilidad sorprendente. Entran y salen, con naturalidad, cargando cajas de diferentes tamaños para garantizar la variedad de mercancías. Es como una navidad todos los días, pues al aterrizar se emocionan con la apertura de los paquetes.

Días posteriores al shock que representó presenciar de golpe uno de sus abordajes, un duende me reveló que anteriormente se dedicaban a derribar los aviones. Pero era riesgoso, no les quedaba claro en ese momento si las aerolíneas responderían con violencia. En otro sentido, también estaba el hecho de que la mercancía intacta posterior al derribo de una aeronave era muy escasa, casi imposible de revender a través de las redes de comercio independientes que ellos habían establecido. A veces, siempre a través de terceros en Canadá o Rusia, revendían los productos en las mismas páginas donde Santa Claus los

había “regalado”. Su preocupación por derribar los aviones se disolvió cuando un infiltrado les reveló que al menos tres compañías de las cuatro que volaban cerca del círculo polar no estaban interesadas en contratar a personal de seguridad. Era muy costoso. Curiosamente, para estos piratas también era muy costoso derribar el avión. Los corporativos y los piratas obedecían a una misma lógica: la de la máxima ganancia al menor costo posible.

“Nosotros nos dedicamos a vender, y vamos a vender como sea, con acceso a la fábrica o no, y que se mueran los que se tengan que morir” —me confesó uno de los duendes al mando.

Una nueva pregunta de investigación me llevaría con una mirada renovada y atenta a mi último destino. Si Santa Claus había entrado en conflicto con las villas cercanas a la Villa Navideña original, y si la fábrica de juguetes seguía en operaciones, junto a una nueva red de distribución más moderna y tecnificada, ¿por qué los piratas no se animaban a atacar directamente la Villa Navideña?

Después de otro viaje en trineo a través de la tundra, los piratas me soltaron a cinco kilómetros de la Villa Navideña. Suena como una sentencia de muerte, pero desde el punto en el que me dejaron se podían ver las primeras edificaciones aledañas a las mejores tierras del Ártico, si es que les podemos decir tierras, más bien tendríamos que hablar de un hielo mejorado. Me dejaron muy en claro que no podían acercarse ni un metro más y sus semblantes, duros desde que los vi por primera vez, se convirtieron en miradas nerviosas hacia el horizonte y el cielo.

A diferencia de los primeros dos asentamientos de duendes que visité, en esos inmuebles circundantes a los terrenos de

Santa era común la luz eléctrica, a pesar de las ventiscas que iban y venían. El blanco de los leds iluminaba los locales de diferentes giros. Yo me precipité al intentar ir ese mismo día a ver las condiciones de la Villa. Los transeúntes me miraban extraño mientras caminaba por esas avenidas trazadas perfectamente. Después de un rato pareció dejar de importarlos, quizá por desinterés. Pero no, en realidad era por costumbre, pues para mi sorpresa, aquel asentamiento tenía un pequeño Starbucks en operaciones manejado por humanos.

Más importante: a unas cuabras del café estaba la entrada a la fábrica. Entendí entonces los motivos de los piratas para no acercarse ahí. Todo el terreno estaba rodeado por un cerco rematado con alambre de púas y, en la que parecía ser la única entrada, estaban unos guardias de seguridad privados con fusiles automáticos y una batería antiaérea. A lo lejos, en lo alto de media docena de construcciones toscas que flanqueaban la fábrica, se podían observar torretas de alto calibre.

Con todo lo que había observado sentí miedo por mí, aunque yo veía que la villa llevaba una vida completamente normal. Era la única en la que era visible una diversificación de su economía, en ese lugar y en ningún otro pude observar escuelas y escuchar a los niños jugar en los patios. Ahí entró mi intuición, esa maldición del antropólogo que me susurraba que algo andaba mal, que existía algún elemento que escapaba a mis primeras impresiones.

Traté de dejarme llevar y no dar cabida al escepticismo tan pronto. Así que busqué opciones para alojarme en la villa por unos días. Intenté hacer válida la tradición de que me recibieran los duendes encargados de aquel asentamiento. Este lugar

tenía una Sala de Asuntos Ciudadanos. Ahí tomé un turno y esperé a que catorce duendes y un humano expusieran algunas inconformidades. Mencionaron problemas con el alumbrado público en algunas zonas, así como la reducción de algunos pagos de trabajadores de la aldea. El humano se quejó del pago diferenciado que le querían aplicar en todas sus compras; los duendes rechazaron su solicitud sin dudarle.

Yo me presenté ante ellos con mi carta y mis documentos, esperando recibir algunas recomendaciones para mi estancia. Lo primero que me comentaron fue que al momento de llegar a la villa sin autorización, era acreedor a una multa. Ahí mismo me mostraron un video de cámaras de seguridad. El fragmento era el momento exacto en el que entraba a su territorio. Curiosamente, no había aviso alguno de esto. El pago de la multa era fundamental antes de realizar cualquier otro trámite. 7,500 coronas islandesas antes de siquiera pensar en buscar hospedaje.

Su sistema de pagos era increíble, pues aceptaban tarjetas de todas las que uno pudiera imaginar, pagos en línea, efectivo o incluso pago con trabajo comunitario. Opté por esta última debido a que los fondos de mi beca no eran la gran cosa. Me asignaron una tarea y me pusieron un chaleco color fosforescente. Para mi sorpresa, encontré que el trabajo comunitario lo realizaban tanto humanos como duendes y que un joven duende muy animado daba instrucciones para ir en grupos a diferentes partes de la ciudad.

Luego, ya incorporado en un grupo de otros cinco duendes y una pareja de turistas provenientes de Berlín, nos enviaron a limpiar el hielo de una planta de paneles solares. Había que

hacerlo de forma muy delicada para no dañarlos y eso tomaba tiempo. Los duendes utilizaban una escalera muy pequeña, los alemanes y yo teníamos que agacharnos ligeramente para realizar la tarea. Había algo en los alemanes, algo ingenuo, pues sonreían de vez en cuando, para sí mismos, y su porte transmitía una suerte de orgullo.

El duende que trabajaba conmigo hablaba inglés y me comentó en voz baja: “¿Tú no eres de esos aventureros que vienen a trabajar, verdad? ¿Qué eres?” Tal vez estaba excediéndome en la confianza que le regalaba a ese señor duende, pero pensé que no tenía muchas posibilidades de avanzar en mi trabajo de campo. Le dije que era antropólogo, que estudiaba las diferentes formas de trabajo. “¡Ah! ¿Entonces vienes por ellos y por los otros, verdad?” Se refería a los alemanes, que seguían removiendo quirúrgicamente el hielo de los paneles. El duende siguió, como desahogándose: “No nos faltaba nada en la villa antes, pero cuando empezaron a llegar estos extranjeros cambiaron algunas cosas. Todo subió, todo, todo, yo estoy aquí porque llevo dos meses atrasados con la renta y prefiero pagar con trabajo que irme a las otras villas, mis primos me dicen que la situación allá está complicada, unos ya hasta andan metidos en cosas no muy agradables. ¿Me entiendes, verdad?” Asentí con la cabeza y le comenté que ese era el único lugar del Ártico donde había estado que contaba con internet. “Ah, pues es que el señor Claus mandó a poner cables de esos que van por debajo del agua para que trabajen a gusto estos...” Señaló a los alemanes. Le pedí que me explicará un poco más sobre eso. “¿No has visto con atención la villa? Las mejores casas están rentadas por extranjeros, humanos, pero

humanos solo de algunos países, tú sabes. ¿Quién es dueño de todas las casas de la villa? Pues Santa. Ellos están aquí de voluntarios, vamos a empezar por ahí, creen que le hacen un favor a la villa; se levantan, trabajan cuatro horas que en su país les pagan el equivalente a dos semanas de trabajo de aquí y van y exigen lo que se les ocurra a la Sala de Asuntos Ciudadanos. Tenemos internet y todo, ellos metieron presión, pero yo no puedo pagarlo, desde que cambiaron las cosas en la fábrica ha estado bien difícil”.

Cuando el duende explicaba la situación de la fábrica, uno de los alemanes se acercó y nos regañó por hablar tanto durante el trabajo. La cara del duende se llenó de ira, pero se contuvo al ver al duende que nos supervisaba haciendo señales para tomar un descanso. A lo lejos, vimos que el alemán le comentó algo al supervisor, pero este nos vio a lo lejos, con calma, como si fuera algo a lo que ya estaba acostumbrado. Las cuadrillas de trabajo se arremolinaron alrededor de un carrito que vendía ponche y pan de jengibre. Me tenía hartado el jengibre en todas sus formas, pero decidí ir a donde iban los duendes. Los alemanes y otros dos voluntarios, con una finta innegable de gringos, se formaron ordenadamente en un foodtruck que tenía precios mucho más elevados que el carrito del ponche. Yo era el único humano que se mezclaba con los locales durante esos pequeños recesos de media hora. Les parecía muy extraño que un mexicano estuviera entre ellos.

Esa escena activó una sospecha en mí, había llegado a una posición importante, pero tenía que hacer amistad con los extranjeros si es que quería tener una audiencia, entrevista o

a lo mejor tan sólo una respuesta de Santa a alguna hoja de preguntas. Los duendes no parecían ser su prioridad.

Uno debe afrontar lo sucedido en el trabajo de campo, y la verdad fue que mis intentos de acercarme a los alemanes fueron desastrosos. De entrada, les hablé en inglés, pudimos comunicarnos de forma muy elemental durante los descansos en el foodtruck. En un par de ocasiones compré un croissant y café orgánico. Según mis cálculos no podía continuar con esas prácticas y esos detalles finos son elementales en la aproximación a un grupo nuevo. Mientras esto sucedía, intenté seguir la relación habitual con los duendes voluntarios. Estos, sin decírmelo, me fueron aislando. Sus respuestas cada vez se componían más y más por monosílabos. Entre ellos ya habían tomado la decisión de que yo era un extranjero más, bebedor de café a sobreprecio y con privilegios que ellos no tenían. Cosa que no era del todo cierta, pero a la que sí aspiraba con culpa y desilusión.

Me convertí en un paria. Comencé a considerar los costos de mantenerme ahí y no iba a llegar a final de mes. Llevaba semanas sin ningún avance significativo en mi relación con los alemanes. Los estadounidenses, que eran mi segunda opción, habían hecho un relevo. Se fueron dos y llegó uno. En ese punto las cosas mejoraron un poco, pues resultó ser que el gringo era de Texas y, para mi fortuna, su vida cerca de la frontera con México lo hacía apreciar mucho al país y no lo contrario.

Nuestras pláticas se hicieron muy personales en cosa de una semana. Al final de esa sucedió otro milagro, pues las personas del correo postal me habían llamado a sus oficinas, tenían un paquete para mí. Llevaba una cobija con el famoso borrego

para el frío, una chamarra de piel, chile chiltepín entero y tres botellas de Coca-Cola. Lo envió mi asesor de tesis con un texto muy corto, acorde con su personalidad pragmática: Te mando lo básico y un poco más, el envío es caro. Mucha suerte. Saludos.

Joey, el gringo, me acompañó en repetidas ocasiones a la hora del descanso. Me contó que no podía creer que no hubiera un mísero local de Alitas BBQ en el Polo Norte y que él tenía un amigo que, con las garantías de negocio correctas, estaba listo para mover un local de su franquicia familiar a cualquier parte del mundo. Era un amigo que conocía desde la prepa.

Debo admitir que la existencia de personas con ese tipo de contactos me impactaba, pero vi una oportunidad para acercarnos a aquella especie de latifundio personal de Santa Claus. Estaba tratando de idear algún plan y de repente llegó el factor sorpresa. Saqué de mi mochila una de las botellas de Coca-Cola que me habían enviado, la llevaba envuelta en una prenda térmica para que no se congelara. A Joey le brillaron los ojos. Preguntó que si esa Coca-Cola era Mexican Coke. Yo ni había puesto atención en la etiqueta, pero sí, era de México. Joey procedió a explicar una serie de ingredientes y métodos de preparación que la hacían superior a cualquier otra Coca-Cola que se pudiera encontrar en el mundo, incluso a la original de Estados Unidos.

Los regalos tienen una gran tradición en los estudios antropológicos, pero jamás me imaginé a mí mismo regalándole mis botellas de Coca a un gringo en el Polo Norte. Fui dosificando las botellas. Esa primera se la cedí de inmediato y se mostró muy agradecido, compartimos unos sorbos, pero su emoción fue tan grande que se tomó media botella de un par de

tragos grandes y desesperados. Llegué a pensar que Joey tenía síndrome de abstinencia o algo así. Él siguió hablando de su amigo, de la tragedia que era no poder conseguir alitas y de que era urgente solicitar una audiencia corta con Santa Claus. Le regalé la segunda un día que había tocado cargar piedras de una punta de la villa a la otra. Esa vez le dije que era toda suya. Joey agradeció y más tarde me compró el lonche.

Para cuando llegamos a la tercera botella, tenía dos opciones: revelar que a mí también me interesaba una audiencia y que sería bueno ir los dos juntos, así, sin detallar tanto mis intenciones. La segunda sería confesarle que era antropólogo y que buscaba conocer ciertas cosas sobre la operación de la fábrica de Santa y su modelo de negocios. Seguía siendo una mentira a medias, pero una con la que me sentía cómodo. Ensayé algunas maneras de decirle todo esto, sobre todo porque quería hacerlo de la forma más elocuente posible.

Joey no me dio oportunidad de explicarle nada. Llegó al voluntariado, partimos a arreglar una cerca y, casualmente, me comentó que había conseguido una pequeña audiencia con Santa Claus y con el planificador de la villa. Me había anotado como un acompañante testigo, pues tal vez se detallarían algunas cosas sobre futuros negocios. Yo quedé en shock. No hice tantas preguntas, sólo sabía que Joey no estaba jugando con lo de su propuesta de negocios para la Villa Navideña. Esa promesa de inversión tal vez fue lo que le facilitó el acceso. Me quedé con una sensación de incomodidad, ya que el primer duende con el que hablé en aquel lugar me había advertido del proceso de llegada de los extranjeros, su cinismo y apropiación instantánea de espacios privilegiados. Solté esos pensamientos

porque necesitaba infiltrarme, quería entrar. Y por medios propios, desafortunadamente, sería sumamente difícil.

A partir del anuncio de Joey las cosas se dieron rápidamente. Un día, como si fuera cualquier cosa, y con la ayuda de un informante clave como lo fue Joey, los guardias de seguridad nos escoltaron a través de los cercos y el alambre de púas. Pasamos por tres detectores de metal distintos y una máquina de rayos X para todo el cuerpo. Nos hicieron esperar en una antesala decorada con los tradicionales adornos navideños, pero muy kitsch, pues había árboles de plástico adornados con nieve falsa, la calefacción interna derretiría cualquier hielo real. Los colores rojo y blanco estaban en todas partes, incluido el cielo de la habitación. La cara sonriente de un hombre de nieve tenía un letrero en inglés "Smile!" Al leerlo se podía notar la cámara que captaba datos biométricos.

Tras una larga espera nos llevaron a la oficina de Santa Claus al interior de la fábrica. Su domicilio personal seguía siendo un misterio.

Considero importante mencionar cómo me sentí, pues por un momento la emoción se apoderó de mí. ¡Era Santa Claus! Uno de los guardias abrió la puerta y al verlo por primera vez sentí que todo el viaje había valido la pena. Recapacité, ¿acaso valía más la vida de Santa que la de los duendes que me había encontrado en mi camino? Obviamente no era así, pero encontrarme con esa figura, tal cual la había imaginado, fue como rescatar una ausencia de la infancia: la silueta redonda, barbudo, con cara de bonachón, la nariz respingada y unos anteojos finos y rectangulares.

Nos presentamos y Joey habló con seguridad, como si la habitación fuera suya. Santa lo saludó amablemente. Yo también me presenté y el señor Claus estiró la mano para darme un fuerte apretón, me miró de pies a cabeza, algo desconfiado, diría yo. En todo momento se dirigió a nosotros en inglés y pidió perdón por no ser tan protocolario, entendía que estábamos ahí para hablar de negocios. De inmediato, Joey comenzó a plantear su idea, y dijo que el modelo de franquicias de su contacto estaba dispuesto a moverse al Polo Norte en no más de tres meses para terminar de construir un local en menos de seis, con los incentivos correctos y con mano de obra a precios competitivos. “A precio del Polo Norte”, precisó. Presentó algunos números muy rápido. El señor Claus los revisó y dijo que sí, que sería bueno para la Villa, que por la mano de obra no se preocupara. Santa agregó:

“Creo que es buen negocio, muchacho, como traen todo congelado acá rinde más el uso de congeladores porque hay momentos donde no tienen que estar utilizando tanta energía. Hay muchos habitantes que han incumplido con sus pagos de predial y otras cosas, ellos pueden participar con voluntariados de hasta dos semanas en cualquier proyecto de la Villa, ahí siempre hay campo para hacer más efectiva cualquier inversión. Lo que sí es que mi impuesto es más caro que en Estados Unidos, dadas todas las facilidades que les daré para la construcción, ¿cómo ves?”

Joey accedió, no tuvo ninguna intención de negociar el porcentaje. Yo no lo sabía en ese momento, pero a Joey ya le habían advertido que Santa Claus era inflexible con sus

condiciones. A final de cuentas, era una especie de emisario de su amigo, el trato directo vendría después.

El señor Claus hizo traer un té especial para sellar el trato y, aunque yo no hablé durante toda la interacción, también me ofrecieron una taza. “Que también beba tu asistente, es mal augurio si no lo hace”, dijo sin verme. Lo tomamos con calma, y Santa Claus miró por una de las ventanas hacia la fábrica que más bien se había convertido en un centro de pedidos. “Tantos años y tanto trabajo, señor Claus, si me permite decirlo lo admiro muchísimo, todo lo que ha construido es impresionante. Y su marca, ni hablar, es icónico”, le confesó Joey. Santa Claus habló de mucho sacrificio, y que a lo largo de los años él había hecho lo necesario para mantenerse en la cima y proteger a los suyos.

“A veces la gente no entiende, es difícil. Miren esta fábrica, la tuve que transformar, no podíamos seguir igual para toda la vida, y no seguiremos como estamos ahorita de aquí a cinco años. Le llevamos ilusión a muchas familias y eso es un negocio ante todo. Yo ya estaba perdiendo mucho, con los últimos ajustes todos ganamos, hay empleo y la villa está progresando, como pudieron observar, caballeros. Pero si supieran, hay gente bien malagradecida incluso aquí entre los duendes, todavía que uno viene y los ayuda a salir del salvajismo en el que vivían se me ponen bravos. Espero que perdonen todos los filtros de seguridad por los que pasaron, pero hay personas acá que quieren que nos vaya mal con tal de que ellos puedan volver a hacer las cosas como antes, y mientras yo viva eso no va a pasar, se trata de progresar, avanzar, no de ir para atrás. La de cosas que he tenido que cortarle el presupuesto para invertir en

mi seguridad es una locura, pero mi tranquilidad está intacta, señores. Muy pronto volveré a instalar una fábrica, donde sí volveremos a hacer algunos juguetes desde cero, pero me la voy a llevar, probablemente a Bangladesh. Sus mandatarios me han dicho que ahí los salarios son más competitivos que los que tengo que pagarles a los duendes, es una situación compleja, pero se va a hacer, creo que podríamos poner unos aspersores que aventaran de esa nieve falsa de pura espuma, para que los futuros empleados sientan que sí están trabajando con Santa Claus, todo depende de los costos. Si eso llegara a funcionar, tal vez su amigo nos quiera llevar sus alitas hasta allá, ¿no lo cree?”

“Absolutamente”, contestó Joey.

Yo sentí una mirada fija, era la del planificador de la villa, que había estado escuchando y anotando todo en una computadora. En ese momento Santa Claus dijo que tenía que terminar de planificar unos números con Joey, así que le pidió al planificador que saliera a la planta baja de la fábrica. Joey me lanzó una mirada, significaba que yo también tenía que bajar. Me molestó muchísimo, porque ni siquiera tuve la palabra durante la audiencia y no la tendría nunca. El planificador me reconoció: “¿Tú no eres el asistente que llegó aquí con una multa?” Le contesté que sí. “¿Sabes que las personas como tú jamás se acercan a Santa en su vida?” No me gustó el tono. El duende me miraba de abajo hacia arriba, pero esa verticalidad no tenía ningún valor en ese territorio. “¿Y ya escuchaste lo que querías escuchar para tu tesis, becario?”, arremetió el duende. Yo no tenía idea de por qué él actuaba peor que el mismo Santa Claus o que el mismo Joey. Su lealtad iba mucho más allá de ser un trabajador, era como un siervo. Siguió: “Aquí no vas a sacar

información de nadie. El señor Claus nos da para el sustento, ¿crees que eres el primero que intenta venir a robarle su sistema? Si yo fuera el encargado de seguridad no te hubiera dejado pasar ni de loco”.

Estaba a punto de explicarle que no era mi intención, que mi tesis iba de otro tema, aunque detallar eso pudo ser un error más grande. Decidí callar cuando escuché el sonido de un látigo retumbar en las paredes de aquella nave industrial. Un duende, ligeramente más alto y fornido que el resto, golpeaba a un duende que imploraba perdón. Al parecer su error había sido confundir el camión en el que debió ir un paquete en específico. Miré hacia la ventana de la oficina: Santa Claus reía y Joey mostraba un gesto de aprobación. El señor Claus lo tenía todo bajo control. Me sentí mal, horrorizado, a decir verdad, y el duende lo notó: “Ahora resulta que un mexicanito se va a escandalizar con un par de golpes”. El duende también comenzó a reírse. Y las risas se multiplicaron. Era común el castigo corporal. Mi visión se agudizó: los trabajadores de la fábrica tenían moretones en los brazos y eso era sólo la parte que quedaba expuesta debido a que ahí adentro usaban ropa más ligera debido a la calefacción. Un par de duendes rodearon al compañero que era castigado. Grabaron con sus celulares la golpiza. El duende del látigo se mostró hábil y dio un latigazo en el teléfono del duende que tenía más cerca: “¡De vuelta a trabajar!” Los duendes obedecieron. Todos obedecían. Menos los duendes que conocí al iniciar mi viaje. Los de la región alejada a la Villa Navideña. Los que Santa Claus llamaba salvajes.

Al salir de aquel infierno helado, Joey exclamó: “Ha salido muy bien, muy bien, vamos a hacer mucho dinero”.

Antes de comenzar a preparar mi partida, paré en una pequeña tienda de café que era atendida por duendes. Fue mi convicción no pisar negocios atendidos por humanos. Me sirvieron un americano y agregaron galletas de jengibre por 200 coronas más. Joey se había ido unos días después de concretar su propuesta de negocios, y volvería como un importante socio e inversionista de la empresa de su amigo. Nunca más como un simple voluntario. Mejor dicho, nunca fue un simple voluntario. Así como yo nunca fui un simple visitante. Estábamos ahí con objetivos ocultos, objetivos que logramos en diferente medida. Han criticado a mi universidad como una “institución parasitaria” que elabora artículos a partir del estudio de grupos vulnerables. Pero en la última villa yo no vi un Santa Claus vulnerable. Atestigüé un genuino feudalismo. En mis notas iniciales escribí que esta dinámica me había sorprendido. Pero reparé en la naturalidad con la que Joey presencié los latigazos. Recordé que en los campos de California y Florida todavía se usan los títulos de “capataz” y “mayordomo”, y que en la recolecta de una variedad de verduras los trabajadores tienen prohibido arrodillarse, porque permanecer agachados en todo momento acelera el proceso. ¿Hasta qué punto la dinámica del Polo Norte no es simplemente una réplica de lo que sucede en el mundo? Un caso con sus particularidades, pero igualmente devastador para las tradiciones y la cohesión social de diferentes grupos de duendes.

Mientras bebía mi último café polar me di cuenta de algo que, junto a la constante luz solar y el insomnio derivado de esto, me perturbó. Unos duendes adolescentes hacían ruido alrededor de una de las mesas exteriores. Uno de ellos sostenía un celular.

El resto reía y le pedían que repitiera el video que les mostraba con emoción. Hice como que iba a tirar basura para acercarme. A través del ventanal pude ver que era el duende de la fábrica. Veían los golpes una y otra vez y soltaban las carcajadas. Justo como las que escuché mientras veía de primera mano los sucesos grabados. “Algo malo debió hacer para que te peguen así, algo malo debiste hacer”. Los demás hicieron gestos de aprobación. Esa tarde llegué a mi límite. Decidí detener la investigación ahí. O al menos el trabajo de campo.

Yo pagué mi deuda. Tomé mis cosas y me largué al punto de encuentro con el barco que me transportaría de regreso a Svalbard. Rodeé todas las villas. No quería darles la cara de nuevo. ¿Podría juzgar a los duendes que habían normalizado el abuso y el pisoteo de sus derechos? ¿Con qué cara emitiría juicios de valor sobre los piratas armados que rechazaban el látigo? ¿Criticaría el estilo de vida en extremo austero de la villa donde encontré a los familiares de duendes migrantes? Creo que las respuestas son múltiples, igual que las estrategias para resistir al sistema. A veces ni eso. En ocasiones solo se sobrevive. Y en otras no.

Mi esperanza, anclada en el prejuicio y el hartazgo de mi trabajo de campo, era poder encontrar algo mejor al momento de regresar a territorios predominantemente humanos. La embarcación y sus banderas me parecieron una especie de regreso al mundo conocido. Por ende, supuestamente mejor. La proa del barco se abrió paso entre un mar tranquilo en esa época del año. Pero empujó los cadáveres de tres duendes que habían intentado cruzar el mar hacia otro país, probablemente Canadá. Pensé que se debía avisar a alguna autoridad marítima,

o tal vez directamente al puerto de Svalbard. El rumor corrió rápido entre los tripulantes. Algunos, que gozaban del calor de los camarotes interiores, salieron corriendo a ver los cadáveres. Sacaron sus celulares y grabaron. No más. La cubierta se llenó de testigos. Cuando le pregunté al capitán sobre el protocolo a seguir, me contestó que no era su responsabilidad rescatarlos. La maniobra retrasaría su itinerario.

Atrás dejamos el hielo y los cuerpos.

Hiram de la Peña Celaya (Mexicali, 1993) es narrador y docente. Su trabajo aparece en la antología del Primer Certamen de Literatura para Niños "Escribiendo para el Futuro" (2018) y en *Vacunas contra la poesía: antología de relato corto* (2020). Ha colaborado en Cinosargo, Letralia, Bitácora de vuelos, Tierra Adentro y Revista Plástico. *El árbol de la sombra fría* (2022) es su primer libro de cuentos, editado por el Fondo de Cultura Económica y Tierra Adentro.

— • —

LA TALADA

SANDRA LUZ CUEVAS

Cuando la hoja del machete acarició el adoquín y las mujeres apartaron la mirada, Rogelio se puso de pie. No podíamos ver su expresión porque la máscara apenas daba paso a sus pupilas, pero sabíamos que era él por la estatura.

Aunque de niños siempre había sido el más pequeño, al cumplir catorce dio el estirón. Creció tanto que empezó a vernos hacia abajo y, antes de terminar la secundaria, ya había rebasado a todos los hombres del pueblo. Muchos lo felicitaban y se medían a su lado con grandes sonrisas. Estaban contentos de que dejara de ser un niño.

El ancho de su espalda se volvió indicador de vitalidad y fortaleza, pero solo era fachada. Como su madre decía: “A Rogelio le tocó ser alto a lo pendejo”. Era torpe. Sus pisadas flojas le doblaban los tobillos y lo hacían caer seguido; sus ojos chuecos no le permitían ver bien para arriba ni para los lados.

De jóvenes nos divertía echar a correr hasta lo más alto de la loma y, al llegar a la cima, voltear para contar cuántas veces se caía antes de alcanzarnos. “Pobre cabrón”, decíamos entre risas. Dejamos esos juegos cuando cumplimos edad para ser talamontes.

Ese año, mi padre me aconsejó no hacerme de un enemigo tan grande. Me habló de un hombre que había conocido en la siembra: joven, ocurrente, querido por todos. Fue elegido por el talamontes en el setenta y ocho. El machete no cayó como debía: primero el lomo, luego la punta, sin profundidad. No murió esa noche. Se hizo un torniquete con la camisa y aguantó hasta el amanecer. Al año siguiente, por la sequía, lo eligieron de nuevo y murió.

Compartí las palabras de mi padre con los demás. Algunos se disculparon con Rogelio; otros optamos por fingir que no existía.

Aunque ese primer año ninguno fue requerido, todos fuimos testigos de una talada. Al finalizar, hablaban de lo rápido que había sido el golpe, de cómo la mano se había hecho una con el mango del machete y del poco tiempo que tuvo el sacrificado para lamentarse. Los más sentimentales recordaban al muerto leyendo en voz alta en la primaria y decían que, al cerrar los ojos, podían escucharlo todavía. Yo no vi el ataque. Mi atención se quedó en Rogelio: parado al otro lado de la plaza, con las pupilas dilatadas y una mueca maliciosa, frotándose la entrepierna frente al espectáculo de dos pobres diablos: un cadáver y un asesino.

Como es costumbre, se celebraron los cuarenta días. Se sirvió pan y chocolate, se mató ganado y se le pagó a la banda. Todos fuimos. Las mujeres decían, a través de sus rebozos, que el talamontes estaba decaído, que su madre no dejaba de llorar. Especulaban sobre una aparición dramática y agradecían a Dios que sus hijos nunca hubieran sido talamontes.

Rogelio las escuchaba. Decía que esperaba no formar parte de la tradición, pero que, si así lo quería el destino, lo aceptaría con gracia. Ellas le aplaudían por valiente y regresaban la conversación al muerto. Decían sentir más lástima por el que había matado, aunque les avergonzaba admitirlo en casa del occiso.

Escuchar a Rogelio me recordaba tiempos más sencillos. Al crecer, nos causaba gracia el cambio abrupto de su voz. Cuando el maestro pedía un voluntario para leer, lo apretábamos por los costados hasta obligarlo a pasar al frente. Con el libro frente al rostro, entonaba versos de Manuel Acuña y la humedad se marcaba entre sus pantalones. Las risas no tardaban. El maestro azotaba la mano en el escritorio, hacía silencio y le indicaba que volviera a su asiento. Luego leía:

Que al fin de esta existencia transitoria a la que tanto nuestro afán se adhiere, la materia, inmortal como la gloria, cambia de formas; pero nunca muere.

Mientras repetía los últimos versos, le daba una palmada en el hombro. Supongo que quería consolarlo.

Cuando pasamos a sexto, eligieron a un talamontes que decidió ofrendar la vida del maestro. El agente municipal dijo que nadie estaba obligado a asistir, pero que había una diferencia abismal entre la obligación y el deber. La mayoría fuimos. Cerré los ojos antes del primer impacto, pero hice trampa. Abrí antes del grito final y vi al maestro con las muñecas colgando sobre un tronco y el rostro hundido en la maleza. También vi a Rogelio, parado hasta enfrente, con los ojos rojos y los labios entreabiertos. Entonces lloré.

Al llegar a casa, mi padre me reprendió. Decía que la única manera de proteger la vida era hacerse talamontes, que solo elegían a hombres capaces de cargar con un muerto, no a los que lloran y apartan la vista. Antes de quitarse el cinto me gritaba: “Esta vida es de los vivos”. Yo entendía que lo único imperdonable era morir.

Por mucho tiempo creí que todos los padres pensaban igual. Después supe que a algunos les era indiferente el rol que les tocara. Así fue con la familia de Rogelio. De niño decían que su hijo sería sacrificado; al hacerse hombre, presumieron que sería talamontes.

Su predicción se cumplió. Rogelio eligió al primer hombre que vio. Murió en dos golpes: uno en el pecho y otro en el cuello. No creo que se conocieran. La sangre fue escandalosa. Cuando el cuerpo quedó inmóvil, Rogelio se retiró la máscara, besó la tierra y el lomo del machete, y agradeció por el año venidero.

Asistió al velorio y a los cuarenta días. Saludó a todos con naturalidad. En el pueblo hablaban de él. Algunos recordaban con risa al muchacho torpe; los que nos habíamos burlado ya no sonreíamos igual. A Rogelio lo respetaban. Decían que había actuado con elegancia, que no había buscado venganza. El agente municipal lo eligió por segundo año consecutivo. A falta de opciones, dijo.

Me pesa admitir que yo deseaba ser elegido.

Un año después, Rogelio se casó con Ana Laura. Era delgada, enfermiza, alegre. Asumo que el noviazgo empezó después de la talada. Algunas mujeres se sienten atraídas por los talamontes. Rogelio se volvió popular. Circularon varios rumores. En el pueblo se decía que Rogelio subía al cerro con varias jóvenes y

se paseaba por las noches en búsqueda de caricias. Él nunca lo negó. Frenó las habladurías anunciando su compromiso.

Antes de la boda, se celebró la segunda talada con Rogelio en el papel estelar. Eligió a un hombre que había intentado huir del pueblo meses atrás. Dicen que Rogelio afiló el machete por horas pues al primer golpe se había logrado el objetivo. No hubo tiempo para apartar la mirada. Una vez que se confirmó la muerte, Rogelio se inclinó junto al cadáver y dijo: “La gloria cambia de formas, pero nunca muere. Dios bendiga nuestro pueblo un año más”. Sus palabras me sugerían que yo no era el único capaz de recordar.

Por primera vez se escucharon aplausos en medio de una talada.

Él se quitó la máscara mientras se acercaba a su prometida. Empezó a recibir felicitaciones y a responder preguntas: “¿Por qué elegiste a ese hombre?”, “¿Crees participar el próximo año?”, “¿Cuándo será la boda?”. Rogelio tenía una respuesta elocuente para cada pregunta, pero no veía a sus interrogadores.

Él me observaba. Creí que era mi imaginación. Quizás veía la fogata, el cadáver o a la gente pasar. Cambié de sitio un par de veces para confirmar mi teoría. Él me veía.

Su mirada avivó en mí el deseo de ser talamontes. Quería matarlo y deshacerme de la incertidumbre. Dicen que Dios da, pero no a capricho. Debe ser cierto. Por tercera ocasión eligieron a Rogelio. Escuché que él había pensado en abdicar. Decían en el pueblo que, como acababa de ser padre, no quería que la primera talada de su hija lo tuviera a él como talamontes. Otros decían que Ana Laura era muy sensible a esas imágenes y le había

pedido que se negara a participar, pero que Rogelio era incapaz de quedarle mal al agente. Ellos ya eran amigos.

Sospechaba que el próximo año el agente apoyaría a Rogelio y le facilitaría el camino para tomar su lugar. Era sencillo imaginarlos al término de la talada: uno junto al otro, alabándose mutuamente, hasta que en medio de la plaza pública anunciaran a puro grito la campaña política.

Me temo que no podré corroborar mis teorías, pero me impresiona ser capaz de formularlas en este momento. Me hubiera gustado compartirlas, pero me han llenado la boca de aguardiente y me han dado un trapo para morder. No veo a mis conocidos; enfoco la mirada en quienes no me están viendo y escucho la hoja del machete afilarse por última vez en los adoquines. Recuerdo cuando éramos niños y agradezco darle fin a la memoria.

Sandra Luz Cuevas García (Oaxaca de Juárez, 2000) es escritora y docente. Fue beneficiaria del PECDA Oaxaca 2024 en la categoría de Jóvenes Creadores. Ha publicado diversos cuentos en revistas y antologías desde el 2021.

— • —

DONDE YACEN LOS FANTASMAS

ALAN SÁNCHEZ (ALAKIN)

La ciudad seguía en pie, aunque nadie podría decir que estaba viva.

No había fuego, ni sirenas, ni cuerpos, sólo estructuras que habían aprendido a existir sin propósito alguno.

Él caminaba con cuidado, como si el suelo pudiera romperse al ser pisado.

Ella avanzaba unos pasos adelante, atenta al silencio.

Encontraron el primer dispositivo junto a una fuente seca.

Un pequeño rectángulo de vidrio, intacto.

Ella lo encendió.

Apareció una imagen: una persona sonriendo frente a un paisaje artificialmente perfecto. El gesto era sereno, ensayado, como si hubiera sido repetido muchas veces.

—¿Quién es? —preguntó el niño.

—Alguien que quiso ser recordado —respondió ella.

Deslizó el dedo. Más rostros. Más frases breves. Pensamientos comprimidos hasta perder profundidad. Momentos que pedían atención sin ofrecer permanencia.

El niño observaba en silencio.

—¿Dónde están ahora?

Ella tardó en contestar.

—En ninguna parte —dijo—. Y en todas a la vez.

Siguieron avanzando.

En cada edificio abandonado había rastros de lo mismo: pantallas aún luminosas, archivos intactos, mensajes esperando respuestas que no llegarían.

—¿Por qué guardaron tanto? —preguntó el niño.

Ella cerró el dispositivo.

—Parece que confundieron el ser vistos con el existir.

Se detuvieron en lo alto de una avenida elevada. Desde allí, la ciudad parecía una maqueta detenida en el tiempo.

—¿Nosotros también seremos así? —preguntó él.

Ella miró el cielo opaco.

—Solo si olvidamos estar aquí —respondió.

Se sentaron un momento. No dijeron más. El silencio no exigía explicaciones.

Antes de irse, ella dejó el dispositivo sobre el suelo, boca abajo.

—¿Qué eran entonces? —insistió el niño.

Ella pensó en las voces, las imágenes, los nombres sin cuerpo.

—Fantasmas —dijo, un tanto asustada de su propia conclusión—. Pero no porque hayan muerto... sino porque nunca aprendieron a habitarse del todo.

Caminaron hacia el horizonte, donde la ciudad terminaba para dar paso a lo desconocido.

Detrás de ellos, las pantallas siguieron brillando. Brillaban sólo porque nadie las había apagado.

Continuaron caminando y no dejaron rastro, allí... donde yacen los fantasmas.

Alan Sánchez (Alakin) es ingeniero en electrónica y aficionado a la ciencia ficción. Su formación profesional lo ha acercado a la ciencia y la tecnología, mientras que su interés por la literatura especulativa lo ha llevado a explorar cuestiones existenciales y filosóficas que surgen al enfrentarnos a lo desconocido. Es un escritor en ciernes interesado en las grandes preguntas sobre la humanidad, la conciencia y el universo.

— • —

LAZARITO

ALEXANDRA DUNNET ALCOCER

Lazarito tenía el pelo café, abundante. Se le acomodaba como una cebolla, todo alrededor. Romelia, su mamá, se empeñaba en peinarlo de lado o para atrás, para que se viera más guapo, más acicalado. Hasta se le hacía un piquito de Drácula en la frente. Eso a Romelia le encantaba. Pero el pelo de Lazarito era demasiado grueso. Ni los kilos de gel que ella le embarraba bastaban. En cuanto llegaba al salón, ya traía el fleco colgando sobre los ojos. Era alto Lazarito, aunque no el más alto de su clase. No era el mejor estudiante, pero en el deporte era bueno. Muy bueno. Ágil. Eso lo volvió popular entre los niños. Siempre ganaba el equipo en el que jugaba. Era delantero. Y el único que metía los goles.

Tenía doce años cuando desapareció. Iba rumbo a su casa, y nunca regresó. Fue horrible. Uno lo ve en las noticias, en la televisión, pero no piensas que te va a pasar a ti. Que ese horror va a entrar a tu casa y devorarla entera. Porque la devora. Completa.

Nuria no tenía ni un año cuando pasé por ahí y la vi en el patio, sentada, con un pañal de días. El olor era insoportable. Cuando salió Romelia, me miró desorbitada. Había perdido

peso, unas ojeras enormes le cercaban los ojos. En seis meses envejeció veinte años. Ni me reconoció. Le señalé a la niña. No reaccionó. “Cámbiale el pañal, Romelia. Mira cómo está”. La miró como si fuera un juguete abandonado. La cargó y se metió.

Dicen que se la pasaba dormida o llorando. Luego empezó a tomar. Pero antes de que Romelia se hundiera, no sabes cómo lo buscó. Movié a toda la comunidad. Una semana entera salimos a patrullar, a gritar su nombre por todo el bosque. Hasta se plantó en la oficina de gobierno con tremenda manifestación. A la policía no le quedó de otra que salir y dar la cara. Que estaban investigando un posible secuestro. La pobre Romelia, todo el día pegada al teléfono pensando que alguien llamaría pidiendo el rescate. Nadie nunca llamó. Luego empezó a correr el chisme en los pasillos de la escuela, que Lazarito se había fugado con una niña a la que había embarazado. Romelia se presentó en la casa de los papás de la muchacha, que ahí estaba, embarazada. Era de alguien más, le dijo la madre de la niña, y que ni se preocupara porque la iban a llevar a abortar.

Otros decían que lo habían visto en una cachimba, metiéndose fentanilo en la calle Cinco de Mayo. Hasta allá fue Romelia a buscarlo. Vio a muchos chavitos, flacos, descompuestos. Ojos apagados. Pero ninguno era Lazarito. Luego empezó el rumor de que se lo habían llevado para vender sus órganos en el mercado negro. La pobre Romelia. Cada nueva línea de investigación, cada nueva teoría la hacía perder un poquito más la cordura.

Eso pasó poco antes de mi detención.

¿Ves este ojo? Fue el papá de Lazarito. Cuando entró la policía a mi casa me tiró al piso. Y ahí... esto no se lo he contado a

nadie: la policía me incapacitó y dejó que el padre me agarrara a patadas. No sé cuánto duró. Me dio muchísimos golpes y pisadas. Sentí una patada que me dolió hasta el cerebro. Y después se puso todo negro.

Desperté en el hospital de Zitácuaro. Esposado a la cama. Habían pasado semanas desde mi detención pero parecía que había sido un día antes por el dolor. Había varios policías cuidando la puerta, como si en ese estado me hubiera podido escapar. Cuando al fin hablé con mi abogado, me lo soltó: Que me habían visto en una cámara de un centro comercial cerca de Lazarito días antes del día que desapareció. En otra cámara que apuntaba a un parque residencial a unos metros de distancia de Lazarito nomás viéndolo jugar. Y que unos testigos me vieron seguirlo hasta la salida del fútbol. El mero día que desapareció. Y todo eso era verdad, todo eso pasó. Pero no fui yo quien se lo llevó.

Y fue así como todo se salió de control. Esa semana entraron en mi casa y encontraron a los niños que tenía enterrados en el patio. Era evidente que Lazarito no era ninguno de ellos, pero aún así insistieron. Hasta que les dieron los resultados, que todos tenían menos de diez años. A ver. Yo no vine aquí a hablar de los otros que encontraron en mi patio. Ellos no eran como Lazarito, fueron ensayos fallidos. Los peinaba intentando emularlo, incluso les afeite la frente para que se les formara el piquito que se le hacía a él. Pero no tenían el pelo grueso de Lazarito. Tampoco andaban como él. Lazarito caminaba con el pecho grande como el de un pichón, como si necesitara más aire que el resto del mundo. Pero el terror de esos niños los

encorvaba y en cambio parecían caricaturas torcidas de Lazarito. No soportaba su mirada asustada.

Me acuerdo como si fuera ayer la primera vez que lo vi. Estaba esperando a que los niños entraran a clase, y un olor a nardos llamó mi atención. Cuando me giré para ver de dónde venía, lo descubrí. Era Lazarito delante de la puerta de la escuela, con su mochila negra. Se estaba desacomodando el peinado. Y entonces me miró y me preguntó si sabía cuál era su aula. Nunca me había pasado, sentir que el corazón me iba a explotar cuando él me miraba y a partir de ahí empezó mi obsesión.

Me gustaba verlo jugar fútbol, envidiaba a sus compañeros cuando corrían a abrazarlo, embarrados de su sudor. Una vez se le olvidó su suéter en clase, y me lo llevé a mi casa como una reliquia de mi amor y me pasaba las noches enteras respirando su aroma hasta que perdió su olor.

Poco después de mi sentencia Romelia vino a verme.

¿Dónde está mi hijo? La gente no desaparece de la nada. Tiene que estar en algún lado. Su pelo. Su cuerpo. Vivo o muerto. Donde lo dejaste hijo de la chingada. Me gritaba como desquiciada a través de la reja. *Yo no me llevé a tu hijo.* Le contesté. Pero Romelia no me creyó. Me pareció ver que tenía agujeros en el pelo, de tanto que se lo arrancaba de los nervios. Antes de esto era guapa Romelia. A mí me gustaba cuando íbamos juntos en la escuela. Que ironías de la vida, ¿no? Quien iba a decir que el bisco del que nos reíamos en el salón y que años después la embarazó, me iba a dejar tuerto y casi muerto.

La pobre Romelia... El dolor en esa casa era tanto que se empezó a vaciar. Primero el marido. No soportó la tristeza ni la inmundicia en la que vivían. Se fue con la peluquera de la

esquina. La güera, creo que le decían. Luego los dos hijos que le quedaban siguieron al papá. Norma y Pepito creo que se llamaba, el pobre no le llegaba a los talones a Lazarito, era bizco igual que su padre. La gente en el pueblo le decía a Romelia que olvidara, que vendiera la casa. Pero ella no se movía no fuera a ser que lo encontraran, o que él regresara.

Compulsivamente revisito ese momento. El día que Lazarito desapareció. El cólera que siento de saber que alguien se me adelantó. Esa tarde me había decidido. Iba a llevármelo. Por fin iba a ser mío. Lo esperé hasta que saliera del fútbol. Tenía todo preparado. En la bolsa llevaba el formol. Estaba tan emocionado que me preocupaba que los latidos de mi corazón me delataran. Caminaba despacio como un gato que va a cazar a su presa.

Estaba a punto de capturarlo cuando pasó una camioneta negra con placas del norte y me escondí para que no me viera. Bajó una muchacha que le saludó de beso, no sé qué tanto le dijo pero Lazarito la escuchaba encandilado. También bajaron dos muchachitos casi de la edad de Lazarito. Le pusieron una pistola en la mano, él la miraba apantallado, no podía escuchar que tanto platicaron pero Lazarito se subió solito a la camioneta con todo y su balón. Arrancaron y se esfumó.

Fue todo tan rápido. En un impulso corrí detrás de la camioneta, pero avanzó a tal velocidad que instantes después estaba a kilómetros de mí y desapareció. Y me quedé ahí, incrédulo con el corazón acelerado y el trapo de formol en la mano. Cuando me cayó el veinte de que no lo iba a tener, destruí el cuarto que tanto trabajo me había costado hacer para él. Tenía sus películas favoritas, un play station, cuentos. Renuncié a la escuela, no soportaba la idea de no volverlo a ver, dejé de comer.

Yo también perdí las ganas de vivir, por eso entendía tan bien a Romelia. El día de mi detención estaba por quitarme la vida. Eso no lo mencionó la policía, pero cuando entraron en mi casa, yo tenía una cuerda amarrada al cuello y colgaba de una silla. Sentía cómo la sangre subía, y me daba placer saber que todo este dolor que sentía por fin se iba a terminar.

Lo más macabro de todo esto es que años después Lazarito regresó. Lo encontraron en la carretera de Michoacán, caminando sólo, con el balón de fútbol en las manos. El mismo balón que llevaba el día que se esfumó. Cuando lo vi en la televisión, me eché a llorar. Por un momento pensé en escapar, en irlo a buscar. Pero luego vi su cara y un escalofrío me recorrió la piel. Tenía los ojos vacíos. Sombríos. Ya no se parecía a él. Había crecido muchísimos años, pero la ropa era la misma de aquel día. La camiseta, derruida. Y los dedos de los pies habían atravesado sus zapatos, como si hubiera crecido dentro de ellos.

La policía lo interrogó durante días. “¿Dónde estuviste? ¿Qué te pasó?” Pero Lazarito sólo decía: “Déjenme ver a mi mamá. Por favor... Déjenme regresar”. Dicen que volvió a su casa. Y que una anciana le abrió la puerta. Al mirarlo durante un buen rato entre la reja, negó con la cabeza. “Mi niño tiene doce años, la mirada dulce y huele a nardos. Tú eres un espectro con olor a pólvora y a muerto”, le dijo al hombre de mirada vacía que tenía frente a ella. Es lo que tiene la mañana, te chupa el alma y la cabeza. Dicen que la anciana simplemente se dio la media vuelta y se metió a su casa... Los vecinos cuentan que al cerrar la puerta, Lazarito se convirtió en polvo y el viento se lo llevó.

Por eso he pensado tanto en Romelia, le hubiera ido mucho mejor a Lazarito si me lo hubiera llevado yo.

Alexandra Dunnet Alcocer es actriz y guionista. Mitad mexicana, mitad escocesa; nacida y criada en Querétaro. Su carrera como escritora surge de la necesidad de contar historias con personajes imperfectos, contradictorios y sin filtro. Creadora y escritora del podcast *México Siniestro*, una serie de diez relatos de terror social. Cocreadora y coescritora de la serie de comedia *Estas Viejas*, con dos temporadas en YouTube. Recibió el premio de mejor guión en el festival 48 Hour Film Project por el cortometraje *Dale like y comparte*. Escribió el largometraje *Miss Knockout*, producido por Animal de Luz. Actualmente desarrolla proyectos de ficción con distintas productoras de cine y TV.

— • —

ARTE DE LA PORTADA



Moderno Prometeo por Matrino Reséndez
Óleo, 40x50, 2023

Matrino Reséndez nació en Zoque, Villahermosa, Tabasco, estudió diseño gráfico en la Universidad del Valle de México Campus Villahermosa, cursó la Licenciatura en Artes Visuales en la Universidad Autónoma de Querétaro donde estuvo a cargo de escenografías para la Facultad de Bellas Artes.

Obtuvo menciones honoríficas y primeros lugares en concursos de fotografía e ilustración digital.

Desde sus inicios tuvo la influencia del cómic, generaba imágenes de historias que el mismo inventaba. En los últimos años ha colaborado en la animación de personajes para cine y videojuegos.

Cuenta con más de 25 exposiciones colectivas en Querétaro, Guanajuato, Guadalajara y Monterrey.